
MARCOS A. C.
LAS LOCAS
TAMBIÉN SE
ENAMORAN
COMEDIA ROMÁNTICA



MARCOS A.C.

Primera edición.

Las locas también se enamoran

©Marcos A.C.

©febrero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1



Al entrar por la puerta de la oficina, vi a Mar y Lara conversando. Sin embargo, en cuanto se dieron cuenta de mi presencia, cambiaron rápidamente de tema.

—Buenos días, para hablar de mí a mis espaldas, solo hace falta ser unas cobardes como vosotras —dije sin cortar mi paso y dirigiéndome hacia mi despacho.

—Gala, deja de provocarnos o…

—¿O qué? —pregunté frenándome en seco y girando la cabeza hacia ellas, mirándolas con la mejor de mis sonrisas.

—Eres insoportable —me dijo Mar.

—Pero más esencial que tú en la empresa. —Le hice un guiño.

Mar llevaba la recepción y Lara era la chica de los recados, según ella, la que hacía las gestiones externas de la empresa. Pobre ilusa.

—Desde luego que te lo tienes muy creidito, pero torres más altas han caído —me soltó Lara.

—Quiero un espresso encima de mi mesa en menos de cinco minutos. —Le tiré un beso al aire y me miró sacando hocicos.

—Ya veré si te lo llevo —contestó Lara, con esa cara de asco que no se le quitaba de la cara.

—Cinco minutos o pones en riesgo tu puesto de trabajo —sonreí, y de nuevo se me escapó un guiño, además que me quedaban de lo más sexis.

—A mí, tú no me amenazas. —Escuché que respondía e hice una peineta sin girarme antes de meterme en mi despacho.

Me presento, me llamo Gala y tengo veintiocho años. Siempre he sido una chica con un carácter muy fuerte y no he dejado que nadie se me suba a la chepa, así que he sido de lo más complicada y de ahí, que ahora gozara de un puesto de trabajo como el que tenía.

El dueño de la empresa era Eric, un hombre de treinta y ocho años al que la vida le sonreía ya que había conseguido amasar una fortuna en los ocho años que llevaba como inversor.

A mi jefe lo conocí en una fiesta en la que me colé con mi amiga Saura, fue dos años atrás, una noche de verano en la que estábamos de copas y nos fuimos a la zona de la playa donde se estaba celebrando un evento en un restaurante exclusivo y que se había llenado de gente muy afamada.

Tanto Saura como yo, teníamos en aquellos entonces muchas tablas, así que imaginad ahora que nos habíamos entrenado concienzudamente. Conseguimos colarnos aprovechando que entraban tres jóvenes a los que les preguntamos algo y, como la que no quería, nos fuimos colando como si fuésemos con ellos, así, que el chico de seguridad que estaba en la entrada ni se dio cuenta, como tampoco aquellos chicos que pensaban que estábamos invitadas al evento y que no se percataron de nuestra gran estrategia.

Así fue como triunfamos en una noche en la que tanto las copas como todas las bandejas de canapés que pasaron, fueron totalmente gratis y no solo eso, conocí a Eric, esa persona que me aportó la estabilidad laboral de la que hoy seguía gozando.

Decir que para él era un grano en el culo, era lo más parecido a la realidad, pero aquella noche cometió un falló que me llevó a mí a estar colocada en su empresa y a él a aguantarme cuando ni siquiera me soportaba.

Resulta que no es que le hubiera echado cuenta en toda la noche, pero reconozco que sí que le había echado el ojo y me parecía de lo más atractivo, pero no hubo ni un solo acercamiento por parte de ninguno de los dos, es más, creo que pasé tan desapercibida para él que no se dio cuenta ni de mi presencia. Para qué vamos a mentirnos…

Fue justo cuando salimos de la fiesta que Saura me estaba grabando un video corto en la acera cuando un coche me embistió, tal cual, no es que me pasara nada porque frenó muy a lo justo pero el golpe me lo había llevado en la cadera y me dolía a rabiar. A lo que había que añadir que monté la película de mi vida y le di un cierto énfasis de teatro para agravar el asunto.

Eric, que era el que había sacado el coche de su aparcamiento, lo primero que dijo es que, si venía la policía o yo daba parte de lo sucedido, a él le harían las pruebas de alcoholemia y se metería en un buen lío. Con lo cual, terminamos accediendo a montarnos en su coche y aceptar que nos invitara a desayunar mientras solucionábamos el asunto.

Teníais que haber visto mi cara mientras nos comíamos unos churros con chocolate, sin dejar de quejarme de un dolor que no se me iba, pero que tampoco existía.

—Yo solo digo que lo tengo todo grabado porque le estaba haciendo un vídeo a mi amiga y que esto puede servir de prueba, al igual que los vídeos que hemos grabado en la fiesta y en los que casualmente sales tomando copas. Lo

tienes muy mal, Eric, pero debes comprender que mi amiga está pagando tu irresponsabilidad de ponerte al volante en estado de embriaguez —le dijo Saura, sin cortarse ni un pelo.

—Estoy dispuesto a hacerme cargo de los gastos médicos y pagarle una indemnización.

—Según estoy viendo en Google, eres inversor y un rostro conocido en el mundo empresarial. —Saura tenía un arte que no podía con él.

—Sí, por eso esto supondría un escándalo muy grande, por no hablar de la retirada del carnet y todo lo que me supondría este incidente.

—Incidente dice, cuando por poco dejas muerta a mi amiga en la acera.

—Puedo cubrir todos los gastos, estoy dispuesto a llegar a un acuerdo. —Se le veía de lo más agobiado.

—Quiero un puesto de secretaria en tus oficinas, además de cinco mil euros de indemnización —dije mientras veía cómo el chocolate me goteaba por las manos y él me miraba a punto de echarse a llorar de la impotencia—. Eso, o ahora mismo llamamos a la policía.

—Pero no necesito secretaria.

—Ni yo que nadie me atropelle, y menos cuando fue producto de tu irresponsabilidad como ciudadano.

—Un contrato de tres meses y los cinco mil euros.

—Un contrato indefinido y otro de confidencialidad, para que te cubras las espaldas, y los cinco mil euros —le dije echándome hacia adelante y dejándole entrever que no había otra opción.

—Yo quiero otros cinco mil euros por mi silencio, lo del trabajo no, que paso de levantarme todos los días temprano.

—Está bien, acepto, pero quiero el contrato de confidencialidad, con acuerdo de silencio, por parte de las dos.

—Sí, jefe, por supuesto —le respondí sonriente y me echó una mirada que ni al mismísimo demonio le hubiera salido tan diabólica.

Era un domingo por la mañana, lo que no importó para terminar el desayuno y dirigirnos a sus oficinas. Hizo que viniera su asesor laboral, el que redactó los contratos de confidencialidad y también me dio de alta *online* como secretaria indefinida en la empresa.

Leí tres veces el contrato y el anexo que solo tendríamos los dos y en donde decía que en caso de que él me echase, asumiría la responsabilidad de los hechos acontecidos en este día, o sea, lo tenía bien cogido por los huevos, pero es que no le quedó otra, era eso, o pasar la noche metido en el calabozo y afrontar todas las consecuencias legales, que no serían pocas. Y por lo que pudimos entender desayunando con él, ya tenía antecedentes por haberle pillado la Guardia Civil en un control de alcoholemia, y esto, lo podía llevar a la cárcel.

Pues eso, que nadie entendía cómo yo era su secretaria y encima me llevaba mal con todos mis compañeros, pero era lo que había, a mí no me podían echar y contaba con una situación de lo más privilegiada. Eso sí, Eric no me podía ni ver, todo lo contrario a lo que yo sentía por él, que estaba enamorada hasta médula.

La chica de los recados entró a mi despacho con el café en la mano.

—Aquí tienes —dijo con cara de pocos amigos y dejándolo sobre mi mesa.

—Por cierto, dile a tu amiga la portera que tiene que llamar a los clientes de

Soria, quieren una reunión con Eric.

—Ni yo soy tu asistente, ni ella es portera.

—Ella está en la puerta y tú eres la chica de los recados, así que rapidito. —Hice unos palillos con los dedos y la mano estirada para que se espabilara y fuese a lo que le había mandado.

—Voy a recoger firmas para que te echen —dijo sacando aún más el hocico.

—No se te olvide ir a la casa real, porque con las vuestras solo se puede uno limpiar el culo. —Le hice un guiño.

Ni veinte minutos después volvió a aparecer por mi puerta diciendo que Eric quería hablar conmigo. Lo hizo con una sonrisita y algo me daba que había ido a calentarlo en mi contra. Pobre de ella como así fuera.

—Hola, amor —dije abriendo la puerta, la misma que cerré al entrar.

—No soy tu amor. —Soltó una bocanada de aire —Me dicen que sigues teniendo un comportamiento abusivo con las chicas, y que las tratas de forma denigrante.

—¿Eso dijo? ¿Y te lo dice a ti que vas al volante borracho? Que arte tienes, Eric, si no fuera porque te opones, te echaría un polvo que te iba a dejar la sonrisa más grande que la de Jack Nicholson.

—Dios me libre de tocarte con un dedo. —Soltó otra bocanada de aire.

—Te vas a quedar sin aire en los pulmones, jefe —le dije irónicamente.

—Por favor, no alteres la paz laboral, pasa de las chicas, te lo pido personalmente.

—Todo es negociable, jefe.

—¿Qué quieres? —Se puso las manos en las caderas.

—Pasa una noche conmigo y prometo ser la mejor amiga de la portera y de la de los recados. —Me besé los dos dedos en plan promesa.

—Una noche contigo…antes me tiro por un acantilado.

—Si necesitas la ubicación de alguno, puedo facilitártelo en un ratito, el tiempo de buscar el más cercano.

—¿En qué términos quieres pasar la noche conmigo? —preguntó muy agobiado.

—Como dos personas que se desean, primero cenan, luego toman unas copas y luego pasan la noche en un hotel follando como fieras hasta por la mañana.

—Pásame la ubicación del acantilado… —dijo señalando a la puerta para que me fuese.

—En diez minutos la tienes en tu móvil. Fue un placer conocerte. —Le tiré un besito al aire.

Y vaya si le busqué el acantilado, a la carta, con posibilidad de irse hasta al del Gran Cañón del Colorado, todo era si lo quería hacer con glamur o no.

Como era de esperar no me contestó, pero más a gusto me pasé la mañana en la oficina rascándome las narices que para eso ya me habían estresado.

A la hora de la salida de nuevo estaban las dos hablando por lo bajini y se callaron cuando me vieron.

—Que dice el jefe que a partir de ahora me encargue de controlar que hacéis

bien el trabajo. Creo que quiere reducir el personal y vosotras tenéis todas las papeletas para rifaros el despido. Guapas —murmuré y luego les tiré un besito al aire, que sabía que eso las jodía un montón.

—Si a mí me echan por tu culpa —dijo Lara apretando los dientes—, no pararé hasta que tú salgas por la puerta detrás de mí.

—Feliz día. —Les hice una peineta acompañada por una sonrisa de lo más falsa y me marché de allí más feliz que una perdiz. Eso de tener fans confundidas, a mí me hacía sentir de lo más pletórica.

—¡Maleducada! —gritó Mar y ni miré hacia atrás. Ni que hubiera descubierto América, pero bueno, que su buena educación no le garantizaba su puesto. En fin…

Capítulo 2



Me había levantado más temprano de lo normal y no hizo falta que sonaran las seis alarmas que tenía puestas ya que nunca me levantaba ni a la primera ni a la cuarta.

—Mamá, ¿qué haces cocinando a las seis de la mañana?

—Te recuerdo que a las ocho entro a limpiar escaleras y no acabo hasta las tres de la tarde, y luego me tengo que ir a seguir limpiando hasta las ocho de la noche.

—¿Y por qué me lo dices en ese tono?

—Porque te lo tengo que recordar cada vez que, por obra del Espíritu Santo, te levantas más temprano. Siempre cocino a esta hora, Gala.

—Tú estás muy borde hoy, mamá, a ti te ha pasado algo.

—Nada…

—Vamos, esa respuesta me lo pinta peor. Si no confías en mí es tu problema, pero te recuerdo que soy tu hija.

—Eso me gustaría que te dieras cuenta, y entendieras el concepto de la

palabra.

—Uy, yo mejor me tomo el café en el salón que hoy te veo que tienes ganas de guerra.

—Sí, mejor, es difícil hablar con un muro.

—¡Pero si no hablas! El problema eres tú.

—Baja el tono, que aún te estampo la sartén en la cabeza, que mientras vivas bajo mi mismo techo, vas a tener que respetarme como si de la Virgen María me tratase.

—Te recuerdo que soy atea…

—Vete al salón, que al final pierdo los papeles —murmuró muy enfadada.

—Vale, Rosa. —La llamé por su nombre que era lo que peor la ponía.

Siempre nos andábamos pinchando, y es que nuestros caracteres chocaban continuamente, no había día que no tuviéramos un encuentro de palabras de este tipo. Se quejaba por todo.

Luego a mi hermano Jacobo no le decía ni media, cuando era el tipo más maleducado del mundo y vivía enfadado cada minuto de su vida.

Vivíamos en un bloque de pisos de una barriada donde todos eran de clase obrera o muy baja, era un batiburrillo, e incluso era donde más se traficaba con hachís de toda la ciudad. Pocos eran los habitantes que pasaban por aquí, era un lugar que todo el mundo evitaba.

Mis padres se conocieron cuando eran muy jóvenes, ambos vivían aquí, por lo cual, habían crecido como vecinos. Tenían los dos dieciséis años cuando mi madre se quedó embarazada de mi hermano y, tres años después, nací yo.

Así que a sus cuarenta y siete años, tenían a mi hermano con treinta y uno y a mí con veintiocho, vamos, que podríamos haber sido sus hermanos.

El piso donde vivíamos era de mis abuelos paternos, ambos ya habían fallecido unos años atrás, en cambio, mis abuelos maternos, Concha y José, vivían en la barrida y estaban como dos pinceles a sus setenta años. Con ellos estaba viviendo, desde hacía un tiempo, mi hermano Jacobo.

Mi padre, que se llama Ricardo, trabajaba todo el día en la obra y se llevaba la comida para el mediodía ya que le pillaba lejos y tenía muy poco tiempo para comer, así que siempre regresaba a las siete de la tarde, momento en que se duchaba y se sentaba a ver algún documental o el fútbol, no hacía otra cosa, vivía para trabajar y para estar en el sofá.

Saura, mi mejor amiga, trabajaba limpiando por horas, pero, siempre y cuando, fuese a partir de las once de la mañana, que como ella decía, «nada ni nadie le iba a robar el sueño». Vivía con sus padres en mi mismo barrio, justo en medio, entre mis abuelos y nosotros.

Después de desayunar me arreglé para irme hacia el trabajo. Mi madre ya se había marchado, así que no tuvimos ningún cruce de palabras más, en caso contrario, seguro que nos hubiéramos enganchado.

Me monté en mi coche, ese que me compré un año atrás dando una entradita de dinero y financiando el resto, pagando una cuota mensual de doscientos euros y del que aún me quedaban cuatro años por pagar.

Al entrar en la oficina me encontré a Eric hablando con las chicas y se hizo un silencio.

—Buenos días, a todo el mundo —dije con una amplia sonrisa de oreja a oreja —. Me alegra comprobar que sigues ileso —le dije a Eric que me miraba enfurecido.

—Ve a mi despacho, por favor.

—Así se piden las cosas. —Le hice un guiño y me dirigí hacia allí.

Saqué la lima de uñas de mi bolso ya que me di cuenta de que tenía un enganche en una. Puse los pies cruzados sobre la mesa de mi jefe y esperé a que entrase.

—No me lo pones fácil —dijo entrando y cerrando la puerta—. Esto no puede seguir así.

—Te lo he dicho, tienes que reducir el personal tóxico que tienes en la plantilla, y esas dos, están para que las rociemos con unos extintores.

—Y a ti para que te echen agua bendita. Por Dios, Gala, ¿puedes ponerte en mi lugar?

—Déjame tu coche y doscientos euros para irme de copas y verás lo bien que te imito.

—Deja ya de recordarme eso, no he vuelto a coger el coche cuando salgo a tomar unas copas.

—Normal, imagino que el saber que casi acabas con mi vida te supuso una reacción a pensar las cosas antes de hacerlas.

—¿Puedes bajar los pies de la mesa?

—Espera que ya estoy terminando de limarme la uña.

—Todo lo haces para sacarme de quicio.

—¿No te ibas a tirar por un acantilado?

—Lo que debería hacer es llevarte hasta allí y tirarte yo.

—Uy, lo que me has dicho. —Me puse la mano en el pecho y me hice la mega ofendida—. Esas dos te están envenenando en mi contra, cuando yo lo único que hago es trabajar para ganarme mi sueldo honestamente.

—¿Trabajar? Si lo máximo que te mando cada día es pasar a limpio mi agenda.

—Te parecerá poco para los mil euros de mierda que me das.

—¿Mil euros de mierda cuando solo trabajas cinco horas de lunes a viernes?

—No, espera, a ver si por ese precio quieres que me venga aquí a vivir.

—No puedo contigo, solo te pido que las dejes en paz.

—¡Que son ellas! Son malas personas, tienen veneno en sus bocas. Si me vuelves a hacer venir para atacarme y defenderlas a ellas, las cogeré por los pelos y las traeré aquí a rastras para que me digan en mi cara si soy yo las que las provoco.

—Ni se te ocurra…

—Pues finge que soy tu preferida o la guerra irá a más. No habrá paz para las víboras —dije levantándome para salir de allí.

—¿Qué cojones quieres?

—Otra vez. —Me reí y giré para contestarle mirándole a la cara—. Una noche contigo… —Le hice un guiño y me dispuse a irme como si estuviera en lo alto de una pasarela, con contoneo de caderas incluido.

Me pasé por recepción donde sabía que me encontraría a las dos.

—Lara, que dice el jefe que me lleves a mi despacho un café y le lleves otro a él. Por cierto, con un bombón al lado.

En la oficina había una sala de descanso con una máquina de café de cápsulas y siempre había una bombonera al lado, para quien quisiera pillar uno y tomarlo con el café.

No me dijeron nada, creo que entendieron que la reunión con el jefe había fallado a mi favor, así que otro gol que les metía por toda la escuadra al equipo contrario.

Me trajo el café con esa cara que parecía que fuera a vomitar, además estaba blanca.

—Espera. —Me levanté y cambié el bombón por el de mi jefe ya que a él se lo había puesto de trufa que era el más bueno y a mí de fresa. Su cara era para dejarla plasmada en una foto—. Ya te puedes marchar. —Extendí la mano—. Por cierto, dile a Eric de mi parte que hoy no me pase su agenda, que estoy con ligero dolor de cabeza y no puedo forzar mucho la vista.

Ni me contestó, se marchó directa a llevarle el café que no le había pedido, pero joder que me agradeciera que iba a quedar como una pelota de mucho cuidado.

—Eric no había pedido ningún café —dijo apareciendo por la puerta muy enfada, así que mi plan había fracasado.

—Él no tiene que pedir nada, para eso tiene a su secretaria para pensar por él, yo soy su voz te guste o no te guste.

—Eres una niñata barriobajera —dijo y se dispuso a marcharse cuando corrí hacia el pasillo y la agarré por los pelos frenándola.

—Vuelve a insultarme y te rajo de arriba abajo. Vas a saber cómo nos las gastamos en el barrio —le dije en tono amenazante.

—¡Gala! —Escuché la voz de Eric detrás de mí.

—Me ha llamado niñata y barriobajera —dije soltándole los pelos.

—Ve a mi despacho —me dijo por segunda vez en el día, y a mí no me dio la gana ser yo la que pagara el pato todo el tiempo.

—Ve tú al mío si quieres —dije entrando y sentándome en el sillón de mi mesa.

No tardó en entrar y cerrar la puerta. Se dirigió a mi mesa y se sentó en una de las dos sillas que había al otro lado.

—¿Quieres una puta noche a cambio de dejarlas en paz? —preguntó muy enfadado, poniendo las dos manos sobre mi mesa y echándose hacia adelante.

—Me acabas de poner cachonda. —Esta vez fui yo quién echó la bocanada de aire.

—Maldigo cada día la noche que te cruzaste en mi camino.

—Benditas las manos que conducían ese coche que me dio la estabilidad laboral —dije sin cortarme ni un pelo.

—Esto lo tengo que atajar, aunque tenga que rebajarme a hacer algo que no deseo ni lo más mínimo.

—¡Oye que yo tengo un buen repaso! —Me levanté para que viese que formas y cuerpo no me faltaban.

—El viernes te llevaré de cena, copas y lo que quieras, pero me vas a firmar que no volverás a ocasionar ni un malestar en mi empresa.

—Tranquilito, que esos eran mis deseos hasta que hoy me has dicho de ir a tu despacho dos veces delante de las depredadoras, aquí la victima soy yo, así que no me vale con una noche.

—No, si quieres paso el resto de mi vida a tu lado.

—En lo que es lo laboral, lo vas a tener que pasar. —Me reí.

—Dime qué quieres ahora, acabemos con esto cuanto antes.

—Quiero ser tu novia…

—¡Estás loca! Antes me tiro por un quinto piso.

—Sí, al igual que te ibas a tirar por el acantilado. —Me reí a carcajadas.

—Serías con la última mujer que estaría en mi vida.

—Pues por poco pasas la noche del viernes conmigo —le recordé lo que había dicho antes.

—No te gusta que te llamen niñata, pero actúas como una de esas. Te he dado la oportunidad de que te formes laboralmente y solo haces que causar problemas y no te preocupas por prosperar. ¿No te das cuenta de que el tiempo es oro y tú sigues estancada en el mismo punto de partida?

—No he entendido nada de lo que has dicho. —Me encogí de hombros y fruncí los labios—. Solo que actúo como una niñata. ¿Cómo te atreves a pisotear a la víctima? Porque te recuerdo que son ellas las que no se quisieron mezclar conmigo desde un principio, se creen unas pijas de la vida y no son más que una portera y la chica de los recados. Haz el favor de salir de mi

despacho, no te voy a permitir que me pisotees al igual que ellas. —Cogí de nuevo la lima de uñas y me eché hacia atrás para repasármelas cómodamente.

Eric se marchó soltando el aire como si de un dragón se tratase. Yo me quedé más a gusto que todas las cosas. A mí no iba a venir a decirme nada como si esas dos fuesen unas santas y yo una hija de la gran puta, que yo tenía lo mío, pero mala no era, solo que a mí me habían hecho un cerco desde el primer día y eso derivó a que durante todo este tiempo nos llevásemos a matar. Dónde buscan, encuentran…

Capítulo 3



Llegué a mi casa y me puse un plato del guiso que había dejado hecho mi madre por la mañana. Estaba riquísimo, como siempre, y no pude resistirme a mojar pan como una loca.

Miré el móvil y me di cuenta de que tenía un mensaje de mi amiga.

Saura: *Tengo un notición que te va a dejar medio muerta.*

Gala: *Ya estás tardando en contarme.*

Saura: *El sábado hay en Jolins Beach una fiesta privada y entre los asistentes está tu adorado jefe.*

Gala: *¿Cómo te has enterado de eso?*

Saura: *Te recuerdo que haciendo de detective en las redes soy la mejor del mundo.*

Gala: *¿Pero estás segura de que va a ir o solo lo han invitado?*

Saura: *Va él, además, es uno de los que más han colaborado en la causa, haciendo una cuantiosa donación para la ONG, he leído el artículo.*

Gala: *Encima que está bueno, es generoso. Tenemos que conseguir ir a esa fiesta. Verás la sorpresa que le damos.*

Me reí solo de pensarlo y es que Eric era tan hermético y discreto que era muy difícil encontrárselo fuera del ámbito laboral.

Saura: *La sorpresa es que no tenemos que colarnos, me enteré de ese evento porque sorteaban entradas para invitados y me tocaron dos de ellas. Luego tirando del hilo y viendo los asistentes, me di cuenta de lo de tu jefe.*

Gala: *Te como enterita, el sábado tenemos que ir con nuestras mejores galas, como si fuera fin de año.*

Saura: *Pobre Eric, el pasado nocturno vuelve al presente.*

Mi amiga acababa de darme la excusa perfecta para pillar a mi jefe fuera de la oficina, ese no sabía que este fin de semana lo iba a coronar por todo lo alto. De que me encargaba de eso, me encargaba. Iba a vivir su gran noche.

Me eché a dormir una siestecita de tres horas, que hubieran podido ser muchas más, si no hubiera escuchado a mi padre y a mi madre hablar en el salón ya que habían llegado de sus respectivos trabajos.

Salí saludándolos con la mejor de mis sonrisas y a mi padre le salió otra, él no se metía en jaleos y siempre tenía una buena cara para todos, eso sí, vivía en su mundo y no quería saber nada de líos.

—Gala, necesito que vayas al súper porque no me di cuenta de que me quedé sin tomate de bote para poder hacer la pasta para mañana.

—Vale. —Cogí las llaves, mi monedero y me dirigí al súper que había a la vuelta de la esquina.

Al entrar en el súper vi que habían puesto una torre de cajas de bombones en

oferta y se me ocurrió la genial idea de que por cuatro euros podía sorprender a mi amado jefe, pero también a mis padres, así que cogí un par de cajitas y me dirigí a coger el tomate para pasar por caja.

Saqué de la bolsa los tres botes de tomate para dejar en la despensa de reserva y luego les di una caja de bombones a los dos. Mi padre me lo agradeció sonriente y mi madre me dio las gracias con más mala cara que un pollo caducado de diez días.

Lo de mi madre y yo era algo que venía de serie y formaba parte de nuestras vidas, así que me lo tomé como si lo hubiera recibido con todo el cariño del mundo. ¿Para qué me iba a amargar con el gesto tan bonito que yo había tenido?

Por la mañana pasé por una papelería que había cercana al barrio y le pedí a la dependienta que me envolviera muy bonita y elegante la caja de bombones. Por un euro y medio me la dejó que parecía que la había comprado en El Corte Inglés.

Llegué al trabajo con el regalito en la mano y sonriendo ante unas compis que de nuevo se callaban al verme aparecer, pero no tenía ganas de gastar ni saliva.

—Jefe, aquí está su empleada favorita con un regalito para usted —dije acercándome con la cajita en mis manos y poniéndola sobre su mesa delante de él.

—¿Y esto? —Lo cogió con su mano.

—Un regalito que ayer le compré.

—¿A cuenta de qué?

—Me salió del corazón. —Me encogí de hombros y puse cara de angelito.

Lo abrió y se le escapó una sonrisilla que para mí era el mayor triunfo que había conseguido hasta ahora con él. Jamás le había conseguido sacar la más mínima.

—Gracias, Gala. Lo disfrutaré a tu salud.

—Bueno, ahora le mando el cafelito para que los acompañe.

—No, no, no —dijo precipitadamente para evitar a que mandara de malas maneras a Lara a prepararlo. Vamos que lo pude ver en su escueta y repetida palabra de negación.

—Tranquilo, que se lo haré yo y lo traeré personalmente.

—Eso está mejor. —Casi pude escuchar cómo soltó el aire.

—Ahora, vengo, jefe —dije saliendo y cerrando la puerta.

Crucé el pasillo y de nuevo me encontré con las dos papanatas.

—El jefe, que dice que quiere prescindir de tus servicios poco a poco y que prefiere que sea yo la que le haga y le lleve el café ya que se lo preparo con más amor. —Me encogí de hombros y me fui a la sala donde estaba la cafetera. No escuché ni que rechistaran, creo que las dejé sin palabras.

Aparecí con el platito y la taza en mis manos pasando de nuevo por delante de las chicas que me miraban con una cara que parecía que estuviesen en un tanatorio. Desde luego que no entendía cómo se podía vivir tan amargada en la vida.

—Jefe, aquí tiene su café, hecho con todo el cariño y respeto del mundo. —Se lo puse sobre la mesa y me dirigí a su lado y agaché la cabeza poniendo mi mejilla cerca—. Dame un besito que me lo he ganado.

—Gala… —Se le escuchó la risilla nerviosa, por mucho que lo quisiera ocultar lo había puesto de lo más nervioso.

—El besito de agradecimiento —insistí acercando mi mejilla un poco más.

—Por favor. —Extendió su mano para que me fuera, pero sin dejar de echar esa risilla.

—El besito, jefe —insistí sin quitar la mejilla. Y me dio el beso mientras su risilla se hacía más fuerte.

—Espero que hoy no me des ni un dolor de cabeza. Por cierto, hueles muy bien.

—Es una muestra del perfume ese de mujer que es un tacón. A ver si un día me lo regalas, que yo he tenido un detalle contigo. —Le devolví el beso antes de disponerme a salir de su despacho.

—Cómprate el perfume y me traes la factura. Te la reembolsaré —dijo justo antes de que atravesara la puerta.

—¿Puedo acercarme un momentito a la perfumería?

—Claro, ve sin prisas. —Arqueó la ceja.

Fui a mi despacho, cogí el bolso y salí por delante de las chicas cantando por Andy y Lucas, que para alegrar el cuerpo no había mejores artistas que ellos.

A ver, que yo no era tonta, que eso que me había dicho de que fuese sin prisas era para asegurarse que al menos un buen rato me perdían de vista, pero ¿y el detalle que había tenido de pagarme un perfume de los buenos? Eso iba por delante de cualquier cosa.

Lo tuve fácil porque lo vi rápidamente en la estantería. Lo había de diferentes mililitros y yo me decanté por el que más tenía, ciento cincuenta, y que valía la friolera cifra de ciento quince euros, pero bueno, que lo iba a pagar el amor de mi vida, mi jefe.

Le pedí a la chica que me regalase algunas muestras y mira, tuve la suerte que me dio por lo menos cinco diferentes. Pagué con la tarjeta y guardé el recibo para llevárselo a Eric, que me recibió sonriente al verme con la bolsita en la mano. Si llego a saber que unos bombones le iban a sacar varias sonrisas en una sola mañana, se los hubiera traído mucho antes.

—¿Ya?

—Sí, mira qué bonito es. —Saqué la cajita de la bolsa y lo abrí para enseñárselo.

Lo cogió y se lo llevó a la nariz para olerlo directamente del frasco.

—Huele genial, todo un acierto. ¿Cuánto te tengo que dar? —Fue a echar mano de su cartera.

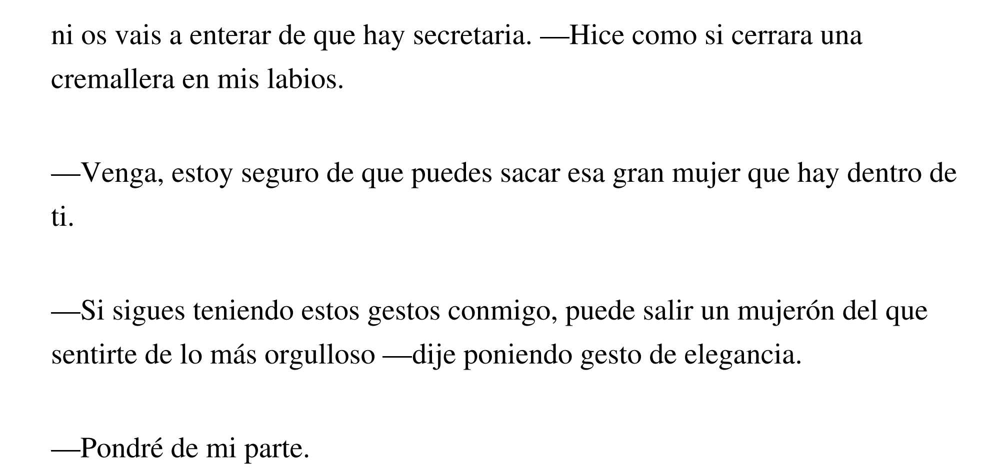
—No, no, por favor, por Bizum para que regrese de nuevo a mi cuenta que no veas qué bajón ha pegado con este importe.

—Vale, te hago Bizum. ¿De cuánto?

—Son ciento quince, pero, si quieres redondear, ponme ciento cincuenta y me callo como una puta toda la mañana.

—No hables así mujer. —Se reía mientras mandaba el Bizum que no tardó en sonar en mi móvil.

—Qué buena gente eres, jefe —dije comprobando que me había mandado ciento cincuenta y me dirigí a su lado para darle un beso en la mejilla—. Hoy


ni os vais a enterar de que hay secretaria. —Hice como si cerrara una cremallera en mis labios.

—Venga, estoy seguro de que puedes sacar esa gran mujer que hay dentro de ti.

—Si sigues teniendo estos gestos conmigo, puede salir un mujerón del que sentirte de lo más orgulloso —dije poniendo gesto de elegancia.

—Pondré de mi parte.

—Te estoy cogiendo cariño, vas a pasar de ser mi fantasía sexual, al gran amor de mi vida. Bueno, para qué vamos a mentir, ya lo eres. —Le di un beso a la palma de mi mano y luego soplé para enviárselo a él mientras este negaba riendo.

Salí de allí andando lenta y sensualmente para que se pronunciaran mis caderas ya que estaba segura de que me estaba mirando el culo.

Pasé por recepción para ver a las compis y les enseñé el perfume que me había regalado el jefe.

—¿No es un amor de jefe? —dije haciéndome la adorable y emocionada a la vez, mientras, sus caras eran de dos perros a punto de morderme. Ni contestaron—. Bueno me voy que tengo mucho trabajo que hacer.

Pues me daba la sensación de que se estaban mordiendo la lengua un poco más de lo normal. ¿Sería que ya se estaban dando cuenta del peligro que suponía estar en contra de la futura jefa de la oficina? Porque si algo tenía claro, es que terminaría convirtiéndome en la mujer de mi jefe y más después de esas sonrisas que le había arrancado en el día de hoy.

Terminé la jornada laboral y me fui a comer a casa de mis abuelos que me habían llamado para decirme que habían preparado patatas fritas con huevos y

salchichas, mi comida favorita, así que la pasta que hizo mi madre la dejaría para cenar.

Mi hermano salía justo cuando yo iba a entrar en el portal de mis abuelos, ni hola me dijo, directamente me pidió cinco euros que yo le di y se marchó sin decir adiós ni darme las gracias. En fin, era un caso perdido y luego se quejaban de mí, que era una joven de lo más responsable.

Mis abuelos me comieron a besos cuando me vieron entrar por la puerta y luego durante la comida estuvimos charlando un poco del mundo del famoseo, a los dos les encantaban los programas del corazón y estar al día de todos los chismes que luego me contaban a mí y nos poníamos a criticarlos.

Después de ayudarlos a recoger la mesa y la cocina, me senté un rato con ellos en el sofá y hasta di una cabezadita. Cuando me levanté me tomé un café y me fui a darle el encuentro a Saura para fumarnos en la barriada un cigarrillo juntas y terminar de cerrar lo del sábado, que no solo íbamos a la fiesta a darle la sorpresa a Eric, sino que estábamos trazando un plan para que cayera en mis redes.

Capítulo 4



Y llegó el ansiado sábado en el que teníamos todo más que preparado para nuestra gran noche, pero también iba a ser la de mi jefe. De eso no había la menor duda.

A las nueve en punto le estaba dando el encuentro a Saura. Íbamos las dos monísimas con unos vestidos cortos de tirante fino y ajustados al cuerpo hasta mitad de nuestra pantorrilla. El mío era en dorado y el de ella en plateado, a juego con las sandalias. Los modelitos nos los habíamos comprado en el chino del barrio que a veces traía cosas que merecían la pena, como era nuestro caso.

Decidimos ir en autobús ya que había uno que pasaba cerca del evento, pasamos de coger un taxi porque fijo que nos clavarían al menos diez euros, cuando por dos euros cada una, llegábamos igual.

—Vamos de lo más monas —decía Saura, haciéndome un repaso a mí y luego en ella.

—Sí, además estos vestidos dan el pego, fijo que se piensan que los hemos comprado en Guess o algo por el estilo.

—Obvio, porque nosotras lo valemos. —Nos reímos—. Y el plan nos va a salir de muerte, hoy follas con tu jefe como Saura que me llamo.

—¡Ojalá! —Me reí nerviosa.

Yo solo de imaginarlo me ponía como una locomotora. Desde el día que conocí a Eric me había enamorado como nunca y es que al resto de hombres les sacaba fallos de todos los estilos, no me gustaba ninguno, no había nadie comparable con mi jefe.

El autobús nos dejó a unos metros de la entrada donde había un seguridad. Anduvimos derechas como si de alguien importante nos tratásemos, que lo éramos, pero bueno, queríamos provocar más glamur del que ya teníamos.

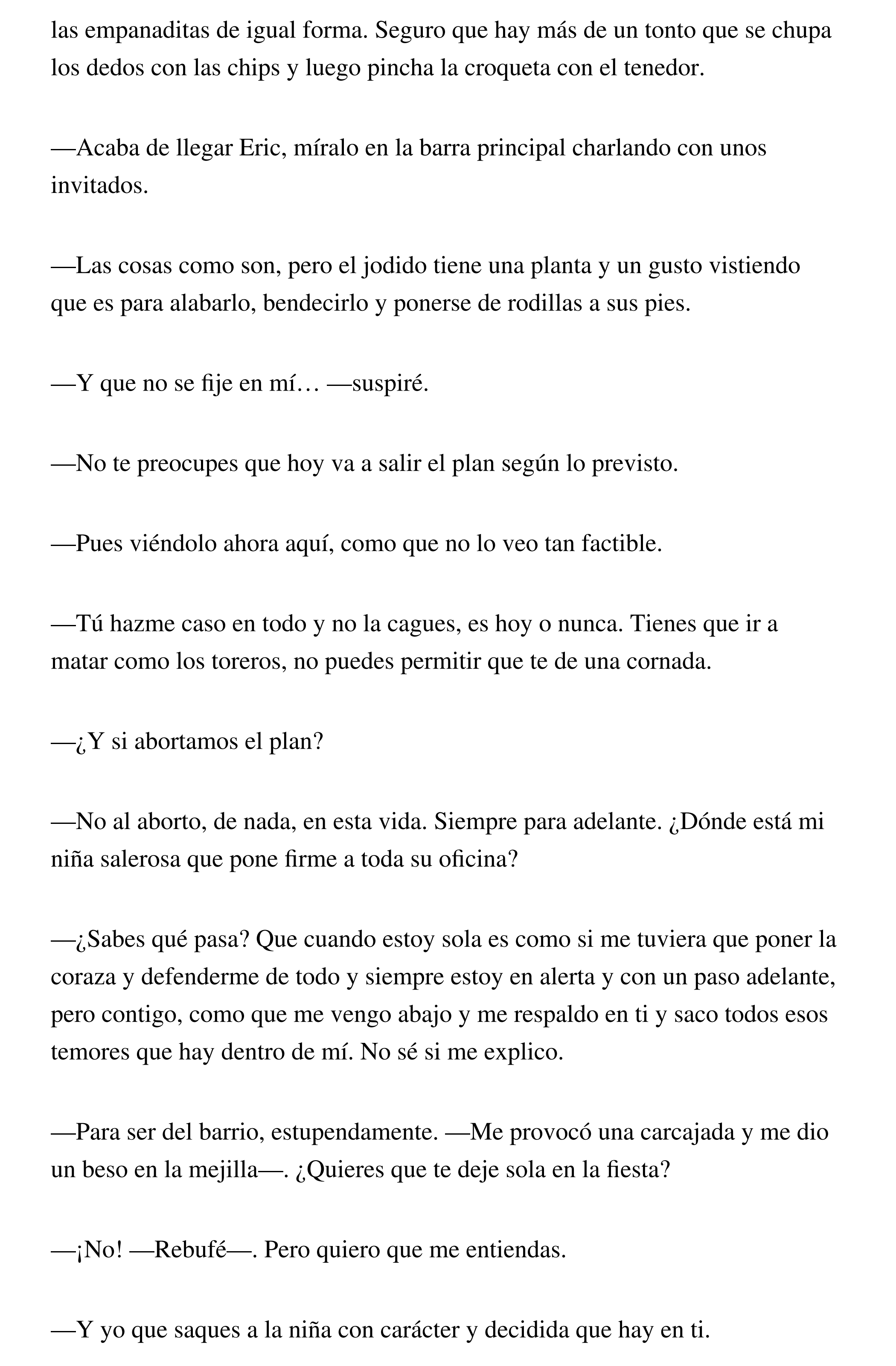
Le dimos las entradas y sonrió apartándose para dejarnos paso. Justo detrás de él, había un camarero con una bandeja con vinos y champán dando la bienvenida al club. Yo no sé si cogí lo uno o lo otro, pero estaba bueno y dejaba una sensación de lo más fresquita en la garganta.

—Madre mía qué de bombones sueltos —murmuró Saura cuando pasamos por delante de un grupo de hombres que parecían sacados de un anuncio de trajes de alta costura.

Nos adentramos por el lado hasta salir a la zona que daba a la playa, además, el jardín trasero tenía hasta un acceso entre las vallas a ella. Estabas dentro de un recinto, pero mirando al mar y al aire libre si te ponías en la terraza. Era una cucada de sitio para gente de mucho dinero. Todo el mobiliario era de lo más cómodo y en blanco. Nos sentamos en uno de los sillones que había repartidos por todo el exterior con sus mesitas de madera delante.

Un camarero nos puso una bandejita con unas croquetas, unas mini empanadas y unas patatas chips. Nos preguntó qué queríamos tomar y le pedimos dos cervezas bien frías. Retiró nuestras copas y se marchó.

—¿Para qué nos dejan tenedores? No entiendo, porque las chips hay que cogerlas por cojones con los dedos, así que ya puestos se coge las croquetas y



las empanaditas de igual forma. Seguro que hay más de un tonto que se chupa los dedos con las chips y luego pincha la croqueta con el tenedor.

—Acaba de llegar Eric, míralo en la barra principal charlando con unos invitados.

—Las cosas como son, pero el jodido tiene una planta y un gusto vistiendo que es para alabarlo, bendecirlo y ponerse de rodillas a sus pies.

—Y que no se fije en mí… —suspiré.

—No te preocupes que hoy va a salir el plan según lo previsto.

—Pues viéndolo ahora aquí, como que no lo veo tan factible.

—Tú hazme caso en todo y no la cagues, es hoy o nunca. Tienes que ir a matar como los toreros, no puedes permitir que te de una cornada.

—¿Y si abortamos el plan?

—No al aborto, de nada, en esta vida. Siempre para adelante. ¿Dónde está mi niña salerosa que pone firme a toda su oficina?

—¿Sabes qué pasa? Que cuando estoy sola es como si me tuviera que poner la coraza y defenderme de todo y siempre estoy en alerta y con un paso adelante, pero contigo, como que me vengo abajo y me respaldo en ti y saco todos esos temores que hay dentro de mí. No sé si me explico.

—Para ser del barrio, estupendamente. —Me provocó una carcajada y me dio un beso en la mejilla—. ¿Quieres que te deje sola en la fiesta?

—¡No! —Rebufé—. Pero quiero que me entiendas.

—Y yo que saques a la niña con carácter y decidida que hay en ti.

—Míralo, está sonriendo y cuando lo hace a mí se me cae la baba.

—Y a él se le caerá también cuando te vea tan sensual y guapa.

—Eric puede tener a la mujer que quiera.

—Y tú al hombre que quieras también, así que no empieces a desvalorarte ni a montar ningún melodrama que hoy hemos venido a disfrutar —dijo cogiendo una de las cervezas que nos acababan de traer y la puso en mi mano antes de coger la suya, para que la chocásemos a modo brindis.

—Lo del plan no lo veo.

—¿Ahora te rajas?

—Creo que es mejor que nos quedemos quietecitas y que sea lo que dios quiera.

—Pues no te lo vas a poder llevar contigo.

—Me da igual, de verdad, todo es una locura.

—¿Y desde cuando estamos cuerdas?

—Pues ya deberíamos empezar a estarlo que tenemos una edad.

—Uy, uy, uy, qué sensible te pone ese hombre. —Echó su mano por el hombro y me besó la mejilla.

—Pero bueno, ¿qué hacéis aquí? —preguntó sonriente para mi sorpresa Eric que nos había visto y se había acercado. Me sorprendía que se lo tomara tan bien.

—Mira, Gala, ¡tu jefe! —Se puso la mano en la boca haciéndose la sorprendida.

—Eric, qué sorpresa —sonreí a la vez que se me forjaba la cara de terror ¿Qué me estaba pasando por Dios? Yo no era así de débil.

Nos dio dos besos a cada una y nos pidió permiso para sentarse en el sillón que había libre.

—¡Claro! —le dijo Saura.

—¿Y cómo que estáis aquí?

—Porque hicimos una donación cada una el año pasado de mil euros y este año también, obviamente del dinero que nos diste de la indemnización —le dijo Saura provocándonos una carcajada.

—Debo reconocer que has tenido gracia —le dijo este con esa risilla suelta. A mí me había impresionado mucho el simple hecho de que se acercase tan amigable y se sentase con nosotras.

—Yo soy muy graciosa, por cierto, ¿no necesitas que nadie te limpie las oficinas de una a tres? Es que tengo siempre esos huecos libres.

—Saura —protesté volteando los ojos.

—No sé yo si sería buena idea teneros juntas un rato, algún que otro día. —Carraspeó.

—Si yo soy un amor. —Me encogí de hombros y noté que de nuevo me salía esa parte defensiva—. El problema es que tienes dos leonas allí, en la oficina, que más vale que las lleves a adiestrar.

—Esas dos niñas tienen muy mala baba y le hacen mucho daño a mi Gala —

dijo mi amiga, acariciándome el pelo y metiéndose en su papel.

—Bueno, que ella no es que se calle ni una.

—Jefe, qué sabrá usted si no me ha visto la de veces que me he tenido que encerrar en mi despacho a llorar.

—A llorar de la risa, ¿no? —preguntó cogiendo una croqueta y metiéndosela en la boca.

—Mira, pensé que la iba a coger con tenedor —dijo Gala y Eric arqueó la ceja porque la había entendido.

—Bueno, entonces, ¿me vais a contar cómo habéis conseguido entrar como invitadas a este evento?

—Le tocaron a Saura dos entradas en un sorteo.

—De estos eventos no se hacen sorteos de entradas —me dijo a modo riña, aguantando la sonrisilla, y miré a mi amiga.

—La falsificación de las entradas me la hizo un colega y le quedaron de lujo —dijo ella encogiéndose de hombros, y a mí se me quedó la boca abierta por completo.

—Yo a ti te mato —murmuré queriéndola coger por el cuello—. ¡Me has engañado!

—Es que me enteré de esta fiesta y pintaba muy bien, además con comida y bebida gratis. ¿Cómo nos íbamos a perder la noche de nuestras vidas?

—Yo mejor no quiero enterarme de nada —murmuró Eric sin poder parar de reír para mi asombro.

—Hombre, Eric, qué bien acompañado estás —dijo un joven apuesto acercándose a él, y mi amiga le hizo una revisión de arriba abajo mientras le sonreía tan feliz.

—Mira te presento a Gala, mi secretaria y a su amiga Saura. —Nos levantamos a darle dos besos—. Él es Mark, el dueño de la cadena de perfumerías Paraíso.

—Joder, casi nada, anda que no es conocida —dijo Saura provocándole una sonrisilla a ambos.

—¿Te quieres sentar? —le ofreció Eric señalando a la otra silla libre, ya que había una en cada lateral de la mesa.

—Claro, creo que no habrá mejor lugar para entretenerme que aquí. Ha sido llegar y darme cuenta de todos los tontos que hay reunidos en tan pocos metros cuadrados —dijo provocando una carcajada en Eric que afirmaba dándole la razón.

—Y si hay tantos tontos aquí, ¿qué hacéis viniendo?

—Tenemos que dar la cara, qué menos, ¿verdad, amigo? —Le dio dos palmadas en el hombro a Eric que no soltaba la copa de la mano.

—Así es, amigo, así es —afirmaba y a mí que se me hacía que Eric estaba demasiado relajado para tenerme delante con la tensión y estrés que según él yo le causaba.

Pasamos de las cervezas a los *gin-tonics* como ellos, la verdad es que Mark era un puntazo de tío de lo más gracioso y se veía que congeniaba a la perfección con Saura, a la que no paraba de buscarle la lengua ya que ella, ni corta ni perezosa, le seguía el rollo en todo.

Eric estaba demasiado cómodo y me hablaba todo el tiempo como nunca lo

había hecho de relajado, eso es lo que más me asombraba, la manera que estaba actuando de lo más natural y amigable.

Lo que me estaba dejando flipada era cómo Mark le tiraba la caña a mi amiga que, aunque yo estuviera hablando con Eric, tenía el oído puesto en ellos y me daba a mí que estos dos iban a terminar la noche revoleados por cualquier sitio.

—¿Te das cuenta cómo puedes hablar con educación y mantener una conversación sin estar a la defensiva? —me dijo causándome una risilla nerviosa.

—Ya te dije que soy así, pero es que en tu oficina es muy difícil mantener la calma.

—Mira qué bien me has contestado, esas son las formas y son las que no deberías de perder por nada ni nadie. Vales mucho, Gala, pero te pierde el ímpetu y lo cabezona que eres. —Estiró su mano y pellizcó mi mejilla consiguiendo que me pusiera de lo más nerviosa. Ese gesto para mí significaba mucho.

—Prometo intentar aguantar el genio en horario laboral. —Puse la mano en plan promesa Scout, con los tres dedos levantados.

—Y ahora me tienes que contestar la verdad a algo que me causa curiosidad.

—Dale sin miedo, hoy estoy en oferta —murmuré apretando los dientes.

—Lo de que querías pasar una noche conmigo y con todo lo que ello conlleva, ¿era una vacilada tuya? —Arqueó la ceja.

—¿En serio te causa curiosidad?

—Muchísima, aunque no lo creas, eso me creó un trauma y no se me iba de la

cabeza. —Carraspeó mirándome y esperando una respuesta.

—Sí, te lo dije totalmente en serio. —Me encogí de hombros—. Las mujeres también sentimos el morbo y esas cosas.

—Pero no pensé que lo sintieras por mí, es más, estos dos años todas las indirectas que me has tirado, siempre me las tomé como una burla tuya.

—¿A burla? Si solo me faltó ponerme de rodillas debajo de tu mesa como la Lewinsky. —Se echó a reír a carcajadas.

Capítulo 5



Juro por mi vida que ni Eric ni yo nos percatamos de nada, pero cuando nos dimos cuenta, nuestros amigos ya no estaban.

—¿En qué momento se han marchado? —pregunté incrédula.

—Eso mismo me estoy preguntando yo. —Miraba alrededor.

—Si no supiera que estamos de gratis aquí, pensaría que Saura se ha hecho un simpa —dije llorando de la risa mientras miraba hacia todos los lados para ver si la veía.

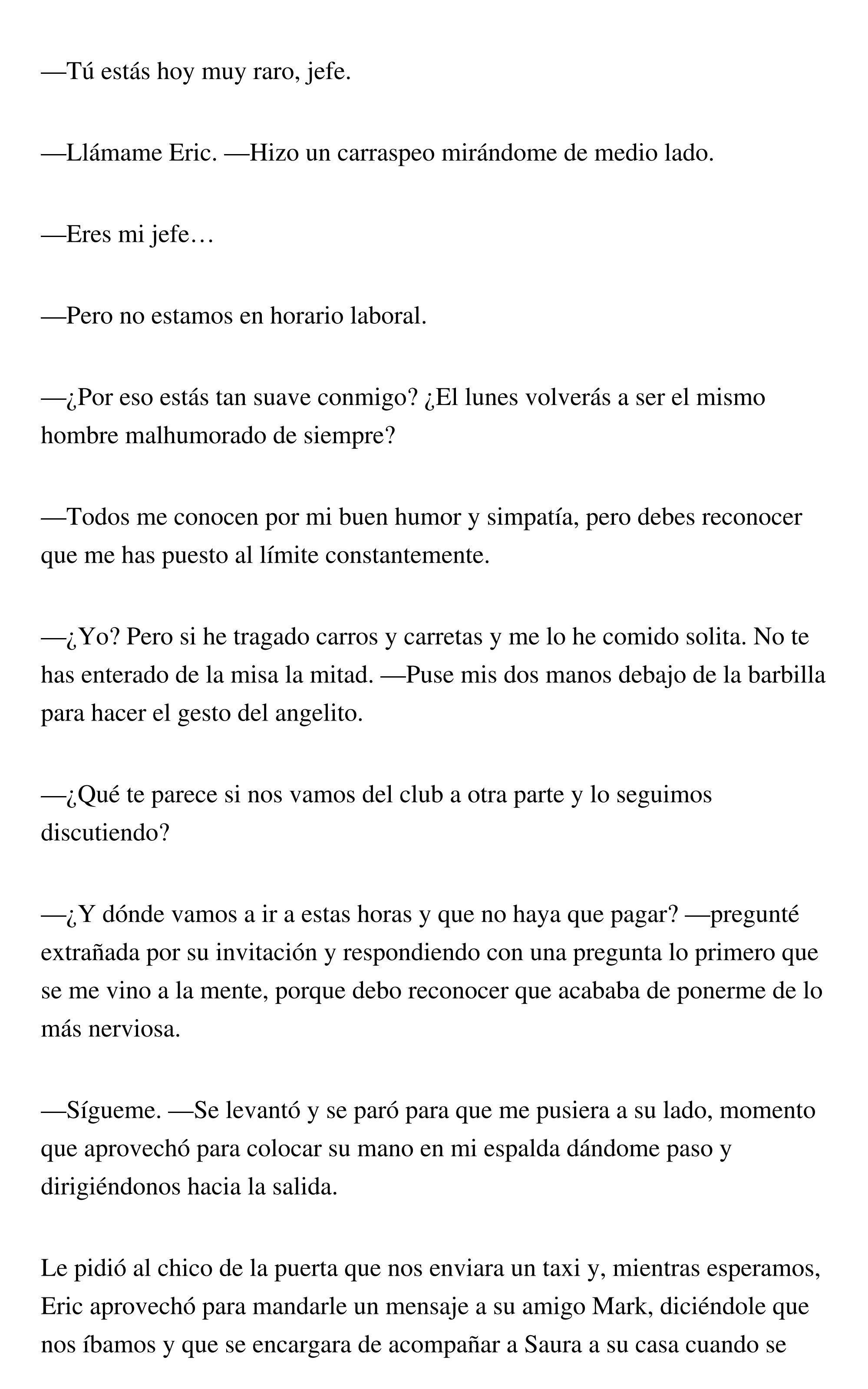
—Está en buena compañía, tranquila.

—No, si eso no me preocupa, en todo caso la mala compañía es ella, que Dios lo coja confesado —murmuré apretando los dientes mientras lo escuchaba reír a todo pulmón.

—Eres buenísima cuando estás de buen rollo.

—Yo siempre estoy de buen rollo, que no sea el de vuestro gusto es otra cosa. —Me encogí de hombros.

—Hoy me tienes encantado, hasta soltando las cosas suenan de otra manera.



—Tú estás hoy muy raro, jefe.

—Llámame Eric. —Hizo un carraspeo mirándome de medio lado.

—Eres mi jefe…

—Pero no estamos en horario laboral.

—¿Por eso estás tan suave conmigo? ¿El lunes volverás a ser el mismo hombre malhumorado de siempre?

—Todos me conocen por mi buen humor y simpatía, pero debes reconocer que me has puesto al límite constantemente.

—¿Yo? Pero si he tragado carros y carretas y me lo he comido solita. No te has enterado de la misa la mitad. —Puse mis dos manos debajo de la barbilla para hacer el gesto del angelito.

—¿Qué te parece si nos vamos del club a otra parte y lo seguimos discutiendo?

—¿Y dónde vamos a ir a estas horas y que no haya que pagar? —pregunté extrañada por su invitación y respondiendo con una pregunta lo primero que se me vino a la mente, porque debo reconocer que acababa de ponerme de lo más nerviosa.

—Sígueme. —Se levantó y se paró para que me pusiera a su lado, momento que aprovechó para colocar su mano en mi espalda dándome paso y dirigiéndonos hacia la salida.

Le pidió al chico de la puerta que nos enviara un taxi y, mientras esperamos, Eric aprovechó para mandarle un mensaje a su amigo Mark, diciéndole que nos íbamos y que se encargara de acompañar a Saura a su casa cuando se

fueran a marchar.

Nos montamos en el taxi y Eric le indicó una dirección que no me digáis por qué, algo me decía que era la de su casa. No sabía si seguir conteniendo el aire o soltarlo de sopetón.

Su mano se entrelazó con la mía y un cosquilleo recorrió mi estómago. Ni plan A, ni B, ni C; esto estaba rodando solo y ahora me sentía de lo más nerviosa, como si toda esa seguridad que siempre había tenido, se hubiera desvanecido por completo.

Paramos en la puerta de una preciosa y enorme casa con piscina, vamos, nada que ver con el piso, y mucho menos con el barrio, donde yo vivía.

—¿Vives aquí?

—Sí —sonrió arqueando la ceja y disponiéndose a preparar dos copas en la cocina, que por cierto, era una preciosidad. Aunque sin haber visto la casa detalladamente, a un lado del pasillo vi el salón y también era una virguería.

La sonrisilla que no se quitaba de la cara de Eric era lo que más nerviosa me ponía cosa que en el trabajo, con mi escudo que llevaba siempre como defensa, yo me sentía con una seguridad de la que ahora carecida. Y él lo notaba, de ahí a que estuviera con esa tranquilidad y control.

Tomó las copas y con un gesto de cabeza, me indicó que lo siguiera. Bajamos por unas escaleras al final del pasillo que conducían a un sótano, que literalmente me dejó con la boca abierta, era lo más sorprendente que mis ojos habían visto.

Al fondo, había una amplia cristalera que daba a la parte trasera de la casa, con vistas al jardín. Al acceder a la casa por el frente, era necesario subir unos escalones, ya que quedaba elevada, pero desde este lado era completamente todo llano.

Justo afuera de la cristalera, se encontraba una terraza con un porche cubierto que tenía sofás y una mesa, estaba situada frente a una pequeña piscina con forma de isleta, de la cual caía agua en una cascada, rodeada de arbustos y cañas de bambú, creando una escena idílica. Cuando abrió la cristalera con un control remoto, me quedé fascinada por la sensación de estar como en un garaje americano restaurado y convertido en una zona como si de una discoteca se tratase.

Dentro lo que había era barra de bar llena de bebidas y congeladores de lo más modernos y delante contaba con seis taburetes de lo más bonitos, como todo lo que había, que era de un gusto muy grande.

Mesas y sillas de mimbre, pero con sus cojines que se veían de lo más cómodos y hasta un centro de baile con una barra en medio al estilo de las que usan las bailarinas para subirse.

—Es mi lugar favorito —murmuró. No me extrañaba, además tenía un sofá en uno de los lados que se veía de lo más cómodo y hasta tenía una pantalla gigante.

—Una curiosidad. —Apreté los dientes.

—Dígame usted, señorita. —Extendió su mano para que nos sentásemos en la terraza ya que la noche invitaba a ello.

—Si tienes aquí ese bar con todo lo necesario para preparar las copas ¿Por qué lo has preparado en la cocina si ahora íbamos a bajar?

—Eso tiene una rápida explicación…

—Estoy deseando escucharla. —Tomé asiento a un lado del sofá exterior y puse la copa sobre la mesa.

—Tengo siempre esa botella en la cocina porque me suelo tomar una copa antes de salir los fines de semana y así no tengo que bajar al sótano, siempre tengo arriba unas tónicas y una botellita. Dicho todo eso, bien es verdad que llevo dos copas encima y no caí en eso. —Nos reímos.

—Pues no se te nota lo de las copillas, oye.

—¿Qué no? —Se ladeó subiendo una rodilla al sofá y se puso mirando hacia mí que estaba con las piernas subidas de lado y con los pies fuera—. Por cierto, creo que ahora es el momento perfecto para negociar las nuevas condiciones en la empresa.

—Sigue bebiendo porque si te has pensado que me has traído aquí por algún tema laboral, te vas a llevar una hostia contra un muro bien grande.

—Son a tu favor…

—Habla inmediatamente —dije provocándole una carcajada.

—Según tú, tu deseo era pasar una noche conmigo.

—A ver, jefe…

—Eric, Eric.

—En qué quedamos. ¿Estamos en tema laboral o de fiesta? —resoplé riendo.

—Bueno, vale, llámame como quieras.

—Pues eso, que lo de mi deseo de pasar una noche contigo fue una oferta que acabó en el mismo momento que intentabas cambiar mi actitud y no la de ellas, pero sigue hablando, quiero ver si la negociación tiene buena pinta o no.

—Voy a intentarlo. —Puso una mano en mi muslo y la miré aguantando la

sonrisilla—. Paso la noche contigo, te subo trescientos euros al mes y te nombro coordinadora de planta.

—¿Sería la jefa de Mar y Lara? —pregunté aguantando esta vez la sonrisilla diabólica que quería salir.

—Sí, pero tienes que hacer todo lo posible para que la calma reine entre esa parte de la plantilla. Tienes que dar ejemplo.

—¿Y por qué no me ofreces todo eso sin necesidad de pasar la noche contigo? Te puedo garantizar que aceptaría de igual modo.

—Porque no me quiero perder la oportunidad de estar contigo esta noche…

—Te has drogado, definitivamente te has drogado o esto tiene truco, porque no es normal que de la noche a la mañana desees algo que antes para ti era lo último que harías sobre la faz de la Tierra. Te recuerdo que te querías tirar por un acantilado.

—Y yo te recuerdo que hoy vas muy sexy y me caes medio bien. —Se acercó peligrosamente quedando a unos milímetros de mi boca, dejándome, conteniendo el aire y sin moverme ni lo más mínimo.

Un silencio se hizo entre nosotros pero sin dejar de mirarnos a los ojos, viendo mi deseo reflejado en los suyos y viceversa, sin poderlo ni quererlo evitar, nuestros labios se juntaron dando paso a que nos dejáramos llevar por un momento en el que me sentía de lo más confundida, pero a la vez me estaba dejando llevar por la seducción.

¿Acaso él sentía esa atracción por mí que estaba notando en estos momentos? Tenía miedo a que todo lo hiciera porque guardase silencio en la oficina y aparcara la guerra que tenía con las chicas, pero aun así, me sentía de lo más emocionada porque al fin, podía estar entre sus brazos, esos que llevaba deseando desde el primer momento que sucedió el incidente.

Su mano iba subiendo por mi muslo por debajo del vestido hasta que se agarró a mi nalga y la apretó fuerte. Cada vez me estaba pegando más a él hasta tal punto que terminé sentada de lado sobre sus piernas.

—No me fio de ti —murmuré cuando me estaba mirando en un parón en el que dio un trago a la copa.

—Voy a cumplir mi palabra.

—Todo lo haces por callarme.

—Te equivocas. —Metió su mano entre mis piernas—. Esto lo hago porque hoy me has parecido la chica más irresistible de todo el evento. —Mordisqueó mis labios.

—Y una pregunta. ¿Cada vez que sales, cazas a la chica más irresistible del lugar?

—Algunas veces sí, y otras no, con la única diferencia que ellas no me cuestan trescientos euros más al mes y un aumento.

Sonrió tirándose a mis labios y levantándose conmigo en lo alto y llevándome hasta el interior, donde me dejó caer en el sofá y se puso entre mis piernas.

Unos movimientos fueron suficientes para activar todo el placer y comenzar a notar que mis partes querían mucho más. No tardó en meter las manos por ambos lados del vestido y llevarlo hasta arriba para sacarlo y deshacerse de él con mi ayuda.

—Madre mía todo lo que me he perdido todo este tiempo. —Metió la mano por debajo de mi sujetador y acarició mi pecho antes de irse directo con su boca para mordisquearlo y lamerlo.

Mi mano no lo dudó y fue hasta su pantalón para desabrocharlo, si él iba a disfrutar de mis pertenencias, yo lo haría de las suyas.

Terminamos desnudos y comiéndonos vivos, porque cuando no era él el que estaba con su cabeza entre mis piernas, era yo la que estaba de rodillas cantando por bulerías con su miembro.

Luego me colocó detrás del sofá agarrada al respaldo de este y alzó mis caderas para penetrarme bien duro. Tenía mucho ímpetu y una fogosidad un poco peculiar para gente sensible.

Me agarré tan fuerte que cuando terminó, mis dedos se habían quedado agarrotados y me costaba ponerlos bien. Una palmada fuerte y seca en el glúteo fue la que me indicó que había culminado, esa que me hizo coger una bocanada de aire de lo más inesperada.

Él se fue al baño que había en el sótano y yo me vestí antes de coger el móvil por vicio. ¿Quién me iba a llamar a las tres de la mañana? No me extrañó ver un mensaje de mi amiga.

Saura: *Si estás con Eric no le digas nada y vete de su lado lo más pronto posible. Te ha utilizado esta noche. No te puedo contar ahora.*

¿Que me había utilizado? ¿Que me fuera de su lado? ¿Qué cojones estaba pasando y que yo no sabía? Cogí el aire para luego soltarlo mientras pensaba en una excusa para salir de aquí y luego llamar a mi amiga.

Capítulo 6



Tal como salió del baño le dije que tenía una emergencia y que había llamado a un taxi, que debía irme urgentemente.

—Pero ¿quieres que te acompañe?

—No, no, no —dije nerviosa—. No estará bien colarme con mi jefe —sonreí apretando los dientes.

Se quedó un poco escamado, pero no tuvo más remedio que tragar con lo que le había dicho. Tal y como me monté en el taxi y lo perdía de vista, llamé a Saura.

—¿Ya estás sola? —preguntó cuando descolgué.

—Sí, ¿dónde estás tú?

—En el pub del Canijo.

—Le digo al taxista que me lleve hacia allí, no te muevas.

—Perfecto, estoy en la barra.

Me sentía tan confundida y a la vez tan jodida de haberme ido de esa manera

cuando realmente me apetecía pasar la noche con Eric, que iba un poco malhumorada y esperando que mi amiga tuviera una buena razón de peso para haberme sacado de allí de esta manera.

No me hizo falta entrar en el pub cuando la vi en la puerta con la copa en una mano y el cigarrillo en la otra.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté nada más verla.

—Tu jefe es un hijo de puta y tú no has estado en su casa, sino en la de Mark. —Yo no le había dado el detalle de haber estado en la casa de nadie con lo cuál iba por buen camino.

—¿Y cómo sabes eso?

—Pues porque los tíos son muy tontos por muy listos que se crean y, además, si hay que añadir que llevan dos copas, gozan de una imbecilidad mayor.

—Déjate de palabreríos y cuéntame lo que sabes.

—Tú ya sabes como soy, no lo puedo evitar, cotilla hasta la saciedad.

—Sí, pero dale rápido que también eres la de los misterios alargados, te gusta poner nerviosa a la gente. —Le quité el vaso de la mano y le di un trago.

—Resulta que me fui con Mark a un pub y me pidió que le llevara el móvil en el bolso. A esto que voy al baño mientras él está pidiendo en la barra y al sacar un pañuelo vi su móvil y yo, que soy toda cotilla, intenté desbloquearlo y lo conseguí a la primera con el patrón, mirando de canto el cristal donde se veía claramente la forma marcada.

»Me fui a WhatsApp y el primer mensaje que veo es con Eric, en el que le decía que tenía ir a por la acompañante de su objetivo mientras que él se encargaría de llevarte a ti a su casa, a la de Mark, porque ponía tu casa.

»Lo más espeluznante ha sido que Mark le contestó que de acuerdo, que

tenía las cámaras activadas en el sótano, que te lo hiciera en el sofá que cogería el ángulo perfecto. Dime que no has follado con él en ningún sofá ni menos aún en un sótano.

—Sí, sí lo he hecho en el mismo sitio que has descrito —dije comenzando a derramar las lágrimas.

—Leí más mensajes y se dirigía a ti como la zorra de su oficina, lleva tiempo tramando todo y, justo hoy, cuando te ha visto, avisó a Mark para que me quitara del medio y así él poderte llevar a ti allí. En muchos mensajes decía que necesitaba grabarte en un momento comprometido para tener algo con lo que también poder presionarte y amenazarte con que eso vería la luz por internet.

—¿Y cómo es que Mark tenía activada la cámara, si Eric no sabía que me iba a encontrar esa noche?

—Eso es lo que no me quedó claro, pero joder todo coincide.

—Sí, sí —dije con una tristeza que me ahogaba —. ¿Y cómo te fuiste deshiciste Mark?

—Le dije que tenía que ir a mi casa, que mi madre había venido del Bingo y no tenía las llaves —sonrió acercando sus labios a mi cara para darme un beso —. Tienes un marrón, amiga, te ha grabado, pero yo sé que con nosotras no va a poder, ahora jugamos con la ventaja que lo sabemos todo. ¿Por qué no prepararle una trampa mucho más grande y lo dejamos, de una vez por todas, con el culo al aire?

—Ese se va a cagar, se me ha ocurrido una muy grande —dije con rabia quitando de nuevo la copa de su mano y dando un trago hasta vaciar el vaso.

—Voy a por dos copas más, espérame aquí. —Se fue hacia el interior y me senté en una de las mesas que se había quedado libre en la terraza del pub.

Amaba a mi jefe con todo mi corazón, pero esto que había hecho había traspasado todos los límites. Me quedaban muchas preguntas en el aire porque si esa cámara estaba encendida era por algo. ¿Pertenecerían a una banda de esas de fotos porno o vídeos que corrían por las redes? Pero era obvio que su cara también saldría, así que no entendía nada, para amenazarme a mí debía salir yo sola, a no ser, que al haberlo hecho de pie se le cortase la cabeza. Me estaba rayando muchísimo.

—Toma. —Me dio una de las copas—. En resumen, ese tío no tiene el más mínimo pudor, como lo tenemos cogido por los huevos con lo del atropello, ahora se ha asegurado el cogerte por los ovarios. ¿Qué vas a hacer?

—Hacerle pasar los peores meses de su vida. ¿Me ha follado?

—Según tú, sí.

—Pues ahora que asuma las consecuencias. Me preguntó si tomaba la píldora y le dije que sí, con lo cual no usó preservativo y yo que soy un desastre diré que hubo días que no estuve segura de haberla tomado, así que lo siento pero que se prepare para ser padre.

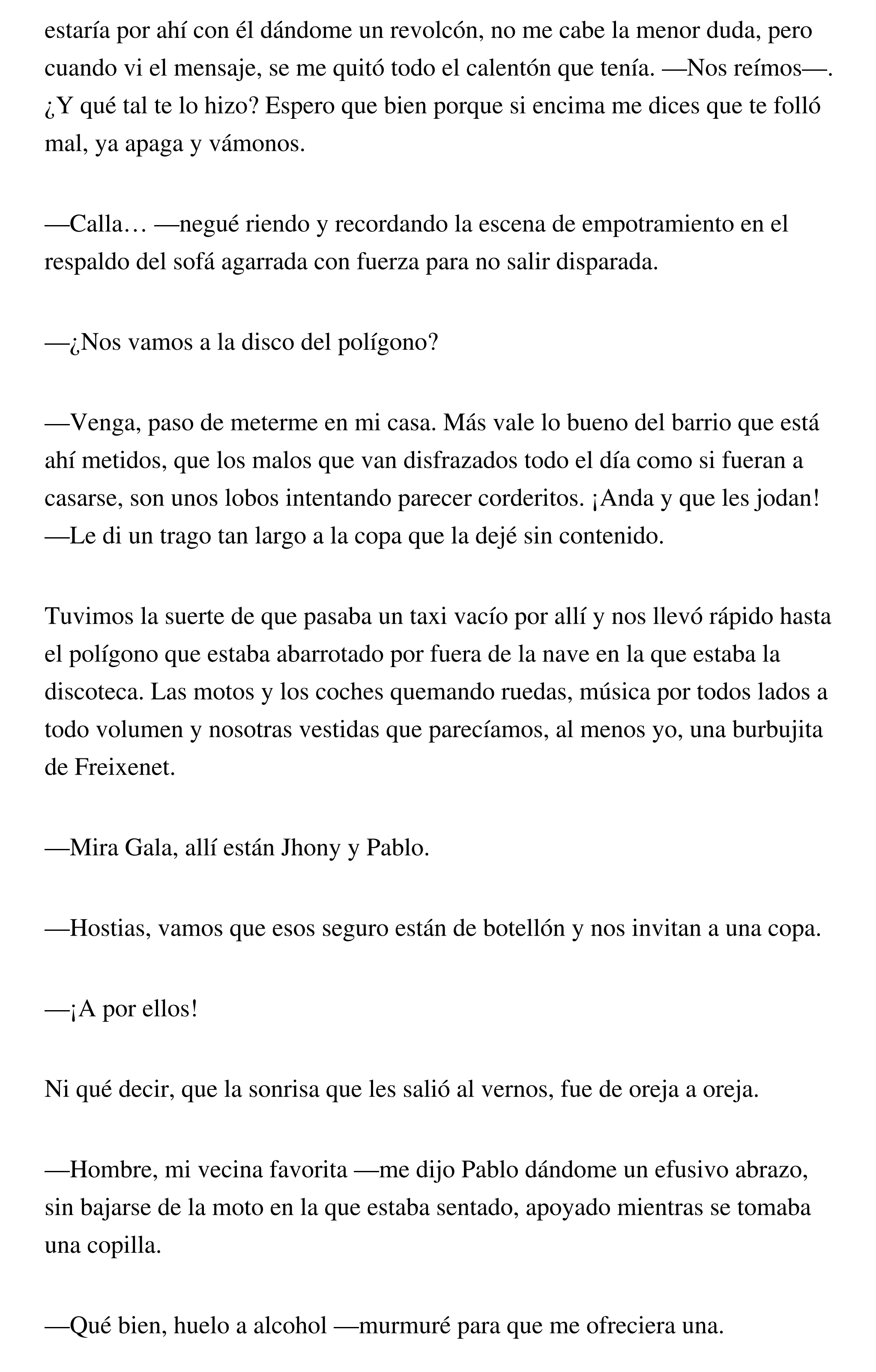
—¿Vas a fingir un embarazo?

—Pues claro, le voy a pedir a Isa —una vecina que recién quedó embarazada — que me deje hacerle una foto a su test positivo que lo tiene guardado de recuerdo, y, además, le iré pidiendo ecografías, si ese quiere guerra, que se prepare, que yo llevo artillería y bombo incluido.

—Eres una crack, ese va a pasar los peores momentos de su vida.

—Entonces, tú ¿no te has liado con Mark?

—Solo nos comimos los morros, si no hubiera leído esos mensajes ahora


estaría por ahí con él dándome un revolcón, no me cabe la menor duda, pero cuando vi el mensaje, se me quitó todo el calentón que tenía. —Nos reímos—. ¿Y qué tal te lo hizo? Espero que bien porque si encima me dices que te folló mal, ya apaga y vámonos.

—Calla… —negué riendo y recordando la escena de empotramiento en el respaldo del sofá agarrada con fuerza para no salir disparada.

—¿Nos vamos a la disco del polígono?

—Venga, paso de meterme en mi casa. Más vale lo bueno del barrio que está ahí metidos, que los malos que van disfrazados todo el día como si fueran a casarse, son unos lobos intentando parecer corderitos. ¡Anda y que les jodan! —Le di un trago tan largo a la copa que la dejé sin contenido.

Tuvimos la suerte de que pasaba un taxi vacío por allí y nos llevó rápido hasta el polígono que estaba abarrotado por fuera de la nave en la que estaba la discoteca. Las motos y los coches quemando ruedas, música por todos lados a todo volumen y nosotras vestidas que parecíamos, al menos yo, una burbujita de Freixenet.

—Mira Gala, allí están Jhony y Pablo.

—Hostias, vamos que esos seguro están de botellón y nos invitan a una copa.

—¡A por ellos!

Ni qué decir, que la sonrisa que les salió al vernos, fue de oreja a oreja.

—Hombre, mi vecina favorita —me dijo Pablo dándome un efusivo abrazo, sin bajarse de la moto en la que estaba sentado, apoyado mientras se tomaba una copilla.

—Qué bien, huelo a alcohol —murmuré para que me ofreciera una.

—Ahora mismo te preparo el mejor cacharrito del mundo.

—No te como los morros porque eres muy chiquitito.

—Soy dos años mayor que tú. —Me miró con disconformidad.

—A mí me gustan mayores, de esos que llaman señores. —Le canté conteniendo la risa ante su negación y carcajada mientras nos echaba unos cubatas. Saura charlaba con Jhony mientras lo tenía enganchado por el cuello. A zalamera no la ganaba nadie.

—¿Y de dónde venís?

—Mejor que ni preguntes, no nos creerías…

—Te recuerdo que soy del barrio y de cualquiera de nosotros me espero cualquier cosa.

—Ya, ya, pero lo de nosotras roza el surrealismo, además, estoy muy cabreada con lo sucedido, así que mejor que ni me preguntes.

—¿A quién hay que freír a palos?

—A un par de ellos, pero mejor déjamelos a mí, que soy menos violenta pero más dolorosa.

—Me encantas, vecina, me encantas. —Chocó su mano con la mía.

Nos quedamos un par de horas con ellos charlando y bebiendo antes de irnos para la casa en taxi porque con lo que habíamos bebido pasaba de montarme en la moto con ellos ya que con mi suerte, fijo que me dejaba los piños en la carretera y no era plan de tan joven ir con una dentadura postiza.

Tenía una sensación tan fea y dolorosa que me abracé a la almohada y me eché a llorar como una niña pequeña sin consuelo. Tardé mucho en quedarme dormida, vi hasta el amanecer entrar por la apertura pequeñita que había quedado sin cerrar de la persiana y que por flojera no me levanté a terminar de cerrar.

Eran las dos de la tarde cuando me levanté a comer, y mi madre ya estaba recogiendo la cocina.

—Ahí tienes lentejas y croquetas de puchero.

—Vale —murmuré en tono bajo. Hoy no tenía ganas de escuchar a nadie.

Después de comer un poco ya que no me entraba casi nada en la garganta, me fui a la habitación y vi que tenía un mensaje del prenda.

Eric: *¿Qué tal estás? Ayer me quedé muy preocupado.*

Gala: *De lujo, jefe, estoy de lujo. Hasta mañana.*

Eric: *Te noto un tanto rara.*

Gala: *Debe ser que dormí poco. Mañana nos vemos.*

Eric: *¿Qué es lo que pasó?*

Gala: *¿Qué parte del hasta mañana no has entendido?*

Eric: *No creo que me merezca que me trates así.*

Gala: *Eres insoportable, tío.*

Eric: *Ayer me lo pasé muy bien contigo.*

Gala: *¿Y qué quieres que te felicite?*

Eric: *No entiendo tu actitud.*

Gala: *Nunca la has entendido, así que no me sorprende.*

Eric: *Pero estábamos cómodos.*

Gala: *Hicimos un pacto, solo me limite a cumplirlo.*

Eric: *Lo mío fue algo más que un pacto…*

Gala: *Es domingo, tengo resaca, no me encuentro bien. ¿Me puedes dejar un poquito en paz?*

Eric: *¿Te puedo recoger y vamos a algún sitio a hablar?*

Gala: *Mañana nos tenemos que ver, ¿para qué perder el tiempo hoy?*

Eric: *Me duele esperar hasta mañana.*

Gala: *Hay cosas que tu puto dinero no puede comprar y una de esas es mi tiempo.*

Eric: *Si recapacitas, estaré para ti a la hora que quieras.*

Pues no iba a recapacitar y que le diera gracias a Dios de que no le había soltado más cosas que las dichas. Le tenía un asco en estos momentos increíbles, si se pensaba que me la podía jugar no sabía con quién había ido a dar, que dinero no tendré, pero mis tablas adquiridas en el barrio no las conocía, así que se preparase que la que le esperaba no iba a saber por dónde le iba a venir.

El resto de la tarde la pasé encerrada en mi habitación porque sabía que, si me iba al salón o a la cocina, iba a tener una guerra con mi madre y hoy estaba tan calentita que mejor prefería quedarme tranquilita y sola que soltar todo lo que se me pasaba por la cabeza. Estaba muy tocada por lo que había sucedido la pasada noche y me sentía que había sido un juguete en manos de Eric y eso, eso lo iba a pagar, como Gala que me llamaba.

A la hora de la cena esperé a que mis padres estuvieran acostados para ir a prepararme un sándwich de jamón york y queso, un básico al que siempre recurría cuando no tenía ganas de complicarme y es que normalmente en mi casa la cena se hacía a libre albedrío, algo rápido y preparado por cada uno.

Capítulo 7



Lunes por la mañana y estaba desde bien tempranito en la cocina a base de cafés en un silencio absoluto ya que mis padres se habían marchado y yo estaba sola. Eso sí, pensando en el día que me esperaba en la oficina, bueno, a mí no, a las niñas y al jefe que les iba a dar para el pelo como solo se les ocurriera mirarme.

Aparqué mi coche justo detrás del de Eric, pero rozándolo, hasta sentí el golpecito y no lo eché ni para atrás unos centímetros para que, si se le ocurría irse antes, sudara lo más grande para sacarlo.

Entré por la puerta y cómo no, las tontas de turno estaban hablando y me miraron al sentirme entrar.

—¿Qué miráis? Espabilad que los sueldos hay que ganárselos.

—Será por lo que haces tú por merecerte el tuyo —murmuró Lara y la miré con la sonrisa más irónica del mundo.

—Llévame un café a mi despacho —le dije con desprecio.

—No, no te lo voy a llevar.

—Cinco minutos tienes, o estás despedida hoy mismo. Creo que deberíais de

saber que desde hoy soy la jefa de personal. —Les hice un guiño y me metí en mi despacho.

Ni tres minutos después, tenía a Lara con la tacita en la mano, los morros hacia fuera y dejándolo sobre mi mesa.

No le di ni las gracias, se giró y se marchó en un silencio abrumador que mantuvo todo el tiempo, aunque estaba claro que se estaba conteniendo de soltar toda esa mierda que le debía de estar pasando por su cabeza. ¡Qué asco les tenía!

Unos minutos después apareció Eric por mi despacho al que entró y acto seguido cerró la puerta. Se sentó delante de mí que lo miraba esperando a ver qué soltaba.

—Buenos días, Gala. Necesito saber qué te pasó para ese cambio que tuviste conmigo.

—Una pregunta, estamos a día cuatro y hace tres días que cobré, me tienes que dar los trescientos euros de este mes que no han entrado en esa nómina. No hay problema que me lo des en negro.

—¿Quieres un Bizum?

—Me da igual por Bizum o en mano, pero lo quiero, me pertenece, tengo ahora la responsabilidad de ser jefa de personal y eso debe ser pagado.

—Está bien, pero ¿me vas a decir qué te pasa?

—Me pasan muchas cosas, pero no eres quién para pedirme que te confiese mi vida ni nada por el estilo cuando tú, tienes la tuya oculta de manera recelosa.

»Me pasa que no te creo, que no confío en ti y que sé que detrás de esa fachada de hombre culto, adinerado y exitoso, está una persona fría y de sentimientos pobres que no hace otra cosa que actuar con alevosía y maldad.

»Me pasa que no te aguanto y que después de comprobar lo mal que follas, no queda en mí nada de ti. ¿Te queda claro o lo quieres más mascadito?

—¿En qué te basas para sacar esas conclusiones?

—Jefe, hazme el favor de no tomarme por gilipollas que seré de barrio y no tendré estudios, pero me huelo a la gente como tú a la legua, así que no me vengas como si no hubieras roto un plato que puedo demostrarte que te cargaste toda una vajilla.

—Eric, te llegó un paquete —dijo Lara abriendo la puerta.

—No vuelvas a abrir esa puerta sin antes llamar y esperar a que te autorice. ¿Te has enterado? —le dije en tono alto y claro.

—Gala, por favor…

—Tú calladito, que estás más guapo.

—Se lo dejo en su despacho.

—Eso debiste hacer desde el minuto número uno. ¡Alcahueta!

—Tranquilízate, por favor —me pidió Eric cuando esta volvió a cerrar la puerta.

—Primera y última vez que te diriges a mí cuando le esté hablando a mi equipo. No son formas de entrar a un despacho y menos cuando no la autoricé. Si tú como jefe no entiendes eso, no es mi problema, pero aquí se van a hacer las cosas bien. Por cierto, ya puedes irte que tengo que hacer muchas cosas.

—Aún no te di el trabajo de hoy…

—¿Te parece poco trabajo el reeducar laboralmente a esas dos fieras que tienes en la entrada?

—No te pases —dijo levantándose y señalándome con el dedo.

—Ese, te lo puedes meter por el culo.

—Ahora te hago el Bizum.

—Rapidito, que no tienes por qué jugar con mi dinero.

Me miró y se marchó mordiéndose la lengua. Estaba segura de que le hubiera gustado contestarme un montón de cosas pero no se atrevió a avivar más las llamas que salían por todo mi cuerpo.

No entendía nada, si tenía ya en su poder lo que quería para joderme y coaccionarme. ¿Cómo que no lo utilizaba en mi contra y me permitía que me pusiera por encima de su chepa y la de todo el personal? Me olía muy mal todo, seguro que estaba tramando un plan de manera maquiavélica, de eso no me cabía la menor duda.

Le mandé un mensaje a Saura y a la una en punto estaba en la oficina limpiando como una loca, y eso que el viernes ya la habían limpiado dado que venían dos veces por semana.

Eric apareció por mi despacho y entró como una bala.

—¿Me puedes explicar por qué Saura está limpiando?

—Porque estaba todo demasiado sucio para unas oficinas de esta categoría, así que le pedí que viniera a echar un par de horas para hacerle un buen repaso. No te cobrará más de treinta euros, así que tranquilo.

—No puedo tener a nadie limpiando si no está asegurada.

—¿Le pido el DNI y le haces el contrato?

—Es que yo no he pedido que venga a trabajar. —Apretaba su mandíbula.

—Relájese que se va a cargar las muelas. ¿No ve lo bien que huele mi despacho y lo limpio que lo ha dejado? Alégrese de que tengo buen ojo para contratar los servicios de una profesional y no de cualquiera que se hace llamar limpiadora y deja todo peor de lo que estaba.

—No la pienso contratar.

—Pues como tengo las pruebas grabadas de que ella está limpiando la oficina, te denunciaré a la Seguridad Social por explotación laboral.

—¿Qué cojones quieres de mí? —Se acercó a la mesa poniendo las dos manos sobre ella y mirándome muy enfadado.

—Que le hagas un contrato de cuatro horas semanales y que comiences a confiar en mi buen criterio para la empresa.

—La contrataré, pero comienza a cambiar tu actitud, si no quieres que pierda los papeles y te garantizo que me estás poniendo al límite.

—¿Ya no te gusto? —pregunté con ironía y poniendo cara de tristeza.

—Me da pena que las cosas tan bonitas que pasaron se estropeen de esta manera. Espero que no te arrepientas.

—A mí no me vengas con esas frases, intentando causarme dolor porque créeme, me las paso por mis zonas más sensibles, esas que no supiste tratar.

—Estás loca —dijo saliendo y cerrando la puerta con un golpe fuerte.

Saura apareció por mi despacho justo cinco minutos antes de la salida, ya que todos trabajábamos de mañana y salíamos a las tres.

—He dejado todo como los chorros del oro, hasta Eric se ha quedado sorprendido de cómo le he dejado su despacho. Me ha dado de alta dos veces por semana, dos horas cada día.

—¡Ole! —Aplaudí emocionada y en ese momento apareció él.

—Gala, no puedo sacar mi coche, has dejado el tuyo completamente pegado al mío.

—Nada, en tres minutos acabo la jornada y te lo quito.

—Puedes salir ya.

—No, verás, para mi horario soy muy estricta. La disciplina forma parte de mis valores y creo que no me lo debo saltar para seguir dejando intachable mi currículum laboral.

—Nena, qué bien hablas —me dijo Gala ante un Eric que negaba un tanto estresado.

—Te espero fuera.

—Dos minutos. —Le hice un guiño.

—Niña te juro que me he quedado muerta con ese vocabulario que estás echando, pues ¿no pareces una tía refinada y todo?

—Ya te digo, con esta gente es que hay que avanzar para que no se te suban encima.

Salimos en dirección al ascensor relajadamente y pasamos por delante de las

chicas que ya se disponían a irse, pero aún seguían paradas hablando. Nos miraron, pero nos quitaron la vista rápidamente de encima. Estaba claro que estaban aprendiendo cómo debían comportarse.

Eric estaba esperando montado en su coche y nosotras nos subimos al mío. Golpe por aquí, golpe por allá y conseguí sacarlo como una campeona, eso sí, la cara de mi jefe cuando pasamos por su lado despidiéndonos con la manita, era para dejarla inmortalizada en una foto.

Salimos de allí y nos fuimos a comer a una hamburguesería del barrio que hacía unos menús por siete euros y estaban de muerte. Así que nos sentamos de lo más relajaditas a charlar y poner a parir a todo ser viviente del trabajo, al que ahora también pertenecía mi amiga Saura.

Realmente quería hacerme la fuerte pero mi corazón estaba debilitado. Me había dolido mucho el hecho de que Eric se hubiera acostado conmigo por el simple hecho de tenderme una trampa. Eso no se lo iba a perdonar en la vida y menos aún, sabiendo que todo su objetivo no había sido otro que ponerme contra las cuerdas.

Llegué a mi casa y no había nadie, eran apenas las cinco y me fui directa a echarme una siesta, pero no había puesto aún la almohada cuando me entró un mensaje de Eric.

Eric: *Necesito hablar urgentemente contigo de manera personal.*

Gala: *Tan urgente, que mañana tal como entre por la puerta de la oficina, iré directamente a su despacho, jefe.*

Eric: *Hablo de hoy mismo.*

Gala: *Estoy a punto de echarme una siesta y esta tarde he quedado con mi abuela en ir a su casa ya que vamos a hacer galletas de mantequilla con cacao ¿Quieres que te lleve mañana media docenita?*

Eric: *Quiero que me digas una hora de hoy para quedar.*

Gala: *Que pesadito eres, hijo. Hasta mañana no tengo tiempo. Deja de presionarme en horas que no son laborables, eso en cierto modo es acoso.*

Eric: *Eres una desagradecida…*

Gala: *Te recuerdo que no diste con el culo en la cárcel gracias a mí, así que no hablemos de desagradecimientos porque te coronas en el número uno.*

Eric: *¿Te puedo invitar a cenar?*

Gala: *El viernes lo tengo libre ¿Qué te parece para ese día?*

Eric: *Hablo de hoy.*

Gala: *Hoy me es imposible, ya te lo he dicho y no me gusta cambiar los planes, soy muy cuadriculada.*

Lo de cuadriculada era más que mentira ya que vivía improvisando y eso me hacía sentir libre. Estaba demasiado agobiado, y ya me estaba dando cuenta de que, en cierto modo, tenía miedo a utilizar nada en mi contra, porque lo había conseguido de manera imprudente y fraudulenta.

Dejó de molestarme y entendió que no era el día de hoy, ni cuando le diera la gana. Dormí un rato antes de irme a casa de mi abuela a hacer las galletas, cosa que encantaba porque me lo pasaba genial ya que congeniábamos muchísimo.

Hicimos un montón, así que llené un bote grande para disfrutarlas en casa y preparé un táper para Eric, que se lo daría por la mañana en la oficina, eso sí, a él le había seleccionado todas con forma de corazón y, además, le había puesto su inicial en el centro de cada una de ellas. Habían quedado de lo más

cuquis.

Coloqué el bote a un lado de la encimera y lo abrí para que lo viera mi madre.

—Pues sí que os han salido buenas —dijo cuando probó una.

—Sí, tienen muy buena pinta y también le he preparado este táper a mi jefe.

—Un bonito detalle por tu parte. Debe ser buen hombre para aguantarte. —Mi madre no sabía nada de la historia, se pensaba que había ganado mi empleo por méritos propios.

—Eso sobraba. —Solté el aire y me marché negando. Siempre tenía que poner la puntillita en todo.

Capítulo 8



He de decir que cuando entré por la puerta de la oficina y vi a las dos energúmenas ahí paradas y charlando, no hicieron más que conseguir que me enfadara enormemente de buena mañana.

—¿Vosotras qué pasa, que no trabajáis? —dije sosteniendo en la mano el táper de cristal, al que incluso le había puesto un lacito y que contenía las galletas que le iba a regalar a Eric.

Seguí mi camino sin pararme y sin esperar a que me contestasen. ¿Para qué? Si me hubieran dicho lo más mínimo, las pongo firmes.

—Jefe, buenos días —dije entrando felizmente, pero pronto se me quitó la felicidad de la cara al ver a una tía ahí sentada con las piernas cruzadas, con todos los morros rojos y poniendo cara de sensualidad. Vamos, que esa no venía por ningún tema de inversión, que venía buscando guerra.

—Buenos días —me contestó Eric, mientras ella me hacía un repaso de arriba abajo.

—Solo venía a agradecerte que me hayas regalado esto. —Levanté la mano donde llevaba el táper con las galletitas—. Son muy monas, con los corazones y tu inicial, además la nota me ha hecho emocionar muchísimo. Bueno, os dejo tranquilos, luego nos vemos. —Le hice un guiño y le tiré un beso al aire

saliendo, mientras cerraba la puerta precipitadamente sin dejarle opción a la contestación.

¿Quién cojones era esa y qué hacía con medio cuerpo en lo alto de la mesa con esos dos melones reposando sobre ella? Vamos, que el escote casi le llegaba al ombligo. No entiendo dónde iba así un martes por la mañana si no era para provocar al personal.

Me fui a recepción y abrí el envase delante de las niñas.

—Coged, que os juro que no tienen cianuro ni nada por el estilo —le ofrecí una a cada una y las cogieron con un poco de miedo— ¿Sabéis quién es esa que está en el despacho con el jefe?

—Su mujer —dijo Mar y casi me atraganto con el trozo de galleta que tenía en la boca.

—¿El jefe está casado? —pregunté mientras me salían trozos de galletas disparados, que Lara intentaba esquivar.

—Sí, pero no suele hacer mucha vida social con ella —murmuró Lara que al parecer estaba con ganas de darle a la lengua.

—Pero ella nunca vino por aquí en estos dos años que llevo.

—No, no viene nunca. Nosotras la conocemos de una comida que tuvimos de empresa el año anterior a que tú te incorporaras. Ese año estuvo ella, y el jefe nos la presentó como tal, en un momento que se acercó a nosotras y estuvimos hablando un rato, nos comentó que se dedicaba a vivir felizmente sin trabajar por lo que no quería saber nada de la oficina, solo del dinero que generaba.

—A ver que yo me entere, ¿antes de que yo me incorporase se hacían comidas de empresa?

—Sí, en Navidad, pero fue llegar tú y cambiaron muchas cosas.

—Este se las sabe todas. A mí, a mí me la va a dar.

—¿Pasa algo que no sepamos? —me preguntó Lara.

—Muchas cosas. Lo que no sé cómo tiene a la mujer viva con lo duro que folla. —Cogí la caja de galletas y me fui hacia mi despacho, dejándolas pensando en lo que yo acababa de decir.

Más dudas se me pasaban por la cabeza y es que, ¿si estaba casado, cómo iba a grabarme follando con él y a poner esa imágenes en circulación? Seguramente su cara no se vería, este se las sabía todas. Casado, el muy desgraciado estaba casado y se acostó conmigo para chantajearme, este no se podía imaginar que iba de mal en peor.

Media hora después apareció por mi despacho muy serio y directo a sentarse delante de mí.

—¿Por qué has dicho que te he enviado un regalo?

—Ah no, es que me equivoqué, fue mi ex que ha descubierto dónde trabajo y me puso una dedicatoria muy bonita. Me mandó un mensaje y me di cuenta de que no habías sido tú, pero no quería volver a entrar e irrumpir tu reunión. Por cierto, ¿sabes qué?

—Sorpréndeme —dijo en tono cabizbajo y soltando el aire contenido.

—No sé cómo dejé mi móvil en tu sótano ni a dónde le di que he encontrado un vídeo de los dos follando.

—Imagino que lo habrás borrado.

—Lo mandé a una carpeta secreta que va con tres códigos de seguridad. Me

pueden robar el móvil o trastear todo, que no darían con ella.

—¿Y no es más fácil que lo borres? Pregunto. —Su tono era de enfado.

—Sí hombre, voy a borrar algo que es un seguro de vida para mí. ¿Te crees que me he caído de un guindo y me he quedado más para allá que para acá? —El tiro estaba a punto de dárselo él mismo.

Si pensaba que me había ganado la guerra, me lo acababa de cargar por completo con ese as que me había sacado de la manga. Tenía claro que este me llevó a casa de Mark para que su mujer no reconociera el sitio en caso de joderme, ya que cada vez tenía más claro que solo salía yo y un cuerpo dándome por detrás, pero con esto que se me había ocurrido, me lo acababa de cargar.

Se levantó, se echó el pelo hacia atrás, me miró enfurecido y fue a dirigirse hacia la puerta cuando lo frené en seco.

—¿Quieres una? —le ofrecí levantando la caja.

—Eres muy injusta, Gala, muy injusta. —Prosiguió su camino y se marchó el señor casado.

Yo injusta, ¡yo!, no él, que todo lo compraba con dinero o mentiras. No tenía los santos cojones de haberme dicho que estaba casado, ni los tendría, conforme lo iba conociendo más me iba anticipando a lo que iba a pasar.

Me dirigí a donde estaban las chicas, que por fin las pillaba haciendo sus cosas y no charlando, aunque no venía a reñirlas, esta vez venía en son de paz como antes.

—Os traigo una galletita a cada una que sé que os gustaron bastante. —Le di una a cada una.

—Gracias, Gala —dijeron sonrientes y a unísono. Parecía que este día nos habíamos comenzado a entender, obviamente no era tonta y sabía que al igual que era una estrategia mía, también lo era de ellas.

—Nada que agradecer, si en el fondo soy un angelito, lo que pasa que cuando me contrató el jefe —murmuraba flojito para que nadie más que ellas me escucharan—, me habló tan mal de vosotras que hizo que ya todo se me hiciera un mundo, pero viendo lo mentiroso que es, creo que no sois tan bichos como él os pintó.

—¿Te habló mal de nosotras?

—Muchísimo. —Puse cara de circunstancias.

—No me lo puedo creer, cuando siempre nos anda diciendo que somos sus chicas favoritas y que tú eres una carga por un favor que le hizo a alguien, y que se arrepentirá todos los días de su vida.

—¿Un favor? —Me reí a carcajadas, no fuertes para que no nos escucharan—. Lo tengo lamiéndome el culo todo el día para quedar conmigo. El señor casado tiene un enganche sexual conmigo que no lo deja vivir en paz. Pero bueno, dejémoslo que siga recreándose con sus mentiras que nosotras lo que tenemos que hacer es llevarnos bien y no darle de lo que él quiere, que es desestabilidad en la oficina.

—Pues sí —dijo Mar mirando a Lara y afirmando como esta también hacía.

—Bueno, ¿amiguis? —pregunté extendiendo mi mano y ellas la pusieron encima.

Me adentré en mi despacho aguantando la risa y es que el nuevo acuerdo por el que me pagaba trescientos euros estaba vinculado a la estabilidad y buen clima en la plantilla, así que yo se lo iba a dar, a pesar de que no las tragaba, pero por otro lado, quería volver loco al jefe para que no se viera nada venir y

todo lo dejara de lo más confundido.

Esa tarde mis padres llegaron a casa a la vez y venían con muy mala cara.

—¿Qué os pasa? —les pregunté desde el sofá.

—A tu hermano lo han detenido esta madrugada, ya pasó a disposición judicial y lo han metido en prisión preventiva hasta juicio —dijo mi madre con un tono de tristeza no menor al que se le reflejaba en la cara a mi padre.

—¿Drogas?

—Sí, hija, al final lo pillaron con tanto trapicheo.

—Lo mismo esto le vale de escarmiento —dije enfadada porque me daba mucha rabia que al final hubiese caído preso, con la de veces que se lo dijimos y hablamos con él de todas las manera habidas y por haber.

—Puede salir peor de lo que entró —dijo mi padre en un tono que daba penita escucharlo.

—¿Y ahora qué? —pregunté ajena a todo lo que estaba sucediendo.

—Le han dado un abogado de oficio y él se encargará de todo, además me dijo que nos mantendría informados.

—Joder, qué marrón el que tiene el niño —murmuré cogiendo el aire y soltándolo con mucha rabia.

Tanto me impactó el tema que los tres siguientes días de trabajo los pasé en mi mundo y las chicas no dejaban de preguntarme si estaba bien. Les conté que era un tema delicado familiar y que no teníamos un buen momento en casa, obvié darles ninguna explicación porque con lo pijas que eran, fijo que las infartaba y prefería tenerlas ajenas a este tipo de cosas.

Era viernes y aún faltaba una hora para salir. Saura, que estaba al tanto de todo, como no podía ser de otra manera, ya que era mi mejor amiga y, además, vivía en el barrio y allí todo se sabía, estaba siendo mi mejor consuelo porque a pesar de todo, mi familia me importaba y mucho. Me dolía ver a mis padres como estaban, pero sobre todo, a mis abuelos que para ellos esto había sido lo más trágico de sus vidas y estaban que parecían dos muertos en vida. Daba pena verlos.

Eric se había pasado los tres últimos días rogándome quedar para cenar precisamente hoy viernes y yo, lo había estado mandando a la mierda cada día, eso sí, cabizbaja porque la situación no podía tenerme de otra manera.

Pero claro, su insistencia no quedó ahí y a poco rato antes irme hasta el lunes, apareció por mi despacho.

—Hola, Gala. ¿Has recapacitado sobre el poder quedar para cenar y hablar tranquilamente?

—Eric, no estoy para salidas, quedadas, hablar ni nada que tenga que ver con vida social.

—¿Qué te pasa?

—No es tu asunto, es mío y de mi familia.

—Si puedo ayudar en algo…

—¿Ayudar? ¿Ayudar tú? Si todo movimiento que haces es de forma frívola y siempre a tu conveniencia. Déjame que no estoy para tonterías y puedo estallar en cualquier momento.

—No me conoces, no soy el hombre que describes.

—¿Y esa mujer? ¿Cómo eres capaz de ocultar a tu mujer?

—¿De qué mujer me hablas?

—De la que el otro día estaba sentada en tu despacho. ¡Es tu mujer! —Le tiré un bolígrafo que esquivó y chocó con la puerta.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo te puedes inventar esas cosas y quedarte tan ancha? Es la exmujer de Mark con la que yo estoy tratando las inversiones que tenían conjuntas antes del divorcio ya que se llevan muy mal. De verdad, Gala, si quieres atacarme hazlo con la verdad, pero no mintiendo aún más cuando has sido descubierta.

—¡Mentiroso! Demuéstrame que no es tu mujer. A esta la llevaste a la cena de empresa que tuvo lugar un año antes de mi incorporación y la presentaste como tu mujer.

—Por Dios, a esa cena también fue Mark y eso es un comentario en broma que hice, y, que por cierto, ellos me siguieron el rollo. Por favor, ¿en serio están metiendo esas dos mierda?

—Aquí el único que mete mierda eres tú, deja de dejarlas por embusteras.

—¿Y desde cuando te llevas tan bien con ellas?

—¿Te tengo que recordar que eres tú el que no quería que hubiera mal rollo? Pues estoy haciendo eso, ¿acaso ahora te conviene más que nos llevemos a matar? Mira, faltan diez minutos para terminar, pero me voy a fumar en la calle un cigarrillo mientras espero a que termine Saura, así que haz el favor y piérdete de mi vista. ¡Mentiroso! —Cogí mi bolso y salí de allí muy enfadada. Ni las chicas me dijeron ni media de la cara que yo llevaba.

Capítulo 9



La situación en mi casa era lamentable por el tema de mi hermano, pero la de mis abuelos era de lo más delicada, parecía que les hubiesen caído diez años a cada uno encima, era increíble el cambio de aspecto que tenían cuando ellos habían sido hasta hace tres días los más vivos y felices que conocía sobre la faz de la tierra.

Había comido con ellos y me iba para mi casa con el corazón roto en mil pedazos. Mis padres aún estaban trabajando y llegarían más tarde.

La situación se había puesto demasiado complicada en mi familia y no era momento de riñas ni de nada, solo de empatizar con todos ellos porque lo estaban pasando muy mal, hasta yo estaba con un nudo en la garganta que no conseguía que se me deshiciera.

Realmente yo amaba a mi familia, pero siempre había chocado mucho con mi madre y es verdad que a veces yo tenía un genio de mierda que no podía controlar, pero es que en mi casa siempre la situación había sido de lo más peculiar, por no decir que vivíamos en un barrio en el que todo se pedía a chillidos y de aquella manera. En fin, o era la edad o yo me iba cansando de ser la típica chica que me quedaba estancada en los mundos de yupi, por no decir en los míos propios que superaban a la ficción.

Fue a las siete cuando llegaron que me fui para cada uno de ellos y les di un

abrazo.

—Os quiero mucho —le dije a mi madre mientras la abrazaba y se echaba a llorar.

—Hija, y nosotros a ti, aunque siempre nos lo has puesto un poco difícil, pero te queremos con todo nuestro corazón —dijo derramando unas lagrimillas.

—Ya, mamá, yo sé cómo soy, pero es que me sale solo. Intento ser fina, pero no puedo.

—No se trata de ser fina, sino de no hablar tan feo y ser tan contestona. Con eso vale, eres una chica que vales muchísimo, más de lo que te imaginas, pero las formas te pierden.

—Mamá, vivir en este barrio tampoco ayudó mucho.

—¿Tú has visto a los abuelos o a tu padre o a mí hablar de malas maneras?

—No.

—No es el barrio, es que has sido muy rebelde y siempre has querido ser el centro de atención y te has juntado con lo peor. Aquí en el barrio están las gemelas que están terminando sus carreras de medicina.

—Esas son extraterrestres, mamá.

—¿Lo ves? —Se echó a reír entre lagrimillas—. ¿Y la hija de Rosario que es azafata de vuelo?

—Mamá que ser azafata de vuelo lo puede ser cualquiera. —Volteé los ojos —. Que más difícil es conseguir un puesto fijo en una oficina de inversiones con tanto renombre como la mía.

—Sí, hija y estoy orgullosa de ti, seguro que allí te esmeras y hablas como es debido y por eso te mantienen el puesto, porque vales tu peso en oro, pero yo hablo de modales como algo normalizado en tu vida y la hija de Rosario y las gemelas los tienen, así, como algunos otros más del barrio.

»No solo basta con comportarse en el trabajo, en la vida hay que hacerlo también. Y tú puedes, hija, solo que te puede ese carácter que tienes y el querer quedar por encima de todo el mundo. ¿Piensas que no vamos a estar ahí cada vez que nos necesites? Siempre, hija, siempre —lo decía con toda la emoción y el amor que solo puede transmitir de esa manera una madre.

Me metí en la ducha ya que había quedado en salir con Saura e irnos al centro o al polígono, ya lo decidiríamos cuando nos encontrásemos.

Quería intentar tener mejor relación con mis padres, bueno, sobre todo con mi madre porque con mi padre era imposible discutir, todo le parecía bien, pero con mi madre había chocado toda la vida, pero debo reconocer que siempre estuvo ahí, con mejor o peor cara, pero siempre estuvo. Aunque es verdad que con mi hermano fue mucho más tolerante por el simple hecho de ser hombre. Aunque no lo reconociera, mi madre era muy chapada a la antigua.

Les di un beso antes de marcharme y les dije que los quería, creo que hasta hoy, era la primera vez que lo verbalizaba, y para ellos eso fue de lo más emocionante ya que se le derramaron unas lagrimillas.

Bajé para esperar a Saura en el portal y cuando nos encontramos, nos echamos a reír porque parecía que nos habíamos puesto de acuerdo. Las dos llevábamos unos tejanos estrechos y unas deportivas blancas. Arriba un top de tirantes en color blanco y con la barriga fuera, que para eso la teníamos firme y tersa. Íbamos monísimas.

Cogimos el autobús para irnos al polígono ya que allí teníamos garantizados los cubatas por la cara, por los botellones que se montaban los del barrio.

Nada más llegar, nos encontramos de nuevo a Pablo y a Johny que nos

saludaban desde sus motos en las que estaban sentados tomando sus cubatas.

—Hombre, los tíos más guapos de todo el barrio —les dijo Saura que ya se los estaba metiendo en el bolsillo.

—Quieren un par de cubatas —le dijo Jhony a Pablo riendo.

—Un par serán los primeros, no creo que seáis tan poco hombres como para dejarnos mirando —decía Saura mientras les saludaba con dos besos, al igual que yo.

—A vosotras os damos hasta la vida, y si nos quedamos sin alcohol, se lo quitamos a cualquiera de los pavos que hay por aquí.

—Nada de líos, que ya mis padres tienen bastante —murmuré poniendo cara de terror.

—Imagino, lo de tu hermano debe de ser un palo muy grande para ellos —dijo Pablo.

—Para todos, aunque era de esperar, nunca crees que se hará realidad.

—Bueno, cambiemos de tema —dijo Saura carraspeando para que a mí no me entrase el bajón—. ¿Qué os contáis vosotros, pardillos? Lo de las novias no existe en vuestros planes por lo que veo. ¿Cuándo vais a madurar?

—Cuando madures tú. ¿Dónde está tu novio? —preguntó Jhony con esa sonrisilla contagiosa que tenía.

—No, no, hablamos de hombres, de machos alfas, de esos que necesitáis una mujer al lado para subsistir. Nosotras no necesitamos de esos a nuestro lado, así que maduramos sin necesidad de un hombre al lado.

—Joder, qué bien hablas cuando quieres, Saura. Al final va a tener razón mi

madre en eso de que sabemos comportarnos pero que preferimos vivir en continua rebeldía.

El frenazo de un coche delante de nosotras nos hizo girar la cara y no me podía creer quién salía del coche.

—Gala, móntate —dijo abriendo la puerta del copiloto.

—No, no me voy a montar, Eric.

—Móntate —repitió soltando el aire.

—¿No te has enterado de que te ha dicho que no se va a montar? —le gritó Pablo.

—Cállate, niñato.

—Mira, imbécil. —Se levantó de la moto y Eric lo sentó de nuevo rápidamente y de un empujón.

—Y tú, como te muevas sales disparado —le dijo a Jhony señalándole con la mano.

No le dio tiempo a girar el cuello para mirarme y decirme de nuevo que me montase, cuando yo ya estaba sentada y con el cinturón puesto. No quería montar un numerito y que Eric terminara a hostias con todo el barrio, más que nada, porque se podía liar una reyerta bien rápido y salir también trasquilado.

—¿Te vienes? —le pregunté a Saura.

—No, no, yo me quedo con los nuestros —me dijo en plan hiriente.

—¿Me quedo y que se lie una guerra? —pregunté cabreada cuando el coche ya comenzaba a andar y a coger velocidad para que no me diera lugar al

arrepentimiento.

—No la iba a dejar que se montase en el coche por mucho que tú se lo hayas ofrecido.

—¿¡De qué vas, Eric!?

—¿De qué voy? Pregúntale a tu hermano de lo que voy.

—¿¡Por qué metes a mi hermano!?

—Porque él me ha pedido que te proteja.

—Sigues siendo el mismo embustero de siempre, es imposible que hayas hablado con él, por una sencilla razón que desconoces —dije con rabia.

—¿Que está en la cárcel y aún no recibió ninguna visita más que la mía esta tarde?

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué es eso de que tú lo has visitado? —pregunté rabiosa.

—Tu hermano ya no tiene un abogado de oficio, tiene a los mejores abogados que lo van a intentar sacar bajo fianza lo antes posible, ya están trabajando en ello y esta tarde se han reunido con él y yo estuve presente.

—¿De dónde has sacado toda la información y por qué has ido con tus abogados?

—Te quiero ayudar, Gala, te quiero ayudar.

—¿Y por qué dices que no hubieras montado en el coche a Saura?

—Te ha vendido…

—¿En qué me ha vendido? —pregunté a punto de llorar.

—En todo, el otro día te sacó de mi casa…

—¡No es tu casa! Era la de Mark y me tendisteis una trampa. —Rompí a llorar.

—Donde estuvimos es mi casa, y tu amiga es una hija de puta que se inventó una historia para ponerte en mi contra y en la de Mark, por si este te contaba que tu querida amiga le había vaciado la cartera, le robó y desapareció.

»Tiene el vídeo porque había cámaras en el lugar donde pasó y se la ve a ella cogiéndole el dinero. Luego te puso un mensaje, eso lo he descubierto porque he aprovechado que estaba limpiando mi despacho y le he pedido que fuese a buscar una cosa fuera, momento en que he mirado su móvil porque se lo ha dejado sobre mi mesa.

»Sabía que algo escondía y que tu comportamiento conmigo, después de lo que habíamos vivido la otra noche, no era normal. Cuando he visto el mensaje que te envió esa noche diciendo que te largaras de mi lado, lo he entendido todo, sabiendo que te ha utilizado. Es una hija de puta, en mi vida te he utilizado, ni he grabado ningún vídeo, ni he tenido malas intenciones.

—La casa es de Mark y tú grabaste lo que hicimos para presionarme.

—¿En serio me ves capaz de hacer eso? —Llegó de nuevo a esa casa.

—¿Qué hacemos aquí?

—Ahora te voy a enseñar y demostrar de quién es la casa y no solo eso, te voy a desenmascarar a los tres con los que estabas. Pablo y Johny vendieron a tu hermano y dieron el chivatazo. Me ha pedido que te diga que no te fíes de ellos, que quieren información y estar al tanto de lo que pasa.

—O sea, mi amiga roba a Mark, me miente sobre ti, mi hermano te dice que

no me fíe de esos dos y las chicas de la oficina, me cuentan que la mujer que estaba en tu despacho en realidad es tu mujer. ¿Tienes suficiente alcohol para que me olvide de todo? —pregunté en *shock* y sin querer creer nada—.Y a todo esto, tengo una duda, para que me quede ya todo claro. ¿Por qué la contrataste sabiendo que robó a Mark?

—De esto me enteré ayer, al igual que lo de tu hermano, y en cuanto lo supe, puse al bufete de mis abogados a trabajar rápidamente. Esta mañana no le dije nada a Saura porque había quedado para comer con Mark, quería que me enseñara el vídeo que había obtenido donde ella vaciándole la cartera.

»Lo que se ve es cómo la coje, la vacía, la deja en el mismo sitio y desaparece. De lo de tu hermano me enteré por casualidad, eso ya es otra historia, pero lo voy a ayudar, está pagando el pato de los que están fuera frotándose las manos y exponiendo a personas como tu hermano que no tienen sus vidas centradas.

—No entiendo nada, te juro que no entiendo nada —dije llorando y con ese impacto que no se me quitaba.

Si mi amiga había hecho eso y para no contármelo, me había liado todo esto con Eric, la iba a coger por los pelos y arrastrar por toda la barriada hasta dejarla calva.

Eric me enseñó el vídeo y también las escrituras de su casa que descargó *online* en el registro de manera instantánea. Estaba puesta a nombre, bueno de su empresa, con lo cual era de él.

Capítulo 10



No podía creer nada de lo que estaba pasando. ¿Cómo alguien como él puede así de repente conseguir ver a mi hermano en la cárcel y poner a su disposición todos los medios legales con su equipo de abogados? ¿Cómo podía haberme fallado de esa manera mi mejor amiga para tapar un delito de sustracción que ella había cometido?

—Gala, te he dicho toda la verdad, solo necesito que comiences a confiar en mí, te juro que desde el fin de semana pasado no consigo quitarte de mi cabeza.

—Todo me suena a raro, no te voy a mentir. Es verdad que ella hizo eso a Mark porque las pruebas son evidentes y que la casa es tuya también, pero ¿por qué está pasando todo esto? ¿Por qué de repente te preocupas por mi hermano y su proceso judicial? ¿Por qué te preocupas de mí cuando me paso la vida sacándote de quicio?

—No llores más, por favor, me duele verte así.

—¿Y qué hago si mi familia está destrozada? ¿Qué hago cuando mi mejor amiga me mintió de esa manera sin pensar en todo lo que te he amado y para un día que consigo estar contigo me lo jode? ¿Qué hacer cuando, aunque me enseñes todo a ti no te creo tampoco en las intenciones que tienes? No tengo fuerzas, siempre pensé que era la tipa más dura del mundo, pero ¡mierda para

mí! Quiero desaparecer ya de todo…

—No lo hagas de mi vida, por favor.

—No te creo cuando quieres fingir ahora que te importo y lo único que has hecho en tu vida es limpiarte el culo con todo. ¿Y sabes qué? Mi amiga es una cabrona por haberle quitado el dinero a tu amigo, yo en mi vida jamás he robado ni cinco céntimos, pero es mi amiga.

»Tú también cometiste un delito al atropellarme con el coche borracho, que sí, que yo exageré mucho, pero la gravedad de coger el coche habiendo consumido alcohol, no te la quita nadie, porque podrías haber matado a una persona, pero mi amiga con el dinero de tu amigo no ha puesto la vida de nadie en riesgo.

»Así que dejemos de señalar los pecados de los demás, cuando estamos de mierda hasta el cuello. A ti siempre te he tenido en el bando de enfrente, pero a ella a mi lado, con sus errores y los míos, al igual que mi hermano ¿Por qué a él sí lo defiendes y lo quieres ayudar y a mi amiga la quieres llenar de mierda hasta el cuello acusándola de todos los males del mundo?

—Dicho así, estás diciendo muchas verdades como puños.

—¿Y cómo en una sola mañana consigues que tus abogados puedan tener una visita en la cárcel? No entiendo de leyes, pero sí que sé que cuando tienes un abogado y lo vas a sustituir por otro, tienes que pedir la venia al otro abogado y eso puede llevar unos días en que te conteste, al igual que las reuniones en la cárcel. ¿En una mañana conseguís la venia y una visita en la cárcel para esa misma tarde? ¿¡Qué está pasando aquí!? Soy de barrio, quizás no tenga mucha cultura, pero tonta no soy…

—Mi abogado llamó al de tu hermano, que era de oficio, directamente. El de oficio le dijo que tenía una visita con tu hermano para esa tarde y que podía ir acompañado por otros letrados. Aprovechamos la visita que ya tenía concertada con el anterior para ir, este accedió a cambio de un importe. Ya tenemos la venia y pudimos ir a la cárcel porque estaba acordada la visita y

fuimos como parte del equipo del abogado de oficio. A partir de ahora, las visitas las pedirán mis abogados y todo lo llevarán ellos.

—Pagando, todo lo consigues pagando. Quiero llegar a un pacto contigo.

—Haré lo que me pidas, pero no me eches de tu vida.

—Si Pablo y Jhony están implicados y se están lavando las manos, seguro que hay muchos más del barrio metidos en esto, y, que seguro, como dices lo utilizaron de cabeza de turco. Te firmo que jamás hablaré de lo que pasó esa noche del coche, te firmo lo que quieras; y también la baja de la empresa, si así lo quieres, pero solo con una condición: que sigas pagando la minuta de los abogados de mi hermano y todo lo que conllevará el juicio, y mientras, yo me dedicaré a buscar pruebas.

—Tengo a un equipo de investigadores buscando las pruebas, se van a infiltrar con los del barrio. No dejes el trabajo por favor…

—No quiero ir a la oficina, allí no hago nada más que revisar tu agenda, soy consciente de todo, aunque me haga la tonta y me aproveche del asunto. No te hago falta allí y a mí, ahora mismo, no me apetece trabajar en tu empresa, me da muy mal rollo. Quiero centrarme en mi familia y me buscaré algunas casas para limpiar por horas.

—No quiero que limpies casas, te mereces algo mejor.

—Mi madre también se lo merece y se va a limpiar a las siete de la mañana y regresa a las siete de la tarde, la vida no es merecer o no, la vida es injusta y a unos le ponen todo por delante y a otros nos meten de mierda hasta el cuello. Voy a pedir un taxi.

—No, por favor.

En ese momento que estaba sacando el teléfono me estaba llamando Saura.

—Cuidadito con el desgraciado ese que se las sabe todas. Me acabo de enterar que ha estado chantajeando a algunos del barrio —dijo cuando ni tiempo me dio a decir hola.

—Saura, tú y yo hablaremos, me tienes que explicar por qué le cogiste el dinero a Mark de su cartera.

—Espera, espera, que se me está encendiendo una lucecita…

—Saura…

—Ni Saura, ni mierdas, que todo tiene una explicación y bien grande. ¿Por qué ha dicho Mark que yo le he robado dinero?

—Está grabado en vídeo…

—Ellos lo graban todo, te lo advertí. Pero que yo no le he cogido un duro a ese ni mucho menos, por mucho que se vea en las imágenes.

—Las he visto.

—Vale, pues ahora sé lista y dile al gilipollas que tienes al lado que va de listo —yo tenía el altavoz puesto y Eric escuchaba con muy mala cara—, que te enseñe los cinco minutos anteriores del vídeo y entonces lo entenderás todo.

»Ese dinero que le quité, me lo había quitado él antes a mí para que no me escapara y cogiera un taxi porque estábamos bromeando, bromeando hasta que vi los mensajes y sí que me quité de en medio, pero ese dinero es mío, o te ponen todo el trozo de la cinta o créeme que se está riendo de ti como nunca lo hizo.

—Eres una mentirosa —le dijo Eric en un tono muy duro.

—Enséñale el vídeo, enséñaselo y deja de preguntar por el barrio mandando a

gente, que no cuela. Dile la verdad a Gala, que quieres hacer el que ayuda para después joderlos más, sabrá Dios las intenciones que tienes.

—Has dicho que esta no es mi casa y le he demostrado que mientes.

—¿Le has demostrado que está a nombre de tu empresa? Lo sé todo, lo que no sabe Gala es que tu empresa la tienes a medias con Mark, lo que pasa es que él está en otros temas, con lo cual, esa casa la habita tu socio y colega, mientras que tú llevas ahí a Gala por no tener los cojones de llevarla a tu ático que es donde vives para que no tenga tu ubicación, prefieres llevarla a esa, que es tu picadero, pero ahí quien realmente vive es Mark y lo sé a ciencia cierta ¿Cuántas fotos tuyas hay por la casa?

—Las mismas que de Mark, ninguna.

—¿Dejas a Gala que registre todos los cajones?

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Ahí lo tienes amiga, te lo dije la otra vez y te lo vuelvo a decir ahora, sal de ahí cagando leches y si quieres llamo a la policía.

—Deja de mentir, Saura, deja de hacerle daño.

—Pobre niño rico que se cree que va a callarme por el simple hecho de no tener una cuenta como la tuya.

—¡Parad ya! Saura mañana hablamos. —Le colgué—. Dile a Mark que te mande la media hora antes de vídeo y como se le ocurra cortar algo, te juro que se va a liar muy parda.

—Solo le dieron ese trozo, pero pongo las manos en el fuego por Mark.

—Y yo pongo todo mi cuerpo por mi amiga, por cierto, ¿Mark es tu socio?

—Sí —murmuró en tono bajo.

—¿Y entonces, dónde dice que esta casa sea tuya en exclusividad?

—Lo es, tenemos contratos anexos firmados, él tiene otro chalet en la otra punta de la ciudad, a parte de la vivienda en la que vive.

—No me fio ni de lo que vas a hacer con el caso de mi hermano, pero si se la juegas, te juro que te entierro vivo y no te encuentra ni la mayor expedición del mundo. Prepara el contrato que te he dicho que no quiero seguir trabajando para ti, pero ya que te has tomado la libertad de que mi hermano acepte a tu bufete de abogados, sigue pagándolo. Ese será el acuerdo, no quiero verte más.

—Déjame llevarte. —Se levantó cuando vio mis intenciones de irme.

—No, no quiero estar ni un minuto más a tu lado. —Llamé a un taxi mientras salía.

No me lo creía ni lo más mínimo y lo de Saura sí que me lo creí, hasta me daba rabia el pensar que ella podría haber robado dinero, conociéndola sabía que ella no era así, que sí que era una descarada y gorrona, pero de frente, no una ladrona.

Todo me sonaba tan raro y lleno de contradicciones que no entendía nada y eso era lo que peor me hacía sentir. Le dije al taxista que me llevara al polígono donde estaba Saura con los chicos.

—No veas cómo se las gasta tu amigo… —dijo Pablo reprochando su actitud.

—No calentarme el coco que no estoy para eso. Invitarme a una copa.

—Otra que nació pidiendo —dijo Saura causándonos unas risillas—. Así que

el «tontolaba» ese me acusó de robo y no de recuperar lo que era mío, además, si viste el vídeo apenas eran veinticinco euros, míos, pero veinticinco, que si le quisiera robar me hubiera llevado un billete de quinientos que tenía en la cartera y eso que jamás había visto uno tan de cerca. —Nos echamos a reír—. Por cierto, fijo que nos pone el lunes de patitas en la calle.

—No, yo ya le he dicho que renuncio, que prepare el finiquito —les conté todo, incluso lo de mi hermano.

—Lo va a hundir.

—¿Y qué hago, si mi hermano firmó para que el otro abogado pidiera la venia y le llevase el caso? A ver cómo le explico a mi madre que el niño tiene un nuevo abogado y que es mi jefe quien se hace cargo de las costas, cuando ella de mi historia con Eric, y de cómo conseguí el trabajo, no sabe nada, está totalmente ajena a lo que viene siendo mi vida.

—Ya veremos, pero no debemos permitir que él se salga con la suya y es que tiene un plan, de eso no me cabe duda, Gala, ese tío se mueve por su conveniencia y algo me dice que detrás de todo esto, hay gato encerrado.

—Esa sensación tengo yo, pero ¿qué puede querer Eric de alguien como yo que vivo en un barrio y no tengo nada de lo que le pueda interesar?

—No lo sé, pero de que hay algo, lo hay.

—Chicas ese tío está buscando información por el barrio, antes cuando vino a por ti, el Chucky lo vio y dijo que ese tío había llevado a dos tíos al barrio y los dejó allí. El caso es que estuvieron comprando hachís y haciendo preguntas extrañas de la redada de lo de tu hermano.

—Qué mal me huele todo —dijo Saura.

—Peor a mí y lo más grave es que no sabemos por dónde vienen los tiros —murmuré con tristeza—. Le estoy cogiendo miedo al hombre que amo.

—¿Amas a ese tipo? —preguntó Pablo con cara de asombro.

—Calla, no te metas dónde no te han llamado —le dijo Saura mirándolo en forma de reprimenda.

Estuvimos un rato más con ellos antes de aprovechar e irnos para casa con Claudia, una chica del barrio que no había bebido y tenía su coche allí.

Me metí en la cama con una rabia, impotencia y dolor que eran abrumadores, era desconcertante no entender nada de lo que estaba pasando, y encima, que estuviéramos metidos en el ajo.

Capítulo 11



Era sábado por la mañana y mis padres estaban desayunando para irse a la compra que solían hacer en este día ya que no trabajaban y aprovechaban para ir a la plaza y al supermercado.

—Buenos días, preciosos. —Me acerqué a ellos para darles un beso en la mejilla.

—Hija, ayer cuando te fuiste me contactó un abogado, tu hermano ha cogido uno de pago que le llevará el caso y dice que están buscando pruebas para sacarlo lo antes posible. Me van a poner una visita con él en estos días.

—Qué bien, a mí me gustaría ir también. —No quise entrar en detalles de nada porque no me apetecía contar la larga historia de mi vida de los dos últimos años y, menos hoy, que tenía un nudo en la garganta que apretaba y mucho.

—Pues se lo diré al abogado que me llamará el lunes.

—Vale.

—Estamos más esperanzados después de hablar con ese señor, se le nota que va a por todas.

—Esperemos que así sea.

Terminaron de desayunar y se marcharon. Ni diez minutos habían pasado que me llegó un mensaje de él.

Eric: *Ya tengo el contrato preparado. ¿Nos vemos en la oficina?*

Gala: *Es sábado…*

Eric: *¿En una hora?*

Gala: *Sí…*

Cuanto antes me quitara esto de en medio, mejor, no quería seguir trabajando en su oficina, ni seguir llevando la vida de mierda que llevaba hasta ahora. Prefería limpiar escaleras y llevarme el dinero honradamente, que estar en un despacho haciendo de florero y aguantando una sarta de tonterías que no iban conmigo.

Me duché, me vestí informal, como un día no laboral que era, y me dirigí en mi coche hacia la oficina.

Llegué y estaba la puerta de afuera entreabierta, al pasar por la recepción, sentí tal paz al no ver a las dos niñas ahí en plan cuchicheo que me hizo sentir que eso era el claro ejemplo de que no debía estar en este lugar.

La puerta del despacho estaba abierta, pero en esta ocasión no estaba sentado en su sillón, sino en una de las dos sillas que había delante, como si quisiera estar a mi lado.

—Buenos días —murmuré andando directamente hacia su sillón, si él hoy no lo quería, pues para mí. Mi gesto no le debió de hacer ni la menor gracia, no solo eso, sino que ni me contestó a los buenos días—. ¿Este es el acuerdo?

—Sí. —Lo extendió hacia mi lado para que lo cogiera.

Era un despido, tal y como le había pedido, ya que así me quedarían al menos ocho meses de paro por los dos años trabajados y mientras me buscaba algo, al menos, podría hacer frente a las letras del coche del que me quedaban aún cuatro años por delante.

—No he puesto nada de lo que me pediste. Te echo para que cobres el paro pero confío en ti, con esto demuestro que yo sí confío, hasta el punto en que en estos momentos podrías ejecutar el contrato privado anexo al anterior y buscarme un lío. Creo que más acto de buena fe, no te puedo dar.

—Pues listo. —Lo firmé haciendo caso omiso a todo lo demás.

—Ahora te hago el ingreso de la indemnización por despido y las vacaciones que te correspondían.

—Lo he leído en el contrato, me vendrán bien esos tres mil euros para comenzar. Bueno, espero que te vaya muy bien y que cumplas en no dejar desamparado a mi hermano y mucho menos que le hagas una jugarreta.

—No soy así…

—Eres peor y lo sabes. No todos los malos están encerrados, ni los buenos están libres.

—No quiero perderte.

—Nunca me tuviste, Eric, ni me valoraste. —Comencé a andar hacia la puerta y me siguió frenándome por el brazo.

—Dime qué puedo hacer para demostrarte todo lo que siento.

—Tirarte por uno de los acantilados de los que te pasé la ubicación. —Me

solté de un tirón y me fui hacia la calle.

Al menos el paro lo tenía asegurado y un dinerito extra que me valdría para afrontar todo un poco y más, porque quería conseguir quitarme cuanto antes el préstamo del coche y con eso como que podría pagar un año y me sobraban ochocientos euros, así que intentaría estos ocho meses pagar tres cuotas mensuales para librar otros dos años, con lo cual solo me quedaría uno cuando acabara el paro. Todo esto si salía bien la cosa, que a saber con lo que me encontraba a partir de ahora…

Cuando llegué a mi casa estaba mi padre en el salón y mi madre haciendo varias comidas y un bollo para el fin de semana.

—Mamá tengo que contarte algo.

—Dime, cariño. —Me miró dejando por un momento de cortar la verdura.

—He dejado mi empleo, no quiero entrar en detalles, pero allí me sentía muy mal, no era mi sitio ni lugar, ahora me quedan ocho meses de paro en los que limpiaré por horas y me han dado una indemnización de la que quitaré un año de cuotas de coche.

—Hija, pero era un buen trabajo…

—Mamá, sí, pero no me sentía en mi lugar ni con la gente adecuada. No es cuestión de clases, sino de mentalidad y allí las tenían todos muy retorcidas. Vale que pensarás que soy la menos indicada para hablar, pero ese trabajo no me lo merecía y no lo digo porque sea menos, todo lo contrario, porque soy mucho más y me merezco algo mejor que sentirme un florero. —Se me cayeron las lágrimas.

—Hija, no te preocupes, te saldrá algo mejor en este tiempo y ya sabes que siempre estaremos aquí para ayudarte.

—Lo que no quiero es que vosotros os preocupéis por nada, que bastante tenéis. Todo estará bien y yo me volcaré en ir labrándome un futuro. —Le di un beso en la mejilla.

—Hija, me gusta verte con esa serenidad. —Lo que la pobre no sabía es que la tormenta la llevaba por dentro.

Me llegó un mensaje del banco con el abono de la liquidación por el despido. Me sentí un poco libre de todo lo que me ataba hasta ahora, pero a la vez, sentía que me desprendía del hombre al que amaba y que odiaba a partes iguales, porque ese era el sentimiento que tenía hasta ahora.

Mis abuelos llegaron a comer con nosotros y los pobres estaban tan cabizbajos que no había manera de sacarles una sonrisa. Para ellos la ausencia de mi hermano se les estaba haciendo como si la de una pérdida de por vida se tratase. Como decían, no podían soportar el dolor de saber que estaba privado de libertad, pero joder, que a nadie nos gustaba, pero él se lo había buscado solito por meterse en unos tejemanejes que lo habían llevado hasta donde se encontraba.

Lo que más me jodía era que nadie era consciente de la gravedad del asunto que había detrás, y que no era otra más que mi jefe, ese que estaba llevando todos los líos de mi hermano y eso me ponía un tanto nerviosa, no terminaba de fiarme de él por mucho que me hubiese despedido y lo pudiera demandar a lo grande y buscarle un buen lío.

Miré por la ventana y me encontré a Saura comiéndose los morros con Jhony. ¿En serio? ¿En qué momento se comenzaron a liar si ayer yo no había visto nada? Mejor que me metiese en la cama y no me levantase hasta pasados unos años porque algo me decía que se ponía la cosa cada vez menos entendible.

¿Sabéis esa necesidad de empezar de cero en tu vida cuando todo estaba más revuelto y patas arriba que nunca? Pues eso era lo que me pasaba a mí, no sabía cómo comenzar de cero.

Me metí en mi cuarto a echarme un rato cuando mis abuelos ya se habían marchado. Miré mi móvil y tenía un mensaje de Saura diciendo que se iba a la playa con Jhony, al menos, no ocultaba algo de lo que mis propios ojos habían visto.

Si algo tenía claro es que no debía quedarme dormida en los laureles y, mucho menos, esperar a agotar un paro que me llevaría luego a pasar agobios por pagar el coche o tener para comprarme tabaco, que oye, el vicio era también muy traicionero y eso no me lo tenía que costear nadie y menos mis padres que demasiado doblaban ya la espalda.

Se me pasaban muchas cosas por la cabeza, sobre todo, esos vídeos de gente que veía en Instagram que montaban sus propios negocios y preparaban los envíos de lo más bonitos. ¿No podría hacer yo algo igual?

Me pasé toda la tarde viendo esas tiendas *online* de productos cosméticos muy coloridos, donde también preparaban paquetes sorpresa y demás. Me llamaba muchísimo la atención.

Por la noche y tras la cena, me puse en el portátil a mirar cómo comprar esos productos de geles, ambientadores, cosmética y demás al por mayor, además todo muy colorido para poner unas repisas por colores y todo muy preparado para llamar la atención y sobre mi escritorio, poner todo para empaquetar y grabar videos para las redes.

Por primera vez en mi vida me sentía con una creatividad de lo más grande y lo mejor de todo, había tenido la genial idea de cambiar todo mi cuarto, lo había puesto completamente en blanco con muebles del Ikea, así que iba a comprar los productos para comenzar el negocio. En vez de dar el año por adelantado del coche, invertiría el dinero en emprender desde casa y rezar para que funcionara. Además, que me había dado cuenta de que en estos casos, lo mejor era la publicidad en las redes y que trajeran a nuevos clientes que se sintieran atraídos por el producto.

Me tiré en la cama para seguir viendo vídeos que me aclararan aún más las ideas y la verdad que me iba adentrando en algo que me llamaba muchísimo la atención, estaba segura de que sería un trabajo que me haría sentir plena.

La suerte es que el piso era de los antiguos y las habitaciones eran gigantes, la mía era más grande que una de matrimonio de las que hacían ahora, así que podía poner todo muy vistoso y bonito, además de poner el escritorio grande para trabajar cómoda. Eso sí, veía que todas tenían las uñas impecables, así que barajaría la posibilidad de que cuando llegara el momento, pasar por chapa y pintura y que me hiciesen unas uñas de lo más llamativas.

Cada vez tenía más claro que sí quería comenzar de cero, debía hacerlo demostrándome a mí misma que yo valía para mucho más que conformarme con limpiar escaleras, que eso estaba bien para un tiempo, no para toda la vida y menos, cuando se tiene la juventud y los recursos para intentar aspirar a otra cosa. Yo veía a mi madre que cada vez le costaba más el trabajar y es que llevaba muchos años partiéndose la espalda en las escaleras de bloques que limpiaba desde muy joven.

Los sueños estaban para alcanzarlos y ¿por qué no iba a ser yo capaz de llegar hasta ellos?

Capítulo 12



Domingo por la mañana y con toda la ilusión del mundo le conté a mis padres el emprendimiento que quería comenzar y aunque no sabía cómo iban a reaccionar, todo fue un apoyo absoluto, es más, se ofrecieron para regalarme mil euros de sus ahorrillos para colaborar en la primera inversión. No acepté, pero se pusieron a decirme mil cosas hasta convencerme de que ellos también querían contribuir de algún modo y que así se sentirían mejor.

Mi padre se vino a mi cuarto y me ayudó a tomar las medidas y así pudimos cuadrar con los muebles blancos y a muy buen precio que vendían *online* y que te traían hasta tu casa para tú luego montarlos. Antes de la hora de la comida ya tenía los dos muebles de estanterías y el escritorio comprado que me traerían en cuarenta y ocho horas, estaba de lo más emocionada. Además, todo me había salido seiscientos euros, nada mal.

Por la tarde me la pasé comprando los productos que iba a vender, la verdad que en cantidad salían a muy buen precio y conseguí comprar mogollón de cosas: geles de baño, champú, mascarillas para cara, manos y pies, ambientadores y perfumes para el hogar, brillos labiales, paletas de sombras de todo tipo, había arrasado comprando y me había gastado mil cien euros.

Después de cenar me dediqué a la compra de las cajitas, los papeles y sobres en los que envolvería todo, además de una caja de piruletas de las que pondría una en cada pedido. No me faltaron unas pegatinas preciosas para sellar el papel y hasta tarjetas personalizadas para meter dentro, ya tenía hasta claro el

nombre de mi página de Instagram, *CuquiGala*.

Estaba tan emocionada y con tantas ganas de verlo todo montado, que no me lo podía creer.

Lo primero que hice el lunes por la mañana al levantarme, fue ir a hablar con un gestor para que me dijera cómo lo podía hacer, ya que imaginaba que necesitaba estar de alta y no podía perder el paro.

Me explicó que podía cobrar el paro único y es que me lo daban de golpe si era para invertir en un negocio, cosa que cuadraba con lo mío, por lo que preparó todo y me dijo lo que tenía que llevarle, así reclamaría todo mi paro y me daría de alta como autónoma con beneficios, dado que al ser mi primera vez tenía unas bonificaciones en las que los dos primeros años pagaría una cuota muy baja.

A la hora de la comida aproveché para contarle a mi madre lo de la reunión con el asesor y se puso muy contenta de que de algún modo rescatase el paro, aunque lo tendría que ir invirtiendo, pero bueno que como decía, iba a por todas.

—Hija, pues yo te tengo que contar un par de noticias.

—¿Buenas o malas? —suspiré.

—Buenas, hija. La primera es que estuve hablando con el abogado nuevo de tu hermano y por lo visto van a presentar unas alegaciones al juez pidiéndole que salga en libertad bajo fianza hasta el juicio y, además, en breve podremos ir a verlo.

—Qué bien, ojalá sea así.

—Además le pregunté que de cuanto sería la fianza y me dijo que eso ya estaba cubierto que tu hermano se encarga de eso. No entiendo dónde puede

tener dinero. —La pobre estaba ajena a todo y yo entendía que en caso de que le pusieran una fianza, se haría cargo Eric, pero todo me sonaba muy turbio.

—Bueno, lo importante es que se esté moviendo todo para intentar sacarlo de allí cuanto antes.

—Y lo otro es que desde mi empresa me han mejorado las condiciones. —Se le dibujó una sonrisa en la boca—. Pero te vas a quedar helada cuando te diga las casualidades del destino…

—Sorpréndeme, ya me espero cualquier cosa.

—Me han contratado como jefa de limpieza para unas oficinas, en turno solo de mañana, de nueve a tres y de lunes a viernes, cobraré mil doscientos euros al mes, más de lo que vengo sacando hasta ahora.

—Joder, ya era hora que te dieran el lugar que te mereces.

—Pero no sabes lo mejor, es en la oficina donde tú trabajabas. —Arqueó la ceja.

—¿¡Qué!? ¿¡En mi oficina!? ¿¡Quién te ha contratado, mamá!?

—Te lo he dicho, desde mi empresa, aunque a partir de ahora el contrato será directo con nueva oficina. —Y yo que no me lo creía porque eso era cosa de Eric y nada más que de Eric, que se las había ingeniado para llevársela a su empresa—. Hija, allí no tendré que limpiar, solo supervisar y que no falten productos ni de nada.

—O sea que te pagan por hacer de vigilante todas las mañanas, por el amor de Dios que allí solo iban a limpiar una o dos veces.

—Por lo visto ahora todos los días…

—Mira mamá, si es para bien, yo que me alegro infinito, pero hazme caso y no te fíes de nadie de allí.

—Hija, sabes que yo voy a lo mío y no me meto en nada. No soy una correveidile.

—Lo sé, pero allí hay muchas leonas y un león como jefe que es lo más frívolo del mundo.

—Tranquila, hija, solo iré a hacer mi trabajo y aunque no limpie, sabes cómo soy y estaré dando un repaso a todo.

Me iba a volver loca, por dios es que no había ni un minuto de paz en mi vida, que sí, que como le dije a Eric, mi madre llevaba trabajando así toda su vida, quizás quiso quedar bien y hacer la labor social de su vida, pero como esto formase parte de un juego, me lo iba a cargar, iba a conocer la peor versión de Gala que ni yo conocía, pero que estaba ahí. Con mi madre no…

Mi padre no había venido a comer ya que se quedaba en la obra con el táper que le había preparado mi madre. Así que ella se fue directa a terminar su ultimo día en los bloques y yo le mandé un mensaje al susodicho.

Gala: *Si se te ocurre jugársela a mi madre, te juro por mi vida que me encargaré de que la tuya te vele toda la noche.*

Eric: *¿Pero qué clase de hombre te crees que soy? Todo lo hago por ayudaros un poco más, todo me parece poco para demostrarte que mis pretensiones no son otras que no perderte.*

Gala: *Tus pretensiones deben de ser tan oscuras como tú. De verdad, procura no causar ni el más mínimo dolor en mi familia o te juro que la tuya se pasará el resto de ella llorando tu muerte.*

Eric: *Deja de amenazar…*

Gala: *Ve y me denuncias si tienes dos cojones.*

Eric: *¿Puedo pasar a recogerte y hablamos?*

Gala: *No, deja de insistir en hablar, no quiero verte, Eric, solo te advierto que no juegues con mi familia.*

Me pasé toda la tarde despejando la habitación ya que al día siguiente me traerían los muebles y me comenzarían a llegar las cosas. Además, le envíe los papeles al asesor ya que me había hecho de ellos rápidamente.

El martes por la mañana me encontré en la cocina tomando el café con mi madre ya que desde este momento entraba más tarde. Estaba guapísima, se la veía feliz y yo me alegraba, solo temía que todo esto no le salpicara de alguna manera.

El asesor me llamó y me dijo que ya tenía enviado todo y solicitado lo del pago único que iba antes del alta de autónomo, que ya me mantendría informada mientras que iba preparando todo.

La mañana la pasé montando la página de Instagram y poniéndole el logo que había creado para mi nuevo nombre. La verdad es que hoy en día había miles de herramientas que tú ibas pidiendo lo que querías y te iban apareciendo mogollones de logos de lo más chulos, hasta que di con el mío en tonos pasteles; amarillo, celeste, rosa y malva.

Mi madre llegó a las tres y veinte, justo un rato antes habían llegado los muebles que tenía a un lado del sofá para ir metiéndolos en mi cuarto cuando llegara mi padre y me ayudara a montarlos. Además, me habían llegado un montón de cajas con los productos.

—Madre mía, cómo está todo esto —sonreía mirando hacia todos los lados.

—Sí, tengo muchas ganas de verlo montado, pero poco a poco, con que me ayude esta tarde papá a montar los muebles de estantería, ya vamos bien. ¿Qué tal te ha ido en la oficina?

—Bueno, Lara y Mar al saber que era tu madre, me dijeron que te enviara muchos besitos y que se te echaba de menos.

—Más falsas y no nacen humanas.

—Bueno, también conocí a Eric, el jefe.

—Sorpréndeme…

—Muy amable, educado y atento. Se ve buen tipo.

—El mejor impostor del mundo.

—Hija, ¿te pasó algo con él?

—Eso es una larga historia. —Solté el aire y me dispuse a poner los platos en la mesa para comer juntas.

—Me dijo que siempre tendrías las puertas abiertas de tu despacho.

—Qué lindo —murmuré con ironía.

—Le dije que por ahora lo dudaba ya que estabas emprendiendo un negocio.

—Muy bien dicho, que no se piense que me voy a quedar comiéndome los mocos. ¿Y qué dijo él?

—Que cualquier cosa que necesitaras no dudaras en contar con su ayuda.

—Mamá, no le hagas caso en nada, por favor.

—Bueno, pero se nota que es un hombre preocupado.

—Preocupado de llenarse los bolsillos y su vida a costa de todo el mundo.

—Es inversor, se lo gana con su trabajo.

—No lo vayas a defender por Dios, que no sabes de la misa la mitad.

—Bueno, cuando quieras siempre seré oídos.

Después de comer me fui a tomar un café con Saura que me contó que sí, que estaba liada con Johny, que no sabía lo que le pasaba pero que de repente, de la noche a la mañana, se sentía de lo más atraída por él.

Yo no me fiaba de Jhony ni de Pablo, pero es que estaba tan susceptible que hasta ni de mi propia amiga me terminaba de fiar. Era como si todo hubiera sido un círculo tóxico alrededor de mí.

Le conté lo de la tienda *online* y se puso muy contenta. A ella la había despedido Eric dado que estaba dentro de la prueba y no le costó ni lo más mínimo. Además, Eric se veía que se la tenía jurada a Saura y lo mejor que era que no se la encontrase por allí porque podía estallar otra guerra mundial.

Después de un rato con ella, se marchó ya que vino Jhony a recogerla. Este me dio dos besos, pero por mi manera desganada de saludarle, le quedó claro que ya no era la misma de antes y que de tonta no tenía un pelo.

Me fui a casa y cuando llegó mi padre, sacamos los dos muebles que ya estaban vacíos en mi cuarto y metimos los nuevos. Increíblemente en menos de una hora teníamos montado todo y es que mi padre valía un potosí.

Metí las cajas con todo y comencé a colocarlo todo ordenadito; los champús,

geles y las cremas corporales que, como todo, lo tenía en un montón de aromas. Era todo tan bonito que verlo tan bien colocado me emocionaba muchísimo.

Y me dieron la una de la mañana colocando las cosas hasta dejarlo listo. Aquel rincón parecía una preciosa tienda de lo más cuqui, como ya lo indicaba el nombre que había elegido, CuquiGala.

Le quería tirar una bonita foto y subirla a la red, pero eso sería a la mañana siguiente cuando hubiera una buena luz solar. Ahora mismo no quedaría bien.

Me acosté y dejé la luz encendida un rato para recrearme en aquella nueva ilusión que parecía sacada de una revista, estaba todo superdulce y a pedir de caramelo. Atraía mucho la atención de la manera que estaba todo colocado.

Capítulo 13



El viernes fue con un despertar de lo más bonito ya que me habían aprobado lo del paro único y ya procedían a darme de alta como nueva autónoma.

A mis padres no les cogí finalmente el dinero porque no me iba a hacer nada de falta y a ellos el tenerlo ahí reservado les podía venir muy bien para cualquier imprevisto.

El día anterior mi madre pudo ir a visitar a mi hermano, pero solo ella, para la siguiente visita sí podríamos ir dos o tres personas, pero por ahora solo fue posible así.

Lo encontró tranquilo y confiado, decía que tenía los mejores abogados y que estaban moviendo bien las fichas. De nuevo señalaba a que cuidado con dar información de ningún tipo, pero sobre todo a Jhony y Pablo, cosa que ahora el primero estaba con Saura, así que eso implicaba que cero comentarios a ella. No sé, pero tenía una espinita de que Saura y Jhony llevaban una historia ahí que iba más allá de que ahora se comieran los morros.

Durante estos días, mi madre me venía contando lo atento que eran todos con ella y con el respeto que la trataban. Se sentía muy cómoda en una oficina donde yo había estado siempre como si dentro de un ring de boxeo me encontrase.

Eric me escribía cada día preguntándome cómo estaba y si necesitaba algo para mi nuevo negocio, que contase con él en lo que me pudiera ayudar, cosa que en plan ironía le dije que sí, que pusiese un post en su perfil invitando a seguir mi cuenta que ya tenía un vídeo de lo más bonito de cómo irían preparados los paquetes. La apertura de la tienda y pedidos comenzarían el lunes.

No dudó en no solo poner un post muy elegante y con el logo de mi tienda, sino que colgó una historia con el enlace a mi página y animando a echar un vistazo a lo que serían los productos que se pondrán a la venta, motivo que ocasionó que unas dos mil personas me comenzaran a seguir. Hay que decir que él en su perfil de Instagram tenía más de cincuenta mil seguidores y era una persona activa en la plataforma, eso sí, todo lo que ponía era muy cuidado y de calidad.

Pero no lo creía, aunque debo reconocer que era de agradecer un empujoncito de ese estilo para tener más presencia social en la red.

El caso es que mi hermano estaba muy convencido de todo, y yo no dejaba de preguntarme qué era lo que se le pasaba por la cabeza para que los mejores abogados de la ciudad le llevasen el caso así por las buenas, aunque obviamente conoció a Eric, lo que no sabía yo era de lo que habían hablado ni las razones que le había dado este de por qué lo estaba ayudando.

Eran las once de la mañana, momento en el que me disponía a grabar un vídeo para que me sirviera de Reel para el lunes con la apertura y que pensaba poner en promoción para que llegara a más gente, cuando llamaron a la puerta para entregar un paquete a mi nombre que, si no pesaba diez kilos, no pesaba ninguno. Yo no esperaba nada más, por lo que mi sorpresa fue enorme al descubrir que contenía un montón de productos de colores en miniatura para transportar en cabina y poderlos pasar por el control policial.

Champús, geles, pasta de dientes, colonias con fragancias frutales de todo tipo…tenía un cargamento ante mí que no sabía de dónde había salido pero que iban a ser la hostia para venderlos a euro para la gente viajera.

Me puse a investigar por internet y muchos las usaban también para regalarlas como detallito en los pedidos grandes. Sí, algo me decía que en esto tenía que ver Eric y no me equivocaba.

Coloqué todo en las estanterías que me quedaron libres y ya estaban completas y más llamativas aún. Estaba deseando hacer otro Reel para enseñar lo nuevo y, además, tenía que añadirlo al stock de la web que era muy fácil de usar.

Le envíe un mensaje al susodicho.

Gala: *¿Tienes algo que ver con la caja de productos en miniatura que me ha llegado?*

Eric: *Es un regalo para que comiences más fuerte aún. Estoy seguro de que será todo un éxito. ¿Te apetece cenar por ahí?*

Gala: *Gracias por el detalle que has tenido. Me gustó muchísimo.*

Eric: *Por favor, vamos a cenar, podemos hablar desde la calma.*

Gala: *Saca a mi hermano de la cárcel y voy contigo hasta al Caribe.*

Eric: *Prométemelo.*

Gala: *Te lo juro por mi vida, eso sí, pagas tú.*

Eric: *Dalo por hecho, pero no estaría mal que fuésemos a cenar por ahí, creo que nos merecemos hablar.*

Gala: *Y me cuentas la verdad de todo…*

Eric: *Siempre.*

Gala: *Recógeme en la barriada a las nueve, pero en mi misma puerta.*

Eric: *No hay problema por eso.*

Estaba loca por verlo, esa era la realidad, pero también me ponía de lo más nerviosa estar ajena a todo lo que se planificaba a mi alrededor y es que estaba cogiendo una paranoia brutal con todo lo que se me movía a mi alrededor, hasta de Saura estaba comenzando a despegarme en cierto modo.

Gala: *Por cierto, cuida a mi madre si no quieres que salga ardiendo tu oficina.*

Eric: *Tranquila, jajaja. Estoy muy pendiente de que esté cómoda. Es una gran mujer.*

Gala: *Pues a ver si contratas a mi padre que también está dobladito de las obras, jajaja.*

Si es que yo era bipolar, todo esto me estaba volviendo loca, lo quería coger por el cuello, pero a la vez necesitaba estar con él.

Llegó mi madre a las tres y pico de la tarde y yo ya tenía puesta la mesa para los tres ya que mi padre la mayoría de los viernes solo trabajaba hasta mediodía.

En el momento que nos sentamos solté la bomba como la que no quiere la cosa.

—Mamá, a las nueve viene tu jefe a recogerme para irnos a cenar.

—Y será verdad —dijo inocentemente y ajena a todo.

—Ya te digo que sí.

—¿Y aquí va a entrar ese hombre con los cochazos que lleva?

—Ajá, hasta la misma puerta.

—Hija, por Dios. —Se echó a reír—. ¡Qué cosas tienes!

—Bueno, luego lo veréis, podéis hasta bajar a saludarlo.

—No tengo yo otra cosa que hacer —dijo mi padre causándonos una carcajada.

Mi madre como que no se lo creyó y mi padre como que pasaba de todo, para él era fin de semana y le tocaba disfrutar de su sofá, ese que tanto le gustaba.

Me metí en mi cuarto en el que había una explosión de olores de lo más rico. Me senté en el poyete de la ventana para fumarme un cigarrillo y que el humo fuese hacia fuera. Luego me eché a dormir una siestecita que para mí eso era como el pan de cada día. Sin siesta, no había vida.

Cuando me levanté me encontré con que mis abuelos estaban merendando en casa. Estaban un poco más animados porque con lo del nuevo abogado que les había explicado mi madre, ellos querían creer que todo se solucionaría antes.

—Gala, que le he dicho a la abuela que esta noche sales con mi jefe —dijo mi madre, pero en broma porque aún no se lo creía.

—Lástima que no me invitó a mí —murmuró mi abuelo.

—Oye, que, si os vais y os arregláis rápido, os podéis venir con nosotros —bromeé pensando que sería un punto el hecho de aparecer con ellos.

—Para salir estoy yo —dijo mi abuela riendo, pero con tristeza ya que lo estaba pasando francamente mal.

—Bueno, pues yo hoy me tomo unas copitas a vuestra salud y asunto arreglado.

—Con mi jefe. —Se le escapó una sonrisilla a mi madre que cada día la veía más sonriente.

—Sí, mamá, con tu jefe. —Volteé los ojos—. Es más, le voy a exigir que te dé los lunes libre por méritos propios.

—Mejor los viernes, hija, siempre soñé eso, dejar de trabajar los viernes —dijo sin ser consciente de que yo no estaba bromeando en nada.

—Mejor le dices que le dé todo el mes libre y le traiga a casa los días uno el sueldo —murmuró mi padre causando que todos nos viéramos involucrados en una carcajada.

Me comencé a duchar, antes le había puesto un mensaje a Eric diciéndole que subiera a recogerme a casa ya que mi madre quería saludarlo. Se me acababa de ocurrir eso y solo de pensar en la cara que pondrían mis padres y abuelos al verlo entrar por el salón, me reía, eso no iba a tener precio. Para ellos que había quedado con alguna del barrio.

Aparecí en el salón y todos me comenzaron a echar flores en forma de piropos, momento en que sonó el timbre de la puerta y todos se miraron.

—Es tu jefe, ya abro yo —murmuré y los cuatros se echaron a reír pensando aún que todo era broma.

—Hola —sonrió y apretó los dientes.

—Tranquilo, están todos domados. —Me aparté para que pasara y le señalé al salón.

—Jefe, buenas noches —dijo mi madre con la boca abierta y casi sin voz. Los otros tres se quedaron tan en *shock* que no les salían las palabras.

—Buenas noches, a todos —murmuró Eric viendo la cara de cada uno de ellos.

—Hijo, que les dije que iba a cenar contigo y me tomaron por loca. ¡Ni que fueras Maluma!

—Bueno, no sé quién será ese Maluma, pero no creo que tenga que envidiar este chico a ningún otro hombre —le dijo mi abuela con todo su cariño.

—Gracias, señora.

—Así que tú eres el otro que es capaz de aguantar a mi mujer a parte de mí —bromeó mi padre.

—Es fácil, es una mujer muy responsable.

—No te digo de tomar algo porque lo único que puedo ofrecerte es un café, cola cao, zumos y agua. —Me encogí de hombros.

—Hija, también hay cervezas sin alcohol.

—¿Sin alcohol le quieres dar a este? Qué poco conoces a tu jefe. —Me reí y mi madre me miró a modo reprimenda—. Anda ven, que te voy a enseñar mi tienda. —Eric los miró sonriendo y me siguió.

—Esto va a triunfar, llamará mucho la atención de las jovencitas porque son tonos muy llamativos.

—El lunes a las ocho de la mañana te quiero con tu móvil haciendo un pedido a través de la aplicación, que quiero hacer un vídeo preparando el primero, además que eso invitará a que más gente me compre.

—Prometido, te haré un pedido y se lo regalaré a mi hermana. Pondré su dirección.

—¿Tienes una hermana?

—Sí —sonrió—. Tiene ocho años menos que yo, es decir, que tiene treinta años. No nos hablamos desde que hizo la comunión más o menos. —Volvió a sonreír—. Se enamoró de un marroquí y se fue a vivir a las montañas del Reef como si de una bereber se tratase.

—¿Se enamoró cuando hizo la comunión?

—No. —Echó una carcajada—. Es un decir que desde la comunión apenas nos hablamos, vamos, que nos hemos llevado mal toda la vida. Conoció a Reduán hará como cinco años y se convirtió al islam. Este hombre es de campo, de ahí, que se les diga bereber, son indígenas del norte de África.

—¿Y no regresó más?

—No.

—¿Y tú has ido a verla?

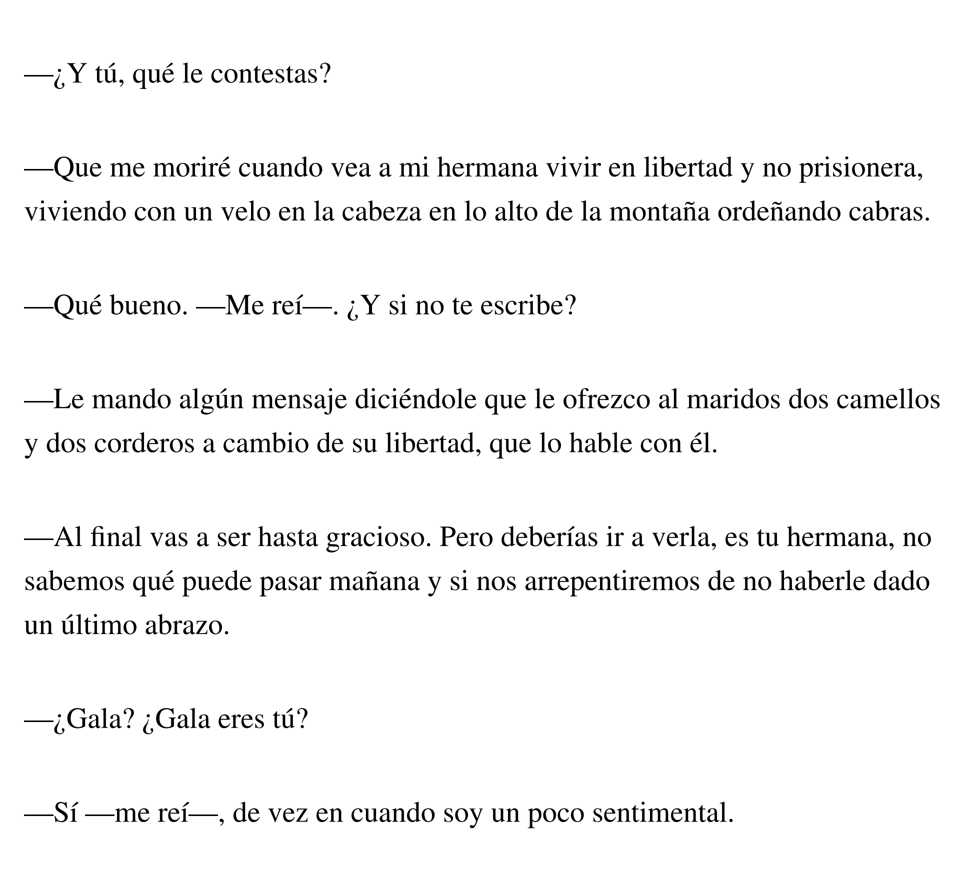
—No, no, me niego por completo. ¿Qué pinto yo en lo alto de un monte lleno de cabras? —Reía—. Tenemos códigos para saber que estamos bien.

—¿Qué tipo de códigos?

—Ella, de vez en cuando, me manda un mensaje tipo, «¿No te has muerto?»

—¿En serio?

—Sí, es una manera de asegurarse de que estoy bien.



—¿Y tú, qué le contestas?

—Que me moriré cuando vea a mi hermana vivir en libertad y no prisionera, viviendo con un velo en la cabeza en lo alto de la montaña ordeñando cabras.

—Qué bueno. —Me reí—. ¿Y si no te escribe?

—Le mando algún mensaje diciéndole que le ofrezco al maridos dos camellos y dos corderos a cambio de su libertad, que lo hable con él.

—Al final vas a ser hasta gracioso. Pero deberías ir a verla, es tu hermana, no sabemos qué puede pasar mañana y si nos arrepentiremos de no haberle dado un último abrazo.

—¿Gala? ¿Gala eres tú?

—Sí —me reí—, de vez en cuando soy un poco sentimental.

Nos despedimos de mi familia que aún seguía en *shock* y mi madre me hacía gestos de que por Dios me contuviera de liar nada y me comportase. Podía interpretar su mirada como si sus labios pronunciaran cada una de esas palabras.

Capítulo 14



Nos montamos en el coche que ya estaba rodeado por un montón de niños del barrio, unos tirándose fotos alrededor y otros grabando vídeos de bailes que se han hecho virales, y que todos copian.

—¡Qué guapo el coche! —le dijo Matías, un vecino de unos diez años.

—A estudiar y a trabajar duro para que el día de mañana puedas tenerlo —le contestó Eric sonriente.

—Pues no tienes tú mucha pinta de haberte roto las espaldas —le contestó Kevin, que este sí que tenía quince años y mucha guasa.

—El día que dejéis de relacionar el trabajo duro con el esfuerzo físico, lo entenderéis todo —dijo antes de cerrar la puerta.

—Así me gusta, haciendo amigos en mi barrio —murmuré con ironía mientras me abrochaba el cinturón.

—Son unos maleducados.

—Te recuerdo que estás en mi barrio, no en La Moraleja.

—Y yo solo les recuerdo que hay vida más allá del barrio, y que no estaría

mal darse un paseo para encontrarse con la realidad.

—Te estás buscando que me enfade.

—¿Cuándo has dejado de estarlo? —Se reía.

—Por cierto, ¿a dónde vamos?

—A mi casa, y esta vez no te voy a dejar marchar ni de mal humor ni por una urgencia.

—Te redecoro todo el interior.

—Lo que te dé tiempo hasta que te ate.

—Me tiro del coche.

—Está el cierre de seguridad puesto.

—¿Y por qué aguantas la risa? Ríete, si no es para menos, te crees que tú a mí me vas a poder retener contra mi voluntad. Se nota que no me conoces.

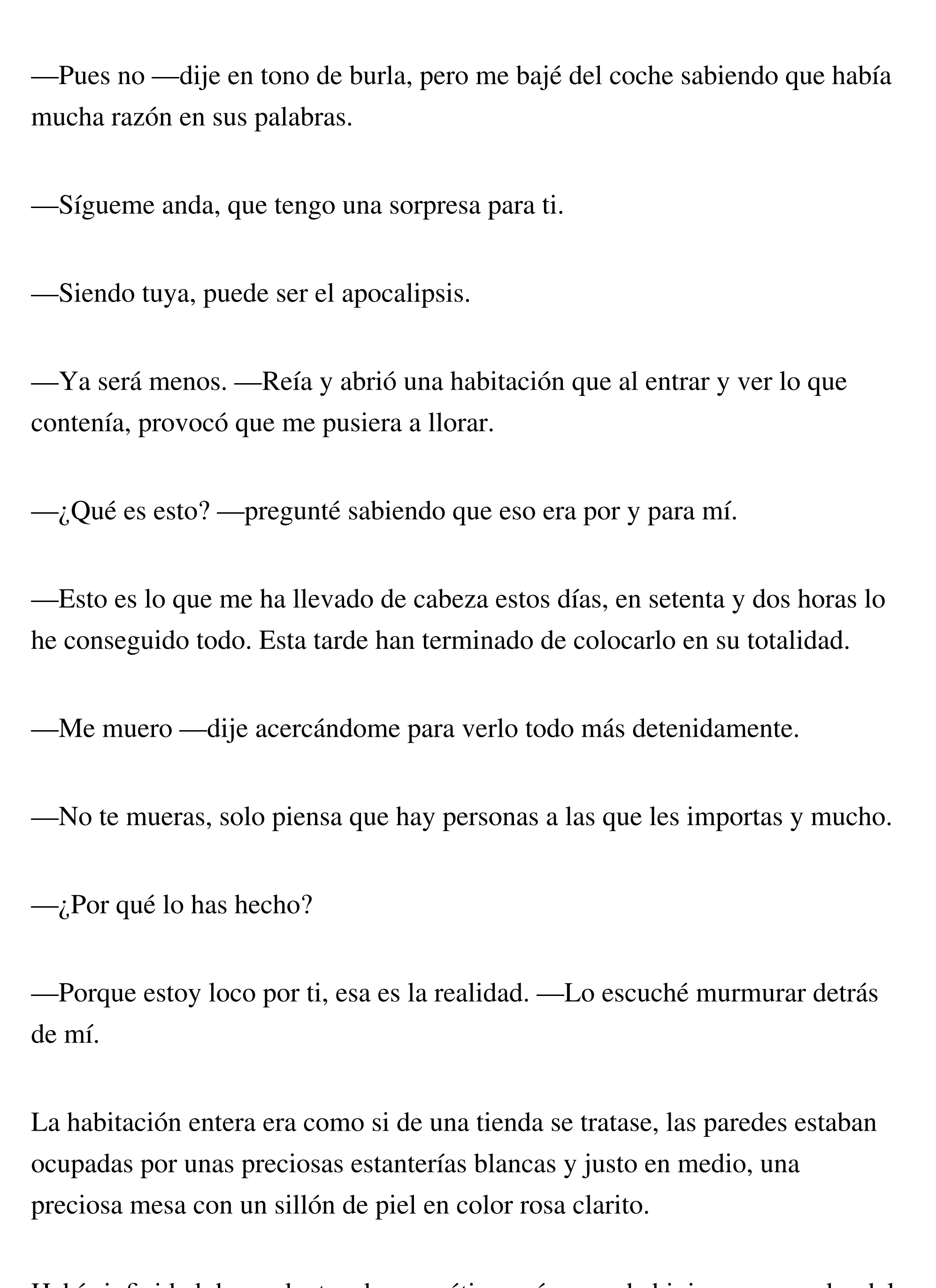
—Cada día más.

—¿A sí? ¿Y cómo soy? —pregunté mientras él echaba el freno de mano ya en el interior de su jardín, donde había una garaje.

—Eres una rebelde con el corazón más sensible del mundo. Y cuando amas, proteges a pesar de tus miedos.

—¿A qué viene eso?

—Te ha cambiado la cara porque tengo razón.



—Pues no —dije en tono de burla, pero me bajé del coche sabiendo que había mucha razón en sus palabras.

—Sígueme anda, que tengo una sorpresa para ti.

—Siendo tuya, puede ser el apocalipsis.

—Ya será menos. —Reía y abrió una habitación que al entrar y ver lo que contenía, provocó que me pusiera a llorar.

—¿Qué es esto? —pregunté sabiendo que eso era por y para mí.

—Esto es lo que me ha llevado de cabeza estos días, en setenta y dos horas lo he conseguido todo. Esta tarde han terminado de colocarlo en su totalidad.

—Me muero —dije acercándome para verlo todo más detenidamente.

—No te mueras, solo piensa que hay personas a las que les importas y mucho.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque estoy loco por ti, esa es la realidad. —Lo escuché murmurar detrás de mí.

La habitación entera era como si de una tienda se tratase, las paredes estaban ocupadas por unas preciosas estanterías blancas y justo en medio, una preciosa mesa con un sillón de piel en color rosa clarito.

Había infinidad de productos de cosmética, así como de higiene personal y del hogar, todos con mi logo grabado en las etiquetas, los había mandado a hacer personalizados, comprando marcas blancas para esto y así consiguiendo crear mi propia línea. Todos los productos estaban en varios colores para poder montar lotes en la misma gama.

—¿Te cuento mi plan mientras cenamos en la terraza del sótano donde nos espera una deliciosa comida asiática?

—Claro —sonreí, sin poder dejar de mirar cada estantería mientras iba saliendo de aquella habitación que se había convertido en mi lugar favorito.

Si la habitación me había impresionado, esa mesa, preparada para cenar, decorada con unas velas y unos platos de lo más vistosos y cuidados, también me dejó sin palabras.

Mientras Eric nos servía dos copas de vino, yo no podía dejar de darle vueltas a la cabeza y hacerme la misma pregunta, «¿a qué venía todo esto?»

—Por tu futuro profesional, estoy seguro de que llegarás allí donde te propongas.

—Pero no pretenderás que venga a preparar paquetes aquí.

—De eso precisamente quería hablarte…

—Sorpréndeme un poquito más. —Me reí como si no hubiera tenido ya bastante.

—Te propongo que todo lo que hay en mi casa junto con lo que hay en la tuya, lo instales en el que era tu despacho, sabes que es lo suficientemente grande, y, además, la sala contigua, que sabes que está vacía, se puede anexar para que no te falte espacio. Me encantaría que ejercieses tu trabajo allí y, para no tener problemas, meteré un epígrafe más en mi empresa a fin de que sea legal.

—Pero el negocio es mío.

—La parte de ese negocio será completamente tuya, pero gestionándose en las

instalaciones de mi empresa. Eso mi asesor lo pondrá todo en orden.

—¿Y tú, qué ganas con todo esto?

—Demostrarte que tengo sentimientos serios por ti y que me importas más de lo que crees.

—¿Y si no me convences?

—Tú acepta y deja que yo haga mi parte. Te prometo que no me meteré en nada.

—Allí entra mucho sol y puedo hacer unos vídeos alucinantes.

—Pueden quedar preciosos, y, además, puedes preparar los pedidos y que venga el mensajero a la oficina una vez al día para recoger los envíos. Si te digo la verdad, la oficina está muy vacía sin ti.

—Con una condición…

—A ver qué me sueltas. —Carraspeó mientras cortaba el rollito de primavera que yo ya estaba comiendo, y estaba de lo más delicioso.

—Quiero un contrato que diga que no me puedes echar en dos años, el tiempo para que, si me funciona la cosa, me dé lugar a buscar mi propio local.

—Trato hecho… —Extendió su mano por encima de la mesa y se la apreté acordando nuestras palabras.

—Todo esto me parece de lo más extraño, te lo juro, Eric.

—Hay muchas cosas que no sabes…

—¿No me digas? —La ironía iba por delante.

—No seas tonta. —Reía—. Me refiero a que si te lo contase lo entenderías todo.

—¿Y por qué no me lo cuentas?

—Porque estoy protegiendo a la persona que más quiero en el mundo.

—¿A tu mujer?

—Sabes que no estoy casado, que la mujer que viste es la ex de Mark, así que por ahí no vayas —sonrió—. Es otra persona, que además me está llevando de cabeza y no es una mujer.

—¿Eres gay? —pregunté esperándome ya cualquier cosa.

—No —sonrió—. Ojalá fuera eso y no lo que estoy soportando…

—Si tanto interés tienes por que esté a tu lado y dices que soy muy importante para ti, ¿qué haces que no te sinceras y me cuentas todo para que comience a comprender las cosas?

—¿Tienes el vídeo del día en que te atropellé?

—Sí, en mi correo tengo una copia.

—Ponlo y lo vemos juntos.

Lo busqué y lo puse en medio de los dos.

—¿Qué quieres que vea?

—¿Dónde estoy yo?

—Se ve la esquina del coche atropellándome.

—Montasteis tal circo que no os distéis cuenta de lo que realmente pasaba, y no era precisamente que yo hubiese bebido, que no lo había hecho.

—¿Qué me quieres decir? A mí no me líes, a ver si todo esto es para sacarme una confesión que te limpie el culo. Aquí se ve cómo te acercas a nosotras y además el coche era tuyo.

—Sí, hasta ahí coincido contigo. Sin embargo, no era yo el que conducía. Yo estaba esperando, a punto de recoger mi coche que lo traía otra persona, que salió corriendo y que vosotras no visteis.

—¿Y por qué te comiste la responsabilidad?

—Si la policía hubiese intervenido, se habrían pedido las grabaciones de las cámara de seguridad de la gasolinera y seguramente también del hotel que había enfrente, y se hubiese descubierto que quien conducía era mi hijo.

—¿Tienes un hijo? —pregunté asombrada.

—Sí, lo tuve con diecinueve años, fruto de una locura de una noche, el mayor dolor de cabeza de mi vida y el que me llevó a tenerte callada a toda costa. Creí que te odiaba por estar en ese momento ahí que él iba a ponerse a un lado y no vio bien por el estado en que estaba, pero la realidad es que me he ido enamorando de ti.

—A ver, vayamos por partes. ¿Le dejaste el coche a un hijo irresponsable?

—No, resulta que lo cogió de mi garaje, por supuesto, sin permiso, porque no tenía carnet y no se le ocurrió otra cosa que subir unas fotos a las redes. En cuanto me saltó la notificación de que las había subido, le llamé diciéndole que viniera a darme el encuentro donde estaba tomando una copa con unos

amigos y que me devolviera el coche inmediatamente.

»Ahí fue cuando pasó todo, era él quien iba al volante, además, sin carnet y para rematar bebido. Tiene ya antecedentes penales, con lo cual, si lo pillaban iba a ir directamente a la cárcel.

»Por eso, lo mismo que lo salvé de dar con el culo entre rejas, estoy ayudando para sacar al tuyo. Es empatía y comprender, que no tienes la culpa de nada, aunque eso sí, ágil fuiste para pedir las condiciones. —Carraspeó para disimular la tristeza que tenía en ese momento.

—¿Y la madre del niño?

—Nunca fue una madre presente, me tuve que hacer cargo yo con la ayuda de mis padres, hasta que fallecieron. Nos lo ha puesto todo muy difícil, podría perfectamente estar trabajando conmigo, pero es un rebelde sin causa y todo lo hace del revés, no deja de meterse en problemas y darme un dolor de cabeza tras otro. Ahora vive en una autocaravana vieja que no funciona, en un campo abandonado con unos amigos.

—Verás que al final me vas a caer bien.

—Al principio te veía como una niñata de barrio con menos luces que mi hijo, pero te juro que fui viendo, poco a poco, todo lo bonito que hay en ti.

—Y tan poco a poco, dos años en los que por poco nos matamos. Si supieras que con solo una confidencia me estás haciendo entender todo —me emocioné.

—Este es mi hijo. —Extendió su mano dándome el móvil—. Puedes ir pasando hacia un lado, es una carpeta con fotos de los dos juntos desde que era un recién nacido.

—Se parece mucho a ti.

—Será solo en lo físico, porque en la responsabilidad bien poco.

—Imagino lo que estás sufriendo, mi hermano también fue un niño muy complicado pero mis padres lo taparon mucho.

—Muchas veces es muy difícil el papel que tenemos que desempeñar cuando cada joven es un mundo, y no tenemos los mecanismos suficientes como para saber actuar.

—Jo, estoy conociendo una parte de ti que me está enterneciendo.

—Pues ya verás cuando me conozcas bien, soy un tipo que solo quiere paz en su vida por lo que evito, a toda costa, los conflictos. No salgo tanto como te piensas y mi vida se resume en trabajar y estar en casa.

—Y aguantar dos petardas en tu oficina.

—No son tan petardas ni tan pijas como las has pintado. Tienes que reconocer que te incorporaste al equipo y entraste como si fueras la directora adjunta.

—¿Ya las estás defendiendo? Pues Manuel y Guillermo no son tan toca pelotas.

—Ellos van a lo suyo, tienen más edad y no se meten en nada. Se encierran en sus despachos a trabajar y no quieren saber nada de los conflictos que se cuecen en los pasillos.

—Pues yo te digo que no soy ninguna santa, pero esas dos tampoco es que estén muy bendecidas.

—Me encantas cuando me lo dices en ese tonito y no en el chulesco que siempre sueles utilizar.

—Hoy me has puesto sensible…

—Confío en ti, Gala, confío en que podamos comenzar de cero. Aunque no lo sepas, todo este tiempo has sido la que más me has sacado de quicio en la empresa, pero también la que más risas me has provocado. El día que se te ocurrió poner una foto de mi cara con el cuerpo de Spiderman en el pasillo colgada, aunque me enfadé y la quité, al llegar a mi despacho no te puedes hacer una idea de lo que me llegué a reír. Solo a alguien como tú se le ocurren esas cosas.

—Encima que te hice héroe por un rato. —Volteé los ojos.

—Me has hecho empatizar mucho contigo, al principio te veía como una niñata más, parecida a mi hijo, pero luego me fui dando cuenta de que tienes arranques y cosas de una persona llena de inocencia camuflada por su mala boca.

—¿Niñata? Seré de barrio, pero nunca he robado ni un chicle ni han ido a buscar a mis padres porque haya hecho nada malo. Es más, para ser sincera poco justa fue mi madre conmigo y muy suave con mi hermano, que se merecía dos bofetadas que lo regresaran a la realidad de la vida.

—Y, por cierto, de Saura ya hablaremos…

—¿Qué sabes que yo no sepa?

—Te mintió en todo y está detrás de algo de lo que se tramó para que cayera tu hermano, que fue un cabeza de turco para tapar todo lo que venía detrás.

—Últimamente dudo de ella, no te voy a mentir, pero ha sido mi amiga toda la vida, para lo bueno y lo malo.

—Ya, pero a veces, las cosas no son como uno cree y las personas son capaces de llevar una doble careta para según con quién se junte.

—Pero lo de Mark…

—Lo de Mark no es, ni como te lo conté yo, ni ella, ni nada. He podido ver el vídeo completo, y si no tengo la parte que falta, no es porque él salga quitándole el dinero y ella lo recupere, es más, es una mentira suya lo de los veinticinco euros, si ves bien las imágenes, se ven más billetes y no son ni de veinte euros ni cinco, precisamente. Lo que se ve con anterioridad es que… Saura le está haciendo una felación a Mark.

—¿Me estás hablando en serio?

—Te lo demostraré en otro momento, ahora estamos comiendo. Lo que quiero decirte es que estamos tirando del hilo y tu amiga está tan implicada como esos dos chicos. Además, ya vienen tonteando y viéndose desde hace tiempo.

—Normal son del barrio.

—Va mucho más allá de conocerse del barrio…

—Si Saura hizo algo que perjudicó a mi hermano, te puedo jurar por mi vida que se lo haré pagar como no se lo puede ni imaginar.

Estaba claro que, si todo lo que me había contado Eric era verdad, a lo que debo añadir que ahora lo había visto de lo más sincero del mundo, me encontraba ante una persona que movía todos mis sentimientos a la vez que yo, sin creerlo, estaba moviendo los suyos.

Capítulo 15



Tras la cena, Eric preparó unos *gin-tonic* y puso una bandeja de dulces en miniatura de lo más variada y colorida.

—Jo, que buena pinta tiene todo. Hoy te estás ganando todos los méritos del mundo.

—Con ganarte a ti, me vale.

—Y a tu hijo y a tu hermana, a esos te los tienes que ganar.

—Por mi hijo no sé qué más hacer, sabe que tiene las puertas abiertas para volver y que no dudaré en ayudarlo para que tenga un buen futuro, pero no quiere; y mi hermana, bueno, a pesar de todo, estamos ahí el uno para el otro, aunque no nos veamos.

—Cuando nombras a tu hijo, se te pone la cara de lo más triste.

—Duele mucho, un hijo duele mucho.

—Bueno —le cogí la mano y la metí entre las mías mientras se la masajeaba—, quiero que sepas que hoy me has ganado, y mucho. Las verdades, aunque duelan, a veces hay que decirlas. Estoy aquí dispuesta a comenzar de cero y quiero agradecerte lo que estás haciendo por mí y mi familia. Solo te falta mi

padre para terminar de hacer la obra de caridad —murmuré y nos reímos.

—Eso ya lo tengo pensado, por supuesto que lo ayudaré a que tenga un trabajo más descansado. Lo pondré como jefe de una de las cuadrillas que tengo para reformar las casas que me quedo de algunas inversiones.

—¿En serio?

—Por supuesto. —Con su otra mano me acarició la mejilla.

—Hoy te estás ganando un polvo.

—Con que duermas junto a mí abrazada, ya me doy por satisfecho.

—¡Qué mono! —Lo rodeé por la cintura y apoyé mi cabeza sobre su pecho—. Jo, esto no puede ser cierto. ¿Eres un ángel?

—Quiero ser tu ángel. —Se acercó a mis labios y me besó consiguiendo que me erizase por completo.

Me gustaba este Eric sentimental y con esa pizca de romanticismo. Que sí, que seguía confundida, pero, estaba teniendo unos detalles conmigo y con mi familia que estaba siendo como dije, nuestro ángel.

—¿No deberías avisar a tus padres de que pasarás la noche conmigo?

—Uy, si hago eso se pensarán que pasa algo. Nunca aviso. —Me reí—. De todas maneras, ¿estás seguro de querer pasar la noche conmigo? —Carraspeó.

—Y el resto de mi vida, pero eso me lo ganaré poco a poco.

—A este paso te lo ganas del tirón. ¿Te confieso una cosa?

—Claro, por favor —dijo mientras ponía un mechón de mi pelo detrás de la

oreja.

—La noche que intimamos, de la que me fui corriendo por el mensaje que me envió Saura, haciéndome creer luego que me habías grabado en vídeo para chantajearme, me enfadé y decepcioné tanto, que pensé en hacerte una putada de unos meses.

—Algo me dice que me vas a sorprender. —Carraspeó levantando la ceja.

—Pues te iba a decir que se me había olvidado tomar la píldora y que estaba embarazada. —Me eché a reír.

—Lo mismo hasta me hubieras dado una alegría y me hubieras tenido por un tiempo estando muy pendiente a ti.

—¿Sí?

—Claro…créeme cuando te digo que eres muy importante para mí.

—Pero soy de barrio y no tengo ni tu poder adquisitivo, ni los modales y, ni mucho menos, la cultura que tú tienes.

—Eres mi «barriobajera» favorita. —Se rio acariciando mi barbilla—. Tienes modales cuando quieres y lo de la cultura, todo se puede ir aprendiendo y cogiendo conocimientos con el tiempo. Temas que desconocías si te pones a indagar terminas entendiendo, eso, por poner un ejemplo.

En ese momento le sonó el teléfono y vi que era su hijo, que por cierto, se llamaba igual que él.

—Dime, hijo…

—Papá necesito que me hagas un Bizum de trescientos euros, estoy pelado. —Lo escuché claramente al habernos quedado en silencio.

—¿Cuándo piensas trabajar?

—Papá, si cada vez que te voy a pedir algo me vas a estar presionando para que haga lo que te dé la gana, me lo voy a pensar la próxima vez.

—Eso dices siempre.

—¿Me lo vas a mandar ahora?

—¿Qué urgencia tienes para pedírmelo a estas horas y de manera inminente?

—Es para hacer una compra de comida, estoy un poco tieso, pero también para comprarme unas cervezas para esta noche.

—Eric…

—Vale, tengo que pagar una cosa, si no lo hago hoy se va a poner fea la cosa.

—Estoy muy harto, Eric, estoy muy cansado de que sigas viviendo de esa manera. Ya hablaremos.

—Pero házmelo.

—Ahora te lo hago.

Su cara era de enfado, pero estaba tecleando algo en el móvil y vi que le estaba enviando el Bizum.

—¿Crees que le estás haciendo un favor a tu hijo? Haciendo eso lo que estás consiguiendo es facilitarle más las cosas para que siga llevando esta vida y no haga ningún cambio.

—Lo sé, pero si no lo hago, no duermo. —Soltó el aire.

—Puedes comprarle un avión o darle mil euros al día a tu hijo si así lo deseas, pero eso solo se debe hacer cuando estás ante un hijo, que a pesar de tenerlo todo, es una persona responsable; pero darle alpiste a un pájaro que no quiere volar, es hacer que se quede en el mismo lugar.

—He intentado ayudarlo y motivarlo de mil maneras, pero no hay forma.

—Esa clase de ayuda, no funciona. —Le acaricié la espalda ya que lo veía muy cabizbajo.

—Mi vida es una mierda, aunque no lo creas, estoy supervacío. Lo de mi hermana, aunque me lo tome a broma, me duele mucho ver que de algún modo está privada de libertad y luego, lo de mi hijo, que he intentado de mil manera diferentes que quiera ser algo en la vida, pero me lo pone muy complicado. Es desesperante.

—Me están dando unas ganas de llevarte a hablar con tu hermana, que no te lo imaginas. Que yo soy capaz de llegar a Marruecos y poner orden —dije consiguiendo que se riera—. Y luego me cuelo en el campo ese y traigo por los pelos a tu hijo y lo amordazo hasta que entre en razón.

—Muy violenta me has salido tú. —Me abrazó y besó mi sien.

—No me gusta verte así, hoy me estás sorprendiendo muchísimo, demasiado, diría yo, pero casi que prefiero la versión que tenía en mi mente de ti que la de ahora que sé que estás sufriendo un montón.

—Tú abrázame toda la noche y dame todo ese amor que necesito.

—Eric —se me hizo un nudo en la garganta—, para nada te esperaba así.

—¿Así cómo?

—Tan tierno y dulce.

—Tengo mi parte de demonio. —Carraspeó.

—Lo sé, doy fe. —Me reí y luego besé sus labios.

Nos fuimos a su habitación, me metí en la cama en ropa interior ya que la temperatura estaba perfecta, estábamos a principios de verano. Nos abrazamos y besamos un buen rato antes de quedar dormidos por completo.

No eran ni las nueve de la mañana de ese sábado que amanecí en su casa, cuando vi en mi móvil que tenía nueve llamadas perdidas de mi madre desde las seis de la mañana que habían empezado. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

Eric me miraba esperando que hiciera esa llamada para descubrir qué pasaba.

—Mamá —dije cuando sentí que descolgaba el teléfono.

—Hija, qué susto más grande por Dios.

—¿Qué pasa?

—Papá, que se desplomó por completo y la ambulancia tardó mucho en venir. Ya está bien, dicen que tuvo una bajada de tensión muy grande.

—¿Dónde estáis?

—En el hospital, la doctora nos ha dicho que en un ratito le darán el alta en urgencias, y ya cogeremos un taxi para casa.

—Vamos para allá —me dijo Eric que se estaba enterando de la conversación y se levantó precipitadamente.

—Mamá, vamos para allá.

—¿Estás con Eric todavía? —preguntó extrañada.

—Sí, me quedé en su casa a dormir porque era muy tarde. Ya salimos.

—Vale, hija, pero con cuidado que está todo bien.

Preparamos un par de cafés para el camino y los echamos en unos vasos desechables. Llegamos al hospital en menos de veinte minutos.

Abracé a mi madre que estaba tomando un café fuera y la pillé con algo que jamás hubiera imaginado.

—¿Qué haces fumando, mamá? —pregunté extrañada mientras Eric le daba dos besos.

—Hija, de vez en cuando me fumo un cigarrito, hoy me apetecía.

—Jamás te vi fumar y siempre me reprochaste que yo lo hiciera.

—Yo me puedo fumar tres cigarrillos al mes y a ti te dura una cajetilla dos días.

—Bueno, ¿qué tal está su marido? —interrumpió Eric para que no siguiéramos recriminándonos nada.

—Le han hecho pruebas hasta del corazón para descartar, pero fue algo puntual y dicen que puede ser por muchas causas, pero nada preocupante. Eso sí, le van a poner una medicación para controlar la tensión durante un tiempo.

—Menos mal que solo quedó en un susto.

—Sí, Eric.

Cuando le dieron el alta a mi padre nos fuimos hacia mi casa donde ya estaban mis abuelos esperando con el café recién hecho y las tostadas para desayunar.

La gracia es que yo sabía que a mis abuelos les había sorprendido que yo siguiera con la misma ropa de la noche anterior y con Eric de nuevo, pero obvio que no iban a decir nada porque eran muy prudentes, pero seguro que algo gracioso debían de estar pensando.

Le conté a todos que Eric me había ofrecido mi antiguo despacho para poner mi tienda allí y trabajar más cómodamente.

—Con la «pechá» de montar muebles que me he dado —dijo mi padre causándome una risilla.

—Peor fue la que montó Eric en su casa. El caso es que queremos llevar todo lo de mi cuarto hoy, hablo de los productos, los muebles me los quedo dado que con los de Eric me llega bien si lo pongo todo bien ordenado. Mañana unos trabajadores suyos llevarán lo de su casa a la oficina y lo montarán todo, para poder poner en marcha ya la tienda.

—Eres muy bueno, Eric —le dijo mi abuela con un tono de lo más adorable.

—Nada que su nieta y familia no se merezca.

Metimos todos los productos en cajas después de cambiarme de ropa y luego decidimos ir a la suya y hacer lo mismo, para que al día siguiente solo tuvieran que transportar los muebles. Dejamos todo en mi despacho listo para ponerse manos a la obra al día siguiente. Estaba de lo más emocionada.

Nos despedimos cuando me dejó en casa quedando en vernos a la mañana siguiente en la que yo llegaría a la par que mi madre. La sorpresa que se


llevarían las niñas, iba a ser de lo más apoteósica.

Capítulo 16



Decir que Eric era un fuera de serie, era quedarse a años luz de la realidad…

Después de desayunar con mi madre en casa nos dirigimos a la oficina, donde las niñas me recibieron dando hasta saltitos y aplaudiendo de lo más emocionadas. Si ellas hacían bien el papel, mejor lo hacía yo que me puse de lo más efusiva a explicarles todo. Cosa que llevó a Lara a decir algo que no me esperaba.

—Con razón han terminado de montar muebles en el que era tu despacho.

—¿Ya están montados? —pregunté sorprendida y alucinando con la rapidez con la que hacía y deshacía todo Eric.

Me dirigí hacia el despacho y cuando lo vi tan bonito todo montado y con tanta luz, casi me echo a llorar.

Abrí la página de compras tal y como anuncié, y me puse a colocar todo para luego grabar un primer vídeo con una compra que me iba a hacer no solo Eric, sino también las chicas que estaban esperando nerviosas a que lo montara todo para que así yo las avisara y dejase entrar. A todos le prohibí que se asomaran hasta nuevo aviso. Hasta a Eric que estaba en su despacho en una reunión por videollamada y le mandé un mensaje.

En una hora tenía la tienda *online* más bonita de todas las que había visto y es que esos muebles en blanco eran los ideales para dar fondo a la uniformidad de los colores como yo lo había preparado.

Además, había una bandeja con más de treinta tipos de labiales mezclados para vender por paletas de color, de cada uno había veinte iguales. O sea, por quince euros yo saco una paleta de la caja y los labiales que toquen son los que se envían. Eso sí, si salían repetidos yo se los cambiaba por otros. Normalmente entraban como unos diez por paleta. Los labiales eran preciosos y con diferentes formas, los había como conchas o latas en miniatura que eran una verdadera cucada, eran para dar brillo e hidratación a los labios.

Cuando las chicas y mi madre entraron, se emocionaron mucho. Las tres comenzaron a pedirme cosas que yo se las preparé mientras grababa los vídeos para subir a la red.

Les preparé unas cajas tan monas que se fueron de lo más emocionadas, además que les metí unos regalitos dentro.

—¿Se puede? —preguntó Eric apareciendo por la puerta sonriente cuando me quedé sola.

—Sí, claro —sonreí feliz de que viera como había quedado todo.

—Es precioso, lo has colocado con mucho gusto.

—Debo decirte que vas a ser mi cuarto cliente y no el primero ya que las chicas se han comprado ya su paquetito y mi madre también. Entre las tres se han dejado cien euros. —Aplaudí emocionada.

—Bueno, me toca a mí.

—Mientras eliges, voy a revisar si por causalidad hay algún pedido.

—Claro, ¿puedo ir colocando en la bandejita?

—Puedes servirte —sonreí sentándome en mi sillón y mirando la aplicación por la web—. Eric, Eric, que tengo más de quince pedidos, me muero.

—No te mueras, pero te veo poniéndote las pilas.

—Qué fuerte y uno hasta de ciento ochenta euros, ¡qué fuerte, qué fuerte! el pedido más pequeño es de treinta y cinco. Estoy flipando. Me tengo que poner las pilas, pues a las tres vienen a por todos los paquetes que haya dado tiempo a preparar.

—Le puedo decir luego a Lara que venga a ayudarte.

—Sí, por favor, si se está rascando el coño que venga y me eche un cable.

—Esa boca. —Carraspeó.

—Estoy muy nerviosa. —Me eché a reír.

—Por cierto, mis asesores ya te están preparando todo el tema legal para que no haya ningún problema.

—Vale.

Eric se puso a llenar la bandeja con un montón de productos que decía que iba a poner en su baño para que yo los disfrutara. Me lo tenía que comer.

Lara se puso a ayudarme cuando este se lo dijo y, la verdad, que cuantos más pedidos montábamos, más entraban, me estaba hasta entrando ansiedad.

Cuarenta y cinco pedidos montamos para las tres de la tarde que vino el repartidor a recogerlos. Veinte aún había pendientes en la aplicación que ya esperarían a la mañana siguiente.

Mi madre se marchó un rato antes porque tenía que ir a comprar unas cosas que hacían falta para el mantenimiento de la oficina y yo me fui para casa de Eric a comer, lo seguí con mi coche ya que él iba delante con el suyo.

Estaba muy feliz de ver que mi negocio había comenzado a fluir y además que lo de las paletas de labiales había sido un éxito e iba a montar otro también de maquillaje variado.

Mientras comíamos miré la aplicación para ver cuántos pedidos había en cola, si bien a las tres había veinte, ahora a las cuatro y cuarto había veintiséis. Flipando en colores…

—Vas a necesitar a alguien contigo montando paquetes, no podrás sola.

—Lo estoy pensando, pero me da miedo que esto solo sea la novedad. Voy a esperar unos días.

—Estás subiendo de seguidores muy rápidamente y está gustando tu forma de empaquetar y vender el producto a través de los vídeos de algunas de las compras. Vas a necesitarla, yo había pensado en Lara si no la matas, a mí antes me era más necesaria y ahora no tanto.

—Lo hace bien y se ve que le gusta, pero no sé si será arriesgado contratarla ahora mismo.

—Bueno, estos días que te ayude y lo vamos hablando y se lo proponemos.

—Sí, ella me ayudará encantada, lo disfrutó mucho.

Cuatro días después, el viernes, Lara ya estaba contratada en mi tienda. Habíamos estado montando una media de setenta pedidos cada mañana, y aunque estábamos compenetradas e íbamos rápidas, raro había sido el día que no nos había quedado alguno para montar al día siguiente.

Como se suele decir, «todo iba viento en popa y a toda vela», y más, cuando esa misma mañana, Eric me había dicho que le había llamado su abogado para comunicarle que habían llegado a un acuerdo con el juez y ese mismo día dejaban en libertad bajo fianza a mi hermano.

Abracé a Eric muy emocionada dándole las gracias por todo lo que había hecho, no me había defraudado y había cumplido con su palabra. Busqué a mi madre para decírselo y me la encontré llorando porque el abogado también le había dado a ella la noticia.

Con dos cojones y como todo un hombre que era, Eric me dijo que lo siguiera y me llevó con él a recoger a mi hermano a la puerta de la cárcel, todo un gesto que decía lo que valía como persona.

Me abracé a mi hermano llorando cuando lo vi salir y este luego abrazó a Eric y de forma inmediata me di cuenta con el respeto que le hablaba. Era como si hubiera salido de la cárcel otra persona.

Aparecimos con él por la oficina y a mi madre casi le da algo. Lloraba abrazándolo como una niña pequeña.

A Lara y Mar les dije que acababa de regresar de un viaje de mucho tiempo. Eric aguantó la risilla al ver lo rápida que había sido para esclarecer el momento en la mente de esas dos chicas.

Lara estaba de lo más feliz con el cambio de trabajo y le gustaba muchísimo lo que hacíamos. La verdad es que estos días la había conocido un poco más y cada vez me caía mejor, al igual que Mar, que eran muchas las veces que se escapaba de la recepción para traernos un cafelito o hacernos una breve visita en la que terminábamos vendiéndole algo, aunque fuese de un euro. Estábamos disfrutando mucho de esta nueva etapa.

Comimos todos en casa para celebrar la llegada de mi hermano, donde no

faltó Eric, como no podía ser de otra manera. Y mi hermano, en ese momento soltó la bomba, diciendo que estaba fuera de la cárcel gracias a todas las gestiones y medios que Eric había puesto. De otro modo, seguiría allí al menos dos meses más que era cuando se creía que se celebraría el juicio.

Mis padres y abuelos se quedaron boquiabiertos, sin entender nada.

—Tenía el mejor jefe del mundo —murmuré para que entendieran la cosa como quisieran, pero sin tener que dar muchas explicaciones.

Mi padre se levantó emocionado y abrazó a Eric. Fue un momento que nos emocionó a todos, incluso derramamos unas lagrimillas. Y en ese instante aprovechó para transmitirle a mi padre que lo quería de jefe de cuadrilla y que en esta, quería a mi hermano de peón. Ahí sí que rompí a llorar. Lo más bonito es que mi hermano estaba agradecido por la oportunidad y deseando comenzar una nueva vida lejos de la que dejó atrás.

Después de comer y tomar un café, fui a mi habitación para preparar una bolsa de fin de semana para irme con Eric a su casa. Teníamos ilusión por pasar el finde juntos y ya había llegado el momento.

Fuimos a hacer una compra y no paré de meter chucherías en el carro. Parecía una niña pequeña con ansias de azúcar y chocolate por un tubo, lo peor es que Eric me animaba a hacerlo y cuando me veía mirando algo, lo cogía y añadía al carro. La de helado que llevábamos era de risa, podríamos tirar con ellos todo el verano. Lo bueno es que tenía un frigorífico y congelador americano que le cabía lo más grande.

—Joder, ¿a quién hemos matado? —pregunté cuando vi que en la pantalla de la caja ponía cuatrocientos doce euros. A la chica le salió una risilla.

—Las dos botellas de vino salen cada una setenta euros.

—Joder, Eric, que te has equivocado de botella.

—No —sonrió—, es la que me gusta.

—Pues sí que eres de gustos caros. —Tragué saliva. Menos mal que no era yo la que iba a pagar o me veía un mes con la barriga suelta.

Capítulo 17



Llegamos a su casa y colocamos toda la compra antes de ir a su habitación y colocar mis cosas dentro de su vestidor, en el que había una columna con huecos vacíos.

Después de cambiarme y ponerme cómoda con una camiseta a modo vestido, me tumbé en el sofá a su lado para descansar un rato. Momento que aproveché para mirar mi página y me eché las manos a la cabeza. El lunes íbamos a volvernos locas.

—Creo que voy a perder a tu madre también. La veo preparando paquetitos —murmuró mientras se le escapaba una risilla.

—Lo mejor de todo es que yo también la veo. Por cierto, he tenido que hacer un pedido gigante, me llega el martes.

—Eso es una muy buena señal. Te veo hecha toda una gran empresaria.

—¿Sí? —Me reí emocionada.

—No me cabe la menor duda.

Me abracé muy fuerte alrededor de mi ángel de la guarda y me quedé dormida, agotada por la semana tan intensa que había tenido.

Cuando me levanté, nos preparamos un café y casi me infarto al comprobar la de pedidos que había en cola, era evidente que el lunes me iba a quedar montando paquetes hasta las diez de la noche porque el fin de semana no había hecho más que empezar.

—Lara, tu madre… al final te veo teniendo que coger un local gigante y trabajando a puerta cerrada con diez trabajadoras dentro.

—Dios te escuche. —Junté mis manos y le causé una carcajada.

—Todo se andará, puedes contar con cualquiera de los locales que tengo en propiedad, pero eso sí, no me puedes abandonar, que solo pensar que te vas de mis oficina, ya me cuesta un mundo.

—No creo que esto vaya a llegar a tanto, eso sería soñar demasiado alto.

—Yo lo veo, y nunca fallo.

—Tú es que tienes un corazón de oro.

A mi madre sí que me la iba a llevar desde ya conmigo, que me hacía más falta a mí que a Eric que la metió por ayudar. Me hacían falta más manos y no había unas mejores que las de ella, que lo haría con tanto cariño o más del que ya lo hacía Lara, de la que cada vez estaba más sorprendida.

Antes de preparar la cena, decidimos hacer un bizcocho para acompañar el café de la tarde del sábado, nos apetecía pasar el rato haciendo algo juntos y qué mejor manera que con algo dulce. El problema es que de la masa que preparamos solo una parte fue al molde, la otra acabó sobre nuestros cuerpos. Empezamos a jugar metiendo los dedos en el bol y untándonos el uno al otro, terminando con el cuerpo cubierto de masa líquida. Entre risas y con el deseo en nuestras miradas, Eric me subió a la encimera y me fue desnudando poco a poco mientras iba lamiendo las partes que iba descubriendo. La temperatura

de nuestros cuerpos subió rápidamente, igual que nuestro deseo por lo que acabamos haciéndolo en la cocina de la manera más fogosa y sensual que os podáis imaginar. Nos quedamos exhaustos y con la respiración entrecortada, después de tantos días, no habíamos podido evitar devorarnos el uno al otro.



El sábado por la mañana mi hermano vino a la casa a desayunar con nosotros ya que lo había invitado Eric, con la intención de que pudiese sincerase conmigo. Saura lo había vendido junto a Pablo y Jhony, había hasta grabaciones en las que por poco entra como implicada, pero tanto ella como los otros dos se lo montaron muy bien y estaban del otro lado. Saura sabía que iban a joder a mi hermano, la muy hija de puta.

La cosa fue que mi hermano tenía que llevar unas placas de hachís al otro lado de la ciudad, y lo utilizaron de cabeza de turco, ya que dieron el chivatazo y aprovecharon el momento en que la policía fue a detenerlo para pasar un montón de droga en coches con total impunidad. Todo era una putada muy grande ya que lo habían utilizado por completo.

Me pidió que no liara nada ya que había una investigación abierta y no teníamos que hacer saltar la liebre. No podía contarle a Saura ni lo más mínimo de nada. El caso es que a mí se me iba a hacer muy difícil fingir que no pasaba nada, cuando en realidad lo que quería hacer era cogerla por el cuello y estrangularla.

Me encontré a un hermano arrepentido y con ganas de emprender otro rumbo. Lo del trabajo lo había llenado de vida y estaba deseando comenzar, además le vendría bien de cara al juicio.

Se marchó ya que iba a ir con mis abuelos a hacer la compra del mes y nos abrazamos felices de que todo, de algún modo, estaba empezando a cambiar en nuestras vidas.

—El fin de semana que viene quiero que vayamos a un sitio.

—¿A dónde? —me preguntó extrañado.

—A Marruecos, quiero que te reencuentres con tu hermana. Os lo merecéis.

—¿Y dices que vendrás conmigo?

—Sí, solo tengo que sacarme el pasaporte, pero sé en qué comisaría te dan cita rápido.

—¿Quieres que vayamos a una montaña en Marruecos a ver a mi hermana, ordeñar cabras y limpiar el campo con un pañuelo en la cabeza?

—Sí, quiero —afirmé decida…

—No creo que estés pensando lo que dices.

—Me reitero, quiero acompañarte a que te reencuentres con tu hermana. Me da igual que esté en una montaña que en la desembocadura de un río, al igual que me da igual que lleve un pañuelo en la cabeza y esos gorros que usan las bereber y que ya vi en internet. Es tu hermana, vestida de calle, de bereber o de monja. Eso no define a la persona, Eric.

—Lo hace por estar sometida a un hombre.

—Lo hace porque quiere, como si él le dice que la quiere ver de Caperucita Roja todos los días y ella lo hace. Si es feliz, ¿qué te importa a ti?

—¿Y si no lo es?

—Lo sabrás cuando la veas.

—A eso me da miedo enfrentarme.

—Pues irás conmigo y allí estaremos para que saques conclusiones de primera mano.

—No sé si reírme o llorar.

—Ríete, que la vida son dos días y no hay que perder los momentos. Esto lo aprendí hace poco y estoy disfrutando de mi familia como nunca. Mucho tardé en darme cuenta —dije lamentándome.

—Iremos.

—Pasito a pasito, luego de lo de tu hermana, ya vemos cómo arreglamos lo de tu hijo.

—Eso será un milagro y te digo, desde ya, que los milagros no existen.

—Si a mí me caíste tú en forma de ángel, para lo de tu hijo tiene que haber algo que le haga ir hacia la luz, que lo saque del túnel en el que está metido. Buscaremos la fórmula para hacerlo.

—Tú no dejes nunca de abrazarme.

Pasamos un fin de semana de lo más romántico y bonito. El lunes fue como un nuevo comienzo y mi madre fue de lo más feliz al descubrir que se unía a mi equipo de la tienda. Mi padre y hermano comenzaron en su nuevo trabajo.

La semana fue una locura ya que el lunes nos quedamos las tres hasta las diez de la noche para poner todo al día, pero no fue posible, así que el martes tuvimos que ponernos las pilas toda la mañana hasta que lo conseguimos. El tema era cómo encajar lo de los fines de semana para no comernos todos los lunes de locura. Tendríamos que buscar la manera ya que no solo era venir los sábados por la mañana, llegado el caso, es que luego por la tarde y el domingo también se acumularían.

Eric me dio el jueves la idea cuando estábamos esperando mi turno para sacarme el pasaporte.

—Deberías coger el pequeño local que está fuera de la oficina ya que está vacío —dijo refiriéndose a uno que formaba parte del edificio pero como local exterior y que también era de él— y poner allí una parte de cada uno de los productos y contratar a alguien para los sábados y domingos por la mañana, y en caso de ser necesario también por la tarde, para los pedidos de fin de semana. Una o dos personas.

—Joder, ¿qué más vas a poner en mis manos? —sonreí emocionada.

—Mi vida es lo que quiero poner en tus manos. —Me acarició la mejilla justo cuando dijeron mi nombre.

Por fin conseguí el pasaporte para irnos al día siguiente a Marruecos, cosa que tenía muy nervioso a Eric, decía que no sabía si era una buena idea, pero yo no le hacía caso y le decía que esto podría ser el principio para él entender las cosas y verla desde otro punto no tan crítico y sí más entendible, aunque también estaba la posibilidad que se encontrase con una situación más fea de la que ya imaginaba y eso lo pusiera aún peor.

El viernes por la mañana me recogió Eric en casa de mis padres, metí la bolsa de viaje en el maletero y nos fuimos a la oficina a trabajar hasta las dos. Ese día saldríamos antes y nos iríamos hacia el puerto de Tarifa para coger el barco que nos llevaría a Tánger, desde allí un taxi nos llevaría al hotel donde nos alojaríamos y luego, desde allí, cogeríamos otro taxi que nos llevaría directamente a donde estaba a su hermana. Lo teníamos todo previsto.

La mañana pasó en un abrir y cerrar de ojos entre tanto montaje de pedidos y el no parar de llegarnos productos para reponer.

Les comenté a las chicas y a mi madre que tenía intención de poner otro

almacén en el local exterior y contratar dos personas para los fines de semana en turno de mañana y seguramente también de tarde. Les pareció una gran idea dado el volumen que ya teníamos de trabajo y que cada vez aumentaba más y más.

A las dos en punto me estaba avisando Eric que teníamos que irnos y me despedí de ellas hasta el lunes. Mi madre nos pidió que tuviéramos mucho cuidado y que la mantuviéramos al tanto de que estábamos bien en todo momento. La pobre se imaginaba que íbamos a la guerra o algo por el estilo.

Capítulo 18



Dejamos el coche en el puerto de Tarifa y abordamos un ferry que tardaba menos de una hora en llevarnos hasta Tánger.

Dentro tuvimos que pasar otro control policial, pero estaba vez marroquí donde nos sellaron los pasaportes para podernos bajar del barco cuando llegásemos a destino.

Eric fue a por dos cafés y me dejó en la terraza del barco mientras comenzaba a navegar rumbo a África. Era alucinante pensar que, desde este punto del sur de España, a tan solo una hora, tuviéramos un país vecino tan diferente y, además, no solo eso, llegaríamos a otro continente.

—¿Me podrías dar un cigarro, por favor? —me preguntó un chico marroquí que estaba haciendo ese trayecto.

—Sí, claro —sonreí y se lo di.

—Gracias.

Eric apareció y vio cuando el chico ya se marchaba de mi lado.

—¿Todo bien?

—Solo me pidió un cigarrillo y en un perfecto español. No veas lo rápido que aprenden los idiomas, y yo que de inglés solo se decir «*fuck you*». —Me eché a reír y él negaba mientras se le escapaba una risilla—. ¿Hablas inglés?

—Sí, y francés —sonreía—. Lo que no sé cómo no aprendí árabe por culpa de mi hermana. —Nos echamos a reír.

—Por lo poco que os habláis y cuando lo hacéis es tirándoos indirectas.

—Pero desde el cariño. —Me acarició la espalda.

—Desde el cariño te va a dar ella una hostia por no avisarla de que ibas.

—No me has dejado. —Arqueó la ceja.

—Ya, para que veas que no le da tiempo a montar nada para aparentar otra cosa, pero la hostia te la llevas.

—Eres maligna. —Se reía.

—Que no, que soy un diamante en bruto, pero sin pulir, además, ahora soy empresaria y exitosa.

—Y qué feliz me hace ver que consigues tus sueños y te demuestras a ti misma que vales mucho.

—Si no fuera por tu ayuda…

—No digas eso que sin ella ya comenzaste a montarla, solo quise poner un poco de mí para que tuvieras un género más personal.

—Pues son los productos que más se venden, los de la firma.

—Y yo que me alegro. —Me abrazó por detrás.

El trayecto pasó de lo más cómodo y rápido. La verdad, el que nos hubiéramos tomado las pastillas para no marearnos había sido todo un acierto, teníamos que darle las gracias a mi madre que fue la que nos lo dijo, aunque según decía Eric, a él no se le solía remover el estómago, pero por si acaso, era mejor prevenir. Yo de mí no me fiaba por si del mareo me ponía a vomitar y llegaban mis gritos a ambos lados de los países, a Marruecos y a España, porque cuando vomitaba era lo más exagerado del mundo y parecía que me iba a partir la garganta.

Salimos de la terminal del puerto y abordamos uno de los taxis que había allí para que nos llevara al hotel en que nos íbamos a alojar. A última hora, decidió cambiar los planes y nos quedamos en el casco antiguo de Tánger, conocido como la medina. En vez de un hotel se decidió por una Riad que era muy típica en este país.

La Riad suele es una casa antigua de construcción árabe en la que en el centro hay un patio y alrededor se distribuyen las habitaciones.

Decir que el alojamiento era bonito era poco para la belleza que tenía ante mis ojos, por no hablar de nuestra habitación, amplia, con baño privado, y a la que no le faltaba ni el más mínimo detalle de la decoración del país.

La visita a casa de su hermana la íbamos a realizar a la mañana siguiente, con lo cual, nos duchamos, vestimos y nos fuimos a perdernos por la medina y luego buscaríamos un lugar que nos llamara la atención para cenar.

—¿Quieres hachís? —nos dijo un niño no mayor de diez años y en un perfecto castellano nada más pusimos los pies en la calle.

—Mira pues uno sí que me fumaba —murmuré cuando ya saltó Eric.

—No, no queremos de eso —le dijo haciéndole un gesto para que se alejara.

—Os puedo llevar a la mejor terraza de la medina donde os podéis tomar un té a la menta mirando hacia España y hasta os podéis fumar allí uno tranquilos. Mira es bueno. —Enseñó un poco de material.

—No, te he dicho que no —le dijo Eric en un tono más serio aún, pero se veía que el chico no se iba a achantar por eso.

—Se llama Café Hafa —insistió el niño y yo ya estaba a punto de reír, pero veía la cara de Eric y no quería enfadarlo más de lo que ya se veía.

—Gracias, chico, pero creo que ya debes entender el no por respuesta.

—Dicen que el mayor momento de paz se vive allí —dijo y es cuando ya se me escapó la carcajada.

—A ti te llevo a mi barrio y te haces el patrón —le dije sin poder parar la carcajada y al chico le salió una sonrisa tan bonita que me dejó cautivada—. Venga, llévanos a ese café, pero como nos metas en un sitio raro, te frío a hostias, vas a perder la dentadura tan bonita que tienes.

—No lo veo —murmuró Eric.

—Por aquí, señores.

—Y ahora nos habla de señores —murmuró de nuevo causándome otra carcajada.

El chico iba todo el tiempo delante, pero mirando constantemente hacia atrás para no perdernos de vista. No tardamos en llegar por ese laberintos de calles que arropaba la fortaleza de muros hasta ese café que tan insistentemente nos había ofrecido el chico para que conociésemos.

—Jolín, al final hasta le voy a tener que dar las gracias al enano este por su insistencia —murmuró Eric mirando desde la terraza que estaba escalonada

con las mesas y sillas mirando hacia el mar y justo en frente se veía la costa de España porque el día estaba muy despejado.

—Señores, sentarse que ahora le traen los té y os ofrecerán cacahuetes.

—Niño, a mí me lías uno de esos que yo me lo quiero fumar. —La mirada que me echó Eric era la más seria que me había echado en su vida.

—Ahora te lo traigo.

—¿Vas a fumar de eso?

—¿No bebes tú alcohol que eso también es una droga? Además, ¿qué me va a pasar por fumarme uno? Ni que no lo hubiera fumado en el barrio, eso sí, yo paso de eso, pero joder que estoy en el país que nos lo mandan hacia allí. ¿Cómo no me voy a echar uno?

—Gala, no me hace gracia.

—Dame un beso y relájate, que estamos en África. ¿No te parece exótico? Mira los demás turistas mezclados aquí con los marroquíes y disfrutando relajadamente de sus cigarritos, tés y unas vistas inmejorables.

—Bueno —me dio un beso—, solo te pido que te controles y que locuras las mínimas.

—Vale, solo un «petita» y ya está.

—Bueno… —dijo mirando al chico que venía ya con el cigarrillo liado y el camarero con un objeto de metal que llevaba alrededor círculos donde iban los té que iba ofreciendo por las mesas. Le pedimos dos y nos los puso al momento, al igual que el joven que se nos acercó vendiendo cucuruchos de cacahuetes que estaban recién tostados. Me metí unos pocos en la boca y casi gimo allí a chillidos. ¡Qué ricos estaban!

Eric le dio una propina al chico pensando que así se marcharía, pero nada que ver con la realidad, le dio las gracias, se la metió en el bolsillo y volvió a sentarse en uno de los escalones para esperarnos.

—No te vas a poder deshacer de él. —Me reí tirándole el humo a la cara.

—Ya lo veo. —Movía el humo para quitarlo de su cara.

—¿Te imaginas que tengamos esta noche de pasión al más estilo árabe?

—No me seas zalamera, pero sí, me lo imagino. —Acercó su cara y me dio un beso en la mejilla.

En esa terraza se estaba de maravilla y había que reconocer que era un lugar en el que se percibía una paz enorme. Además, el cigarrillo me estaba sentando de lujo porque tenía una sonrisa de oreja a oreja en mi cara.

Reanudamos el paseo por la medina con Ahmed, así nos había dicho que se llamaba. Él iba delante guiándonos para conocer las calles más animadas de la medina entre tanto laberinto que sin él, nos hubiéramos perdido, eso sí, o tirabas hacia arriba o hacia abajo, porque se encontraba en lo alto de una colina.

Un restaurante con mesas en el exterior nos llamó la atención por la cantidad de gente que había y los platos que se veían sobre las mesas. Ahmed nos dijo que era un buen lugar y él se encargó de pedir que cuando se quedara una mesa libre nos acomodaran a nosotros ya que queríamos comer fuera. Mientras que él nos avisaba, nosotros nos adentramos en una de las tiendas que había justo enfrente.

—Tienes los ojos achinados. —Me miró a modo riña por los efectos del cigarro.

—¿Y lo feliz que estoy? Hoy todo lo veo de color de rosa. —Reí.

—Bueno, pero ahora te tomas una Coca-Cola para espabilarte.

—Y un montón de comida que esto me dio mucha hambre. Lo quiero probar todo.

—Verás que te da un cólico —dijo mientras miraba un cuadro pintado a mano de la medina en la que nos encontrábamos. La verdad es que era precioso. No dudó en comprarlo.

Ahmed vino a avisarnos de que ya teníamos la mesa lista. La verdad es que había sido rápida la espera.

Pedimos tres platos para compartir; pastella de pollo, cuscús de ternera y un tajín de pollo al limón. Decir que todo me gustaba era no hacer honor a la verdad. ¡Me encantaba!

—Este país me acaba de enamorar —dije sin dejar de mojar pan en esa salsa del pollo al limón.

—Te va a dar un dolor de barriga impresionante. Estás comiendo con mucha ansiedad.

—El hachís de aquí es bueno y me abrió el apetito.

—Madre mía, si lo sé no dejo que te lo fumes. —Reía negando.

Después de la cena, el chico nos acompañó hasta la puerta del hotel, le dio otra propina y se despidió de lo más feliz deseándonos una buena noche.

—Al final me ha caído bien.

—Es muy buen niño, solo se está buscando la vida.

—¿Y tú que eres? —Me agarró por las caderas y pegó hasta él.

—Yo todo lo que quieras que sea. —Reí y me tiré a sus labios, esos que comenzamos a entrelazar para comenzar a comernos vivos.

Nos tiramos sobre la cama con dosel, que tenía una tela de gasa desde el techo y bajaba por los cuatro postes, mientras nos desnudamos de manera precipitada como si no pudiéramos perder el tiempo.

Aquella cama estaba siendo testigo de la fogosidad y la tensión que nos ocasionábamos el uno al otro. Me encantaba cuando me poseía de esa manera tan varonil y segura, dando paso a todos los movimientos que hábilmente dirigía con un simple gesto.

Eric era todo lo que una mujer podría soñar en tener y reconozco que me sentía muy querida por él, pero a la vez tenía un extraño sentimiento de miedo de que en cualquier momento todo se desvaneciera y se fuese a la mierda.

Después de desfogar todo ese calentón, llenamos la bañera y nos metimos uno enfrente del otro a fumarnos un cigarrillo ya que teníamos una ventanita justo encima por la que corría el aire.

Me encantaba la aventura que había sido desde que nos montamos en el barco y es que yo nunca había salido de mi provincia, así que este para mí, se estaba convirtiendo en el viaje de mi vida.

Capítulo 19



No debían ni ser las siete de la mañana, cuando un hombre a chillidos por un micrófono decía algo.

—Eric, levanta que está pasando una catástrofe en la ciudad.

—¿Qué dices? —Se rio.

—Mira, ese tío está advirtiendo algo. —Abrí la ventana para asomarme.

—Está llamando a la oración, escucha como se repite en otras mezquitas.

—¿Y lo tienen que hacer a chillidos y despertando a todo el mundo?

—Anda, ven, métete en la cama un ratito más. —Abrió la sábana para que me acostase de nuevo.

—Pues yo ya no tengo sueño. —Lo abracé y apoyé mi cabeza en su pecho.

—Es muy temprano para que salgamos a la calle.

—Pero podemos desayunar en el patio, ahí sirven los desayunos a partir de las siete de la mañana.

—Venga, vamos a vestirnos. —Su tono era de ceder por mí, pero es que me moría de hambre.

Bajamos y ya había tres turistas más en una de las mesas. Dimos los buenos días contestando a los de ellos que se veían muy simpáticos.

Nos trajeron lo que había, allí no elegías, pero era normal ya que nos pusieron un desayuno de lo más variado; tés, zumos de naranja recién exprimidos, cafés, tostadas con mantequillas, mermeladas y miel, además de bollos recién horneados. No faltaba detalle en la mesa a la que le tiré una foto antes de comenzar a desaparecer todo lo que nos habían puesto.

Después de desayunar salimos a la calle y nos encontramos con una sorpresa que nos causó a los dos lo mismo; una gran carcajada.

—Ahmed, hijo, ¿has dormido aquí? —le pregunté acercándome a él que nos recibía de lo más sonriente.

—No, he dormido en mi casa un poco más ahí arriba —señalaba a la cuesta —, pero cuando llamaron a la oración pensé que lo mismo el ruido os despertaba y salíais a la calle temprano.

—Pues no has fallado, cojones —le dijo Eric dándole unas palmadas en la espalda y riendo.

—Hoy podéis ver la zona nueva de Tánger, os puedo llevar por la avenida de Mohamed VI.

—Verás, pequeñín —le dije tocándole la cabeza, aunque que le llegaba por debajo de mi hombro—. Hoy tenemos que coger un taxi para irnos a la montaña a buscar a su hermana que se enamoró de un hombre y vive en plan bereber.

—¿Y sabéis llegar?

—Le diremos al taxi que nos lleve a la dirección que tengo.

—Pero luego hay que buscar la casa y todo está muy alejado —dijo el niño poniéndonos un tanto nervioso.

—Eric, ¿pero tienes la dirección exacta?

—Supongo que sí, lo que, si es bien cierto, que cuando le hago algún envío lo tengo que hacer poniendo un negocio que es donde luego ellos recogen los paquetes, pero llegando allí y enseñando su foto seguro que nos dicen cuál es su casa.

—Os puedo acompañar por si no hablan español —dijo el pequeño y los dos afirmamos, convencidos de que era mejor tener de aliado a alguien de la zona y que ya, aunque fuese un poco conocíamos.

Cogimos un taxi en la parte baja de la medina donde ya comenzaba la ciudad nueva en la avenida. Le dimos la dirección y nos dejó justo en una tiendecita que había en una carretera hecha polvo y donde no se veía nada más alrededor. La cara de Eric era un poema y la de Ahmed, tenía una sonrisa a carcajada suelta de verlo tan extrañado.

Entramos en la tienda y le enseñamos la foto a la mujer que había en el mostrador. Decía que ni idea, que no la conocía y que era su marido el que siempre estaba en la tienda pero que ahora estaba en Marrakech por unos días. Todo esto porque Ahmed nos traducía, ya que esa mujer que vivía ahí en medio del campo no hablaba ni lo más mínimo de español.

El taxi nos esperaba pacientemente por si nos tenía que regresar a Tánger que estaba a una hora y pico.

Ahmed le pidió el móvil a Eric para subir a una casa que se veía a lo lejos y preguntar si los conocían. Joder, al menos deberían conocer a Redúan, vamos

digo yo.

—Como te escapes con mi móvil te busco por todo Tánger y hago carne picada contigo —le advirtió Eric y a Ahmed se le escapó una risilla mientras lo cogía.

—Hijo, mira que decirle eso al niño.

—Con lo que saca por el móvil este tiene unos meses solucionados.

—La honradez no es cosa de clases ni de estatus, es algo que nace del corazón y ese niño seguro que es más honrado que nosotros.

Lo vimos a lo lejos hablando con un hombre de aquella casa a la que había llegado de una carrera en la que yo me hubiera desmayado en el primer tramo. ¡Qué habilidad tenía!

Bajó a la velocidad de la luz y nos dijo que ya sabía dónde vivía y que estaba a pie de carretera a unos tres kilómetros más adelante. El taxista nos dejó casi en la puerta y Eric sonrió al ver a su hermana con aquella vestimenta bereber en la que tenía una especie de falda roja como si de una alfombra se tratase y el velo con encima el gorro.

—¡¡¡Fea!!! —le gritó Eric y ella al descubrirlo corrió la poca cuesta de arena que había hacia el arcén.

—¡¡¡Sinvergüenza!!! —gritaba corriendo hacia nosotros riendo y una cabra la seguía. Ver para creer.

Se abrazaron y ella me saludó muy efusivamente también. Luego le presentamos a Ahmed y nos despedimos del taxista quedándonos allí también con el niño.

Mi primera impresión era de una chica feliz con la vida que llevaba y cuando

nos presentó a su marido me pareció un hombre de lo más respetuoso, simpático y nada raro. Es más, me encendí un cigarrillo delante de él para ver su reacción y me asombró al ver a la hermana de Eric meter la mano en mi paquete, coger uno y encendérselo tan feliz.

La casa era de lo más humilde, pero limpia y tenía todos sus habitáculos para vivir cómodamente, no en plan lujo, pero oye, que por fuera parecía más pobre de lo que reflejaba por dentro.

Les ofrecimos el ir a comer a Chefchaouen, un pueblo precioso azul que estaba en la montaña y accedieron felizmente. La sorpresa fue mayúscula cuando su hermana apareció con unos jeans ajustados, unos tacones y sin velo, además con los labios pintados de rojo. La cara de Eric era un poema, se le acababa de caer la hipótesis de que su hermana estaba obligada a llevarlo.

Redúan llamó a un taxi que nos recogió a los cinco y nos montamos en él para ir a ese pueblo que era una verdadera preciosidad. Nos quedamos en una de las terrazas de los bares que había en la plaza. Ahmed no se separaba de nosotros en ningún momento.

Camila, que así se llamaba su hermana, era de lo más graciosa y estaba feliz viviendo en ese país, se notaba con cada relato que hacía de su vida en este lugar.

He de decir que ella tenía un buen dinero que cogió de una inversión años atrás y, además, tenía su parte de la herencia. Su pareja vivía del campo que era a lo que estaba acostumbrado, pero que falta económica no teníán, solo que a los dos les atraía esa vida y ella había encontrado aquello como un modo que le daba la paz que en España no encontraba. A mí me parecía maravilloso y veía que Eric estaba congeniando muy bien con Reduán y cada vez se veían más cercanos.

Ahmed que se estaba coscando de todo porque era un pillín, sonreía al ver que esto se trataba de un acercamiento familiar y eso, lo hacía ponerse contento.

Dimos un paseo entre las calles azules del pueblo que era lo más bonito que había visto en mi vida. Aproveché para tirarme un montón de fotos.

A su hermana se notaba que le había caído muy bien. Nos invitó a que viniésemos en otra ocasión para más días y pasarlos con ellos en la casa. Yo le dije un sí de corazón, Eric dijo que lo barajaríamos, pero estaba claro que yo lo convencería fácilmente.

Nos quedamos en el pueblo hasta después de cenar que fuimos a dejarlos a su casa, nos despedimos de ellos y regresamos a la ciudad con Ahmed, que una vez que el taxi, nos dejó a las afueras de la medina, él nos acompañó hasta la puerta del Riad y se despidió hasta la mañana siguiente. Estaba claro que de nuevo nos esperaría en la puerta.

Abrí las ventanas de la habitación y como tenía un poyete ancho y además unas rejas de seguridad, me senté ahí de lado y me encendí un cigarrillo.

—Tu hermana es más feliz que todos nosotros juntos —murmuré causándole una risilla.

—Debo reconocer que me ha sorprendido y Redúan sobre todo, se ve buen hombre y respeta a mi hermana.

—Ya te digo, como que iba más llamativa que yo vestida. —Me reí—. El caso es que ella en el campo quiere vestirse como es típico de la zona, pero ya has visto que no es porque nadie se lo imponga, sino por su propia decisión.

Eric se había quedado muy relajado con esta visita. Entendía que su hermana estaba ahí porque se sentía feliz y eso había que respetarlo.

Por la mañana dimos una vuelta con Ahmed después de desayunar y antes de irnos al puerto que estaba a dos pasos. Aprovechamos para comprar especias y pasteles de aquí para llevar a mi familia y luego nos despedimos del

pequeño que nos acompañó hasta el puerto.

—Toma, esto es para tu familia. —Vi como Eric le daba cien euros—. Eres muy buen chico.

—Gracias, señores —decía de lo más emocionado guardando el dinero en el bolsillo.

Le dimos un abrazo y nos adentramos para comenzar el regreso que fue también de lo más rápido. El tiempo de tomar un café en la cubierta mientras charlábamos y ya estábamos entrando en Tarifa, nuestro territorio español.

En el coche mientras íbamos para mi casa hablábamos de lo que nos había impactado ese país que tan diferente era al nuestro, pero a la vez, fascinante. Un cambio de cultura que era más que evidente, aunque también había una parte de la ciudad nueva en la que el modo de vida era muy similar al nuestro y hasta las chicas iban vestidas muy europeas y una gran parte de ellas sin velo.

Merendamos con mi familia ya que nosotros comimos por el camino. Luego cogí ropa limpia y la puse en la bolsa de viaje para irme a dormir con Eric a su casa. No nos apetecía separarnos y más cuando veníamos de pasar el finde juntos.

De Marruecos volvíamos con la sensación de querer regresar y empaparnos más del país…

Capítulo 20



Un mes y poco era lo que había pasado desde que regresamos de Marruecos y no había un solo día que no me hubiera mensajeado con su hermana con la que me llevaba genial y se había convertido en una persona activa en mi vida.

Ese lunes cuando regresé, me encontré que mi tienda se había disparado en ventas y todo se nos iba de las manos, pero la rápida actuación de Eric hizo que me pusieran todo el local adecuado en dos días y no solo contraté a dos personas para los fines de semana, sino a tres de lunes a domingo. Cada una libraba un día de la semana diferente para cubrir todo. Desde lo que era mi despacho seguíamos Lara, mi madre y yo.

Dos semanas atrás se había celebrado el juicio de mi hermano y solo le cayó un año, al no tener antecedentes no tenía que pisar la cárcel. Seguía trabajando en la cuadrilla de mi padre como peón y estaban de lo más felices, sobre todo mi padre que ya no tenía que lomar tanto la espalda, solo dirigir y vigilar para que todo estuviera bien.

Hacía justo una semana, sin decirle nada a Eric, conseguí llegar hasta su hijo, dado que me encargué de aparecer por el campo donde vivía en una caravana. Lo reconocí en cuanto lo vi ya que se parecía muchísimo al padre, además de las fotografías que había visto.

Debo decir que al principio estuvo un tanto borde y cortante cuando le dije

que era la pareja de su padre, pero poco a poco fui ganándomelo y me escuchó en todo momento aquello que le quería decir, sobre todo, la suerte que tenía de tener un padre como el que tenía y la oportunidad de tener el futuro que mucha gente soñaba.

No sé cómo lo conseguí, pero a los dos días apareció por la empresa diciéndole al padre que quería trabajar y regresar a la casa. Eso emocionó muchísimo a Eric que no sabía lo que yo había hecho, pero ese secreto se quedaría para siempre entre su hijo y yo.

Desde que vine de Marruecos me quedé en casa de Eric permanentemente y no teníamos intención alguna de separarnos. Ahora se incorporaba su hijo y la verdad que el chico ni hacía ruido, cuando venía de trabajar se encerraba en su cuarto o quedaba con algún que otro amigo antiguo de la ciudad para ir a cenar.

A Saura no la volví a mirar a la cara, no me hizo falta, en el juicio había quedado claro que no la podían imputar ni a ella ni a los dos por falta de pruebas pero que algo tuvieron que ver. Jamás me dijo que estuvo imputada, me tuve que enterar por boca de mi hermano y los abogados de Eric.

No sabía hasta qué punto ella había jodido a mi hermano, pero el simple hecho de taparme todo, ya era motivo suficiente para saber que no había jugado limpio conmigo ni mi familia.

Era viernes por la mañana y estábamos trabajando cuando mi madre me hizo un comentario que me dejó a cuadros.

—Hija, hemos estado hablando tus abuelos, tu padre y yo, estamos informándonos para hacer una cosa…

—Sorpréndeme —dije ante una Lara que también en cierto modo estaba deseando escuchar lo que fuese.

—Ya sabes que tus abuelos tienen la ilusión de vivir en una casa con terreno y sabes que a papá y a mí, también siempre nos llamó mucho la atención.

—¿Os vais en comuna? —pregunté causando una risa en ella y Lara.

—Hemos visto un campo muy bonito y reformado que piden ciento ochenta mil euros, así que estamos pensando en vender los pisos que nos los quitarán de las manos por los precios y comprarnos la casa. Tu hermano dice que también le encantaría salir del barrio ya que está comenzando una nueva vida. Lo bueno que la nueva casa tiene cuatro dormitorios, así tendréis cada uno el vuestro, al igual que nosotros y los abuelos.

—Yo dudo que ya vuelva. —Me reí y ellas sonrieron emocionadas.

—Lo sé, pero siempre tendrás tu cuarto. La misma agencia que tiene el campo se encargaría de todo. Los números darían cuadrados para una cosa por la otra y sobraría un piquito para comprar alguna cosa que haga falta, aunque la cocina está nueva con electrodomésticos y todo.

—Sinceramente, yo saldría cagando leches del barrio ahora que Jacobo está comenzando de cero, trabajando y se le ve muy bien.

—Por eso, hija, ahora hemos visto la oportunidad de todos comenzar de cero. Lo que sí tendremos que comprar es un coche ya que solo tenemos uno y lo necesita papá para trabajar.

—Mamá, os lo podéis permitir, no tenéis más letras y los dos trabajáis ahora en muchas mejores condiciones que antes.

—Sí, le debemos mucho a Eric por lo que hizo por todos.

Fui al despacho de Eric a llevarle un café y le conté lo que me había dicho mi madre. No solo se puso contento, sino que sus asesores se encargarían de llevar el tema de la operación con la inmobiliaria para que no los engañaran.

Estaba tan feliz de todo lo que estaba aconteciendo en mi vida que me estaba convirtiendo en otra persona, mucho menos impetuosa y contestona. Me gustaba mucho mi nueva versión y es que antes vivía enfadada con el mundo.

Era viernes por la noche y nos estábamos terminando de arreglar ya que Eric quería que saliésemos a un club de playa de los que él, de vez en cuando, frecuentaba.

Fuimos en un taxi ya que queríamos disfrutar de un buen vino con la cena y quizás después terminaríamos tomando unas copas.

Nos sirvieron la primera copa cuando me di cuenta de que dentro de la mía había algo y me puso los bellos de punta.

—Cógelo solo en caso de que quieras casarte conmigo —dijo con una sonrisa de medio lado que me dejó de lo más sorprendida.

—Eric… —me emocioné metiendo los dedos en la copa para sacar aquella preciosa sortija.

—Te amo, te lo dije y te lo vuelvo a decir, te amo con todo mi corazón y quiero compartir mi vida contigo.

—Sí, y un millón de veces sí. —Me levanté, lo besé y le di el anillo para que me lo colocase.

Nos besamos mientras los camareros aparecían con la comida y bengalas, estaba todo preparado por el que iba a ser mi futuro marido. ¿No era para sentirse bendecida por la vida?

A partir de ese momento todo fue rodado, lo de la casa del campo en menos de dos meses tenían todo listo y ya estaban todos instalados en ella y mi mamá se había comprado un coche pequeño.

El hijo de Eric llevaba muy bien las gestiones que le tenía su padre adjudicadas en la empresa y, además, para sorpresa de todos, estaba comenzando una relación con Lara, esa adorable compi a la que al final le había pillado un montón de cariño, al igual que a Mar, que además ahora se había convertido en mi cuñada porque se encaprichó de mi hermano y hasta que no consiguió una cita no paró. ¿Quién nos lo iba a decir? La pija con el albañil del barrio. La vida nos sonreía a todos.

Capítulo 21



Un año después…

Estaba que me moría de los nervios, era el día en que me iba a convertir en la mujer de Eric, ese hombre que agarró mi mano y me demostró que no todos los principios debían ser buenos, sino que lo que marcaba la diferencia era tener un final de cuento, como el nuestro.

Había pasado la noche en el campo y Eric en su casa con su hermana, el marido y su hijo. Mis cuñados no habían dudado en venir unos días para no perderse nuestro enlace, además ella llevaría al altar a su hermano y a mí me llevaría el mío.

Realmente la casa era de los dos, ya que él quería casarse en gananciales y que todo lo suyo pasara a ser nuestro, pero yo me negué por completo porque eso era de él y de su hijo, demasiado que yo ya había triunfado como empresaria y me había hecho este año con unos beneficios que ni en mis mejores sueños. Así que me dijo que, al menos, debía permitir que la casa fuera de los dos y sin dejar pensármelo, me hizo una donación de la mitad.

Lo más increíble era que tanto mi hermano como su hijo seguían junto a Lara y Mar y se habían hecho completamente inseparables los cuatro. Mi hermano llevaba cuatro meses trabajando codo con codo junto a Eric junior, como yo le llamaba, y dejó de lado lo de albañil para abrirse paso en el mundo de la

captación de inversiones privadas y lo más bonito es que le iba muy bien.

Desde el mismo instante en que se enteró que me casaba, mi hermano dijo que quería ser él el que me llevase al altar, y mi padre no dudó en cederle gustosamente el lugar ya que decía que era lo más bonito que podía ver en vida, a mi hermano llevándome en ese momento tan importante.

Recuerdo el día que le entregaron la casa en el campo a mi familia y se instalaron allí, hicimos una barbacoa y ahí les contamos la verdad de todo, de cómo nos conocimos y de todo lo que pasó en ese tiempo. No se lo podían creer. Mi abuela lloraba de la risa y mi madre estaba blanca como la pared, pero bueno, todos entendieron que, de una locura, podía salir algo tan maravilloso como lo que estábamos viviendo en estos momentos.

Ahora me miraban emocionados mientras terminaban de colocarme bien la cola del traje ya que estaba lista para ir a darle encuentro al hombre que se convertiría en mi marido.

El vestido era palabra de honor, sin mangas, ajustado al cuerpo con un broche en el centro de la cintura y luego caía la falda en A con una cola mediana. Iba de lo más natural y sencilla, pero preciosa. No llevaba ni velo, solo el pelo con unas ondas y recogido a un lado.

Me había echado el perfume que siempre me regalaba Eric desde el día que le saqué el primero cuando aún nos llevábamos a matar. El tacón de Carolina Herrera.

Como joya llevaba un conjunto de oro blanco que eran unos pendientes de perla con brillantitos, una pulsera rígida a juego con el collar que quedaba de lo más fino. Las tres cosas me las habían regalado mis abuelos. Mis padres me compraron el vestido, los zapatos y toda la ropa interior. Mi hermano me regaló el segundo vestido que usaría para la tarde noche y que era una monada, en blanco, corto y de encaje, sin mangas y de cuello alto, ajustado y con una falda de la misma tela en plan tablitas y corta. Era de novia también,

pero de lo más moderno y a la última.

En el dedo llevaba el anillo de la pedida, en el mismo donde me pondría la alianza que nos había regalado su hermana y su marido a los dos y que intercambiaríamos en el altar. Estos estaban casados, pero de aquella manera y por el islam, como eligieron y a mí me parecía genial porque los veía de lo más felices.

Salí hacia el jardín y mi hermano tenía puesta la música de Andy y Lucas, me tuve que echar a reír y a la vez marcarme un bailecito a ritmo de esos dos gaditanos tan salerosos y que tanto nos gustaban.

Nos tomamos una copita de vino cuando todos se marcharon y quedamos solo Jacobo y yo para llegar cuando ya estuvieran todos allí. El chófer con el coche que habíamos alquilado ya estaba esperándonos.

—Si no fuera porque es tu boda, le robaba hasta las ruedas del coche. No veas si está guapo.

—¡Calla! —Me reí negando mientras saboreaba esa copa de vino, la última de soltera.

—Hermana, no veas si has dado un braguetazo, que Eric es millonario.

—¿Y va de millonario por la vida?

—No.

—Pues eso, que me enamoré del hombre que es y no de lo que tiene.

—Pero has dado un braguetazo.

—Te recuerdo que mi empresa funciona muy bien.

—Y que él te puso todos los medios.

—¡Qué te den! —Me reí. Este hasta en el día de mi boda tenía que dar por saco.

Mi padre le mandó un mensaje a mi hermano indicándole de que ya fuésemos saliendo hacia allí, que ya estaban todos, incluso Eric ya estaba esperando en el altar junto a su hermana.

—Qué alivio, pensé que no iba a aparecer —murmuré causando una carcajada en mi hermano.

Mientras íbamos en el coche la gente me saludaba al ver que iba una novia dentro. Era un coche tipo carroza en negro, de lujo, brillaba como si estuviera recién hecho.

La ceremonia y el convite se celebraba en una finca con un castillo de construcción moderna y que poseía un montón de habitaciones para los invitados, que Eric alquiló por completo ya que era para este tipo de eventos. Se encargó de contratar el servicio y el catering.

Llegué a los jardines donde estaba el altar bajo un aro de flores blancas al igual que las sillas de madera para todos los invitados. Todo era tan bonito que rozaba la perfección.

Mi hermano y yo comenzamos a caminar por el pasillo camino al altar, veía como los invitados me miraban emocionados, miré hacia donde estaban mis abuelos y vi que estaban llorando, sin poder contener esas lágrimas de felicidad, al igual que Eric, que también me recibió con lágrimas en los ojos.

Nos abrazamos y besamos antes de ponernos mirando hacia el señor que la iba a oficiar. Los nervios se podían sentir en los dos, que teníamos nuestras manos entrelazadas.

El enlace por decisión nuestra fue corto y emotivo. No faltaron las palabras que nos dedicamos el uno al otro y, como sorpresa, su hijo nos dijo también unas palabras que nos emocionaron por completo. A mí me dijo que a partir de ese momento pasaba a ser su «mamasita». Lo que nos reímos todos fue poco.

Luego pasamos a unas copas con entrantes mientras saludábamos a todos y nos hacíamos un montón de fotos de lo más divertidas y bonitas.

Lara, Mar, los demás trabajadores, amigos de Eric, mi familia, su hermana, el marido y unos amigos contratistas que venían con sus mujeres. Éramos pocos, pero pasamos un día de lo más inolvidable y bonito.

El amor había triunfado por todo lo alto…

Epílogo



Diez años habían pasado de nuestra boda…

Estaba tomando un café mientras miraba las fotos de nuestra luna de miel, esa que nos llevó durante un mes a recorrer Nueva York, Las Vegas, El gran cañón de Colorado, Los Ángeles y para rematar el viaje, la última semana la pasamos en un hotel todo incluido en Cancún.

De allí vine embarazada de nuestras gemelas París y Jimena, que hoy hacían la comunión. Dos princesas que eran de lo más divertidas y buenas, además de grandes estudiantes ya que siempre sacaban unas notas increíbles que no bajaban del nueve y medio.

Mi hermano, Jacobo, tenía dos niños, mis sobrinos Julio y Marcos, de cuatro y seis años con Mar, con la que se casó dos años después que yo. Él seguía trabajando en el tema de las inversiones y Mar en la recepción de la empresa, decía que quién mejor que ella para ser la primera persona que veían los clientes cuando entraban por la puerta de la oficina.

Eric junior, nuestro hijo, también se casó con Lara cuatro años después y tenían a una preciosa niña de un año que se llamaba Erika y que también nos tenía locos a todos. Él cada vez tenía más responsabilidad en la empresa, estábamos tranquilos y seguros de que cuando Eric se jubilase, la seguiría llevando tan bien o mejor que su padre. Lara, por su parte, seguía a mi lado en

mi empresa, con el tiempo se había convertido en mi mano derecha.

Qué decir de mi empresa, que había sido todo un éxito y ya había tiendas por toda España y algunos países europeos ya que la hice franquicia, pero el control de la tienda *online* solo lo tenía yo. Finalmente tuve que comprar una nave en el polígono, también contraté un montón de trabajadores para preparar los pedidos y, además, tenía personas que llevaban el tema de las reposiciones y control de todo.

Mis padres ya se habían jubilado y seguían viviendo en el campo, disfrutando de la compañía de todos sus nietos. Al igual que mis abuelos, que a pesar de los achaques propios de la edad, seguían estando llenos de vitalidad, disfrutando de vernos a todos tan felices como estábamos y como no, locos con sus bisnietos, a quienes los pequeños adoraban.

La vida nos sonreía, pero lo que más me gustaba era la familia tan bonita que teníamos, incluida la de Marruecos ya que su hermana había tenido dos hijos, Rachid que ya tenía siete años y Zoraida que tenía nueve como mis gemelas, casi nacieron a la vez, solo se llevaban un mes de diferencia.

Mis niñas estaban preciosas y nerviosas por su día. Habían invitado a un montón de amiguitas y, además, iban a estar todos sus primos y sobrinos presentes.

Eric no solo era un gran marido y padre, sino que estaba segura de que era el gran amor de mi vida.

Por cierto, Mark era también una gran persona y encontró al amor de su vida junto a una modelo llamada Claudia, con la que se casó. Hoy también estaría en la comunión de nuestras hijas al igual que también lo estuvo en nuestra boda.

Eric y yo, desde el nacimiento de nuestras hijas, nos tomábamos el trabajo más relajadamente, ahora solo trabajábamos por las mañanas mientras las

pequeñas estaban en el cole, el resto del tiempo delegábamos en los demás y nosotros disfrutábamos de nuestra familia. No queríamos perdernos ningún momento con ellas.

Todos los veranos nos íbamos con las niñas a algún viaje de quince días y la verdad es que cada año Eric nos sorprendía mucho más.

Si algo me quedó claro de toda esta historia, es que «Las locas también tenemos corazón».

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu